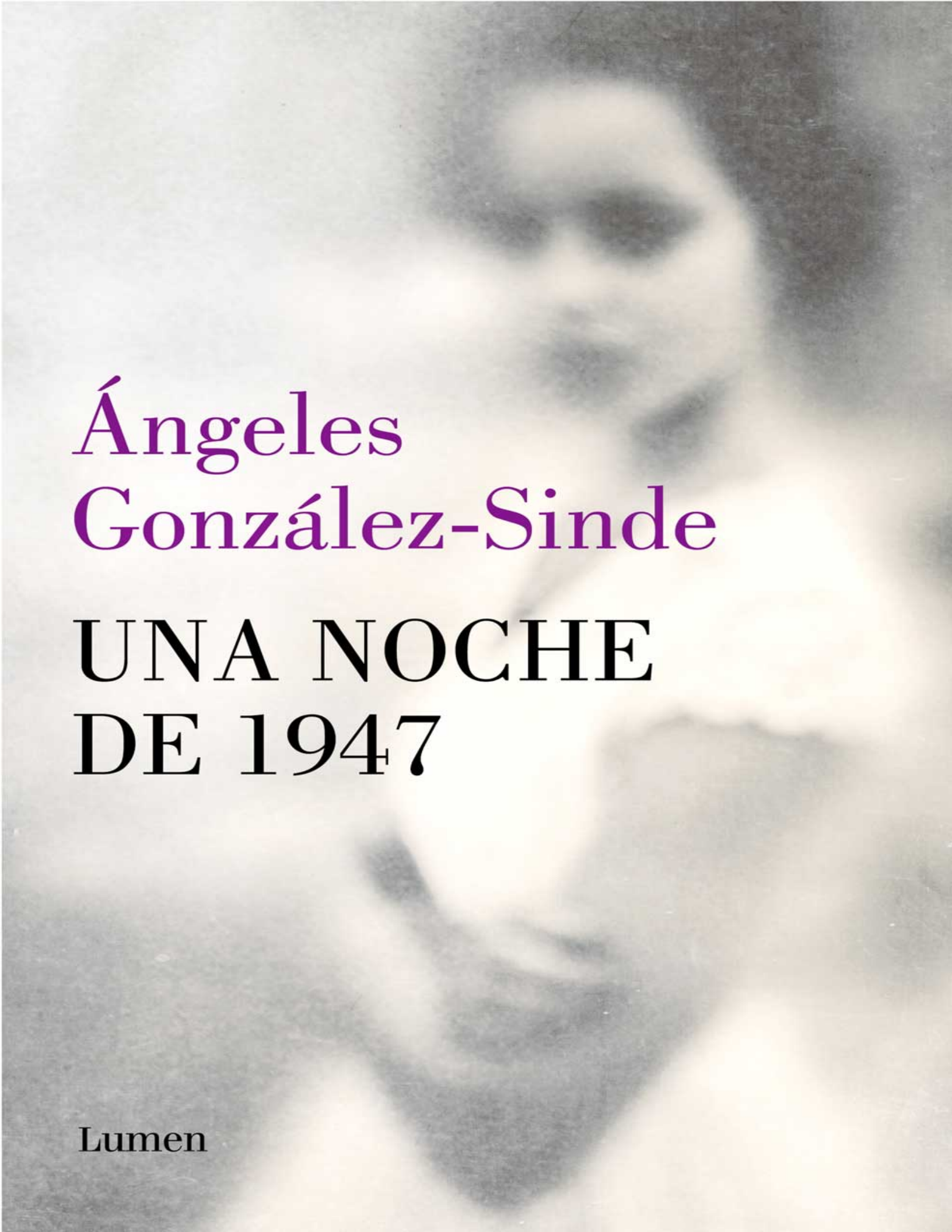


Ángeles González-Sinde

UNA NOCHE DE 1947

Lumen

Una noche de 1947

Ángeles González-Sinde

Lumen

narrativa

Nieves conduce en la noche por una carretera secundaria. Los árboles han perdido su color. Parecen negros, oscuros como la brea. Sabe que no lo son realmente, que el verde la recibirá por la mañana. Casi casi es lo que más le gusta de esta vida: colores y olores nuevos. Hasta el aire es distinto aquí, tan puro que pincha cuando sale de casa para ir a la consulta. Lo que le advirtieron que sería lo más pesado, conducir de un dispensario a otro para atender a sus pacientes, lo disfruta. A un lado, bosques y barrancos, al otro, bancales; más allá, la vega con sus campos de almendros, de olivos, de cereales. Y de fondo, los montes, siempre los montes.

Pero en la noche no hay más que estrellas como tules en el firmamento. El resto es negrura rota por los faros de su utilitario. «Firmamento», un término que no cabía en su vocabulario urbano. En la ciudad las farolas cancelan cuanto queda por encima de ellas.

En la casa que ha alquilado encontró una silla plegable, y en noches templadas la saca al patio, mira al cielo e intenta deducir las constelaciones. Entonces lamenta no haberse apuntado de niña a los scouts como su hermano. Sabría muchas más cosas del firmamento, de los bosques, de los animales. No era muy aventurera. Tampoco lo es ahora, quizá por eso ha aprendido poco sobre la naturaleza en estos dos años. Le da apuro preguntar. No quiere que sepan que no

sabe. No es que le inquiete el qué dirán, es que se pone colorada con solo imaginarse preguntando al pastor o a la masovera. Prefiere estudiar. Lo primero implica arriesgarse y tocar al otro, lo segundo lo puede hacer por su cuenta. Además, sería delatar que no pertenece, como ellos, al campo. Y si algo lamenta Nieves es no pertenecer. Le gustaría sentir cercanía, pero es reservada. No, digámoslo con claridad: es tímida, no sabe acercarse. Puede permanecer muchas horas callada, sin necesitar a nadie a quien contarle ni que le cuente. Si echa en falta la voz humana, enciende la radio. Con eso le basta.

Tampoco comenta nada cuando se dirigen a ella en esa lengua que ellos denominan «chapurreado». Se esfuerza por hacerse con su vocabulario y sus giros. No revela que le gusta cómo suena y que desearía aprenderla. Aspira a ser una más, a mezclarse con ellos, aunque sepa que esto es improbable; que, aunque pasara cuarenta años en el pueblo, seguiría siendo una forastera. Por eso no quiso ocupar la señorial casona del médico, para no distinguirse aún más.

Y porque Manuel se empeñó en tener un poco de terreno para hacer barbacoas y poner huerto. Nieves le creyó, se ilusionó con el entusiasmo de su novio. Fue a la cooperativa y compró herramientas. Por Navidad le regaló una barbacoa que ahí sigue, en el garaje-cuadra-bodega-trastero. Nieves a veces baja a buscar alguna cosa y ve ese armatoste metálico sin estrenar. Su brillo la hiere, un futuro que no llegó a nacer. Manuel se marchó como vino: sin saber sembrar, ni podar, ni recoger.

Delante de pacientes y vecinos disimula sus carencias, cree que así se protege de habladurías. Sospecha que no serían benevolentes con su desconocimiento, con la fragilidad que siente a veces

mientras cena sola frente a la tele. Y es que en general no son benevolentes, al menos no de entrada. Aunque lleve dos años atendiéndolos, aunque la necesiten, aunque su labor sea indispensable y sienta que aprecian su trabajo, marcan distancias. La confianza no la otorgan hasta que se ha demostrado que se merece. Ella se pregunta si tendrá que ver con tantos siglos de miseria y desigualdad, con una sociedad severa dividida entre amos y trabajadores de la tierra, poca escuela y demasiados curas.

Vino de la ciudad creyendo que ese tiempo de penurias estaba superado, que la España en la que vive se pone al día, es parte de la Comunidad Económica Europea y prepara grandes acontecimientos internacionales: unas Olimpiadas en Barcelona y una Exposición Universal en Sevilla. Lo ve en el telediario mientras cena y le parece que ocurre en algún lugar remoto. También hablan de un tren rapidísimo que unirá la meseta con el sur y que van a llamar AVE, pero ella se siente más cerca de los pájaros que se posan cada mañana en el alféizar de su ventana.

Al fin llega al mas, la casa de campo característica de la zona. Apaga el motor. Un perro se acerca ladrando con voz ronca y furiosa. A Nieves la asalta un temor instintivo y vuelve a cerrar la portezuela.

«Venga, que son pastores y no se han comido nunca a nadie», intenta tranquilizarse. De niña la mordió un perro en casa de su mejor amiga, aún conserva unas pequeñas marcas. Perro o no perro, la visita hay que hacerla. La gente de los mases no llama por pequeñeces, están habituados a bregar solos con las dificultades, también las de la salud. Se arma de valor y sale.

—Hola, bonito... Hola, perrito guapo...

El ladrido bien pudiera ser una bienvenida, su modo de celebrar la visita, pero Nieves sabe lo mismo de perros que de estrellas. Al fin se arriesga, baja la mano y lo acaricia. El perro calla y agita el rabo. El corazón de Nieves se apacigua. En la casa se abre la puerta y la silueta espigada de una mujer se recorta contra la luz. Nieves agarra el maletín y se acerca a la casa.

—¿Qué tal, Josefina? ¿Cómo va todo?

—Perdone que la hayamos molestado a estas horas, doctora. Pase usted, pase.

—Para eso estamos.

—¡Quita, Duglas! Qué meloso se pone.

La mujer aparta al perro sin miramientos y ella sonríe encubriendo su temor.

En el dormitorio espera Julián, un hombre mayor acostado bajo unas cuantas mantas, aunque en la habitación no haga frío. No tiene buen aspecto. Le ausculta, le hace preguntas, escribe una receta, deja unos medicamentos. Sin prisa y poniendo cuidado en utilizar un lenguaje claro, le explica a la mujer cómo administrarlos.

—Mañana me llama y me dice cómo responde. No deje de hacerlo. Si no le hace efecto enseguida le tendré que cambiar el tratamiento.

—Descuide, doctora.

—¿Tiene quien les vaya a la farmacia?

La señora asiente mientras la acompaña fuera.

—Sí, señorita Nieves, sí. Baja el mediero en cuanto amanezca. Y perdone que la llame por su nombre, pero la veo tan joven que me cuesta mentarla por el apellido.

No se ofende. Sonríe porque, excepto Josefina, nadie pronuncia su nombre por aquí. Siempre es «doctora» y eso es como no tener nombre, y no tener nombre es como no ser nadie. Se mete en su coche, el perro vuelve a ladrar.

—¡Calla, Duglas, calla de una vez!

Arranca y solo cuando está maniobrando para dar la vuelta, repara en que, en el suelo, junto al asiento del copiloto, hay una bolsa con huevos, unas manzanas, un tarro de miel. Le parece excesivo. La abruma que la agasajen, como si contrajera una deuda involuntaria que se ve incapaz de saldar. Baja la ventanilla:

—¿Por qué se molesta, Josefina?

La masovera hace un gesto vago de negación:

—Si la miel no le va, la vende en el mercadillo. Y no se preocupe por la huevera. ¡Ya me la devolverá!

Antes de que pueda replicar, la señora se recoge en su casa y cierra. El coche parte, ya de regreso.

Hasta que prende la luz de la cocina, la casa está sumida en la oscuridad. Es confortable, demasiado funcional, áspera en el estilo práctico y austero de los pueblos: algunos muebles con pretensiones, pero de poca calidad, lámparas que cuelgan de los techos con bombillas de poco voltaje... Solo el fuego de la chimenea, cuando la usa, emana amabilidad. Pero encenderla es un lujo que se niega a sí misma; no estaría tranquila marchándose. No se fía de los rescoldos, los extingue meticulosamente con un vaso de agua, de modo que solo la enciende en fin de semana.

Cuando Nieves entra con la miel, los huevos, las manzanas, recuerda otra ocasión en que llegó con obsequios similares. Entonces apenas llevaba unos meses en el pueblo. Aquella otra noche, hace ya año y medio, la casa no estaba a oscuras. La recibió el murmullo de la tele y el crepitar de la chimenea, esa noche sí, prendida, porque había alguien vigilándola, alguien enamorado del ritual del fuego y la leña. Quizá solo de eso se había enamorado. Cuando Nieves entró aquel día, el salón estaba vacío, la tele encendida hablaba para nadie. Le extrañó.

—¿Manuel...?

Se asomó a la cocina. Luego fue al dormitorio donde la recibió una maleta abierta sobre la cama. De primeras no comprendió lo que

significaba. ¿Había llegado alguien? ¿Se iban de viaje y no lo recordaba? Las puertas del armario abiertas y también los cajones. Él apareció desde el baño, cerrando su neceser.

—¿Qué haces, Manuel?

—¿Ya has vuelto? —dijo, parecía desconcertado, pillado en falta.

—Me han regalado miel y...

Tontamente le mostró el frasco, quizá intentando mantener una cierta normalidad, tratando de que se borrara aquella maleta y lo que podía implicar.

—No te he oído entrar —repuso él.

—¿Qué haces?

—Me han llamado.

—¿Quién?

—De Barcelona. Me han dicho que sí.

—Pero habías dicho que... aunque te dijeran que sí...

—Me tengo que marchar. Nieves, yo no puedo estar aquí. Esta casa, este pueblo... Todo el día sin hacer nada... No lo soporto.

—Si esperas un poco... Tal vez si vuelvo a solicitar el traslado... Me han dicho... No sé... Las plazas... El año que viene...

Manuel terminó de colocar el neceser en la maleta y la cerró. Nieves reparó en la mitad vacía del armario. Pero él ya salía de la habitación. Lo siguió. Tenía decididos sus pasos, no pensaba demorarse más de lo estrictamente necesario ante aquella cama que habían compartido apenas ocho meses.

—Nieves, no es solo eso. Lo sabes como yo. Somos nosotros. Esto no va.

Ella calló.

—Me voy. Empiezo a trabajar en la universidad y... Ya veremos —dijo Manuel y la besó en la mejilla.

Ella se dejó hacer pasivamente. No correspondió, ni lo abrazó, dolida por ese beso de amigo, de hermano, de cualquier cosa menos de amante.

—Bueno... —concluyó él ante la falta de respuesta de ella.

Le pareció nervioso, emocionado. Quizá dar ese paso le costaba más de lo que quería aparentar. Ya desde la puerta, Manuel se volvió:

—¿Me puedo llevar la miel?

Nieves asintió. Él cogió el tarro y salió. Nieves se quedó mirando al fuego toda la noche, hasta que el último rescoldo se apagó. Las manzanas, los huevos, aún sobre la mesa.

Ponerle de nombre Silencio, como fue su primera idea, habría llevado a equívoco cuando la llamara desde la ventana, así que le puso Silans, porque lo que sí estaba claro era que aquella gata no maullaba. A la semana de tenerla, cayó en la tentación de hacerle un examen de las cuerdas vocales. No sabía nada de veterinaria, pero el aparato fonador de aquel mamífero no podía ser, en lo esencial, muy distinto del de un humano, otro mamífero. Resultó un fiasco. No llegó a explorar nada. Un cachorro de gato es tan pequeño como un niño prematuro y, cuando hizo la residencia, no se sintió dotada para la pediatría. Además, un gato, por muy cachorro que sea, es infinitamente más ágil que un neonato. Había recortado el palito a un tamaño adecuado para usarlo como depresor (en estas cosas se entretiene), pero fue un esfuerzo inútil. La gata escapó de un brinco, profiriendo algo parecido a un maullido. Algo era algo.

Entonces se le ocurrió que quizá, como los humanos, los gatos aprendieran a maullar por imitación, y esta vivía sin otra compañía que la suya. Probó a maullar. Miau, miau. La gata la miraba perpleja. ¿Y si era sorda? Tiró un libro al suelo. La gata pegó un respingo y miró el libro, primero irritada, luego curiosa. Nieves no estaba convencida: ¿había percibido el ruido o la vibración del piso? Sin más capacidad ni ganas de seguir indagando en la constitución felina,

asumió que le había tocado una gata muda y se fue a la cocina a prepararse otro café. Cuando volviera a coincidir con el veterinario, le consultaría.

No tardó en cruzárselo en el bar, y el veterinario, hombre casi tan inexpresivo como Silans, le respondió que gatos, como personas, hay de todas las clases: habladores y retraídos. Nieves se sintió un poco avergonzada, como si, con aquella respuesta displicente, el veterinario hubiera querido decirle algo más, algo del tipo: «Esto es el campo. A ver si te enteras de una vez».

Había sido su mentalidad de urbanita la que había traído a Silans a casa. A pesar de llevar un año como doctora de aquel pueblo, no se habituaba a la realidad de la naturaleza. Cuando por fin terminó de acondicionar la casa y empezaba a sentirla suya, notó ruidos, sonidos que antes, cuando convivía con Manuel, o no percibía o no la incomodaban. «Parece que están rayando queso», se dijo en la cama. «Parece que alguien separa lentejas», matizó luego. «Parece que un rastrillo diminuto rascara la madera». La despertaban en mitad de la noche. Intentaba serenarse diciéndose que en el monte los animales son muchos y es natural que se escuchen sus movimientos, no hay que dejarse amedrentar. Además, quizá se equivocaba y fueran los árboles, que al crecer crujen. O el viento agitando las ramas. Se engañaba y una parte de sí lo sabía, pero el ardid le permitía conciliar el sueño.

Una mañana encontró unas bolitas negras en el suelo. Su parte más cobarde trató de ignorarlas. «Será material que escupen estas viejas vigas». Pero otra mañana el pan para sus tostadas apareció roído. Ni se duchó. Se vistió a la carrera y salió pitando al bar a desayunar, angustiada. Entró el veterinario y pidió su sempiterno

café, Nieves se limitó a saludar con la cabeza y fingió estar enfrascada en el periódico comarcal, demasiado avergonzada para confesar sus temores.

Cuando Loreto, la enfermera, llegó al consultorio, Nieves ya estaba allí con sus tostadas cuidadosamente envueltas para que le diera su parecer.

—Vaya madrugón te has pegado. No son ni las ocho. Están roídas. Tienes ratones.

—¿Y qué hago? —preguntó Nieves, horrorizada.

—¿No tienes gato? Tienes que hacerte con un gato. Te has puesto el jersey al revés —contestó Loreto con esa seguridad suya, mientras Nieves se miraba y veía la etiqueta por fuera.

Y así llegó Silans a casa de Nieves.

No sabe que su ama la quiere por interés. La recibe con alborozo, la sigue fiel y curiosa allá donde va, duerme pegada a ella. En la cocina, cuando Nieves, poco hábil en los fogones, se prepara algún plato frugal, Silans la contempla con aprobación. Nieves tiene el recetario de la Sección Femenina, anticuado, pero eficaz. Se lo regaló su madre la primera y única vez que, de momento, ha venido a verla, pero no lo consulta. Todas las recetas son para seis comensales. Su madre ha amenazado con regalarle otro, las *1080 recetas de cocina* de Simone Ortega, pero cuando lo menciona Nieves cambia de tema. No quiere decepcionarla, oculta sus desastres culinarios. No es una buena ama de casa como a su madre le gustaría.

La decepción es un sentimiento al que Nieves es muy sensible, tanto si la provoca ella como si son otros quienes la dejan con sabor a poco. Tiene demasiado fresca la reacción de su padre a su traslado

al pueblo. Haber estudiado Medicina, haber aprobado el acceso al MIR con nota y haberlo concluido brillantemente, no basta para él. Su opción de ser médico rural deslució todos los logros. Para su padre esos montes, esos dispensarios avejentados y sencillos que ella disfruta, son una chaladura. ¿Médico de pueblo? ¿Qué lustre tiene eso? Desde el día en que lo contó en casa, prácticamente le retiró la palabra.

Sin interés por la cocina, come de menú en cualquier bar del camino. Al principio, cuando nadie la conocía, era más sencillo, se sumergía en la lectura del periódico o en el televisor y listo, pero ahora, según entra, la saludan el camarero, la cocinera, los parroquianos... Ella devuelve una sonrisa de cumplido y responde con monosílabos para evitar que se sienten a su lado a charlar. No quiere que el momento de tregua de su jornada laboral se convierta en una extensión de la consulta. O eso se dice.

Hoy toca el bar de un pueblo pequeño. Pocos habitantes son garantía de pocos clientes que importunen. La cantina antes fue escuela, pero ahora los niños van a otra más grande en otro pueblo y el local ha pasado a ser bar-teleclub-sala-de-reuniones-casa-de-comidas. Si avisa con antelación, la mujer que atiende le rehoga unas verduras y le fríe unas chuletillas de cordero. Tiene mano para guisar y algunas veces Nieves se lleva una tartera para la cena. Le gusta este pequeño cobijo al margen de todo, un refugio dentro del refugio que es de por sí esta provincia alejada. Si hay mucho viento, la antena se descoloca, apagan la tele y entonces reina ese silencio que Nieves ama. Pero ¿de qué necesita refugiarse? Esta es la pregunta que le hizo Manuel la última vez que hablaron, hace ya seis meses, cuando ella le llamó para felicitarle por su cumpleaños. Sus

conversaciones tras la ruptura se han ido espaciando hasta diluirse. Primero eran llamadas esporádicas, casi de trámite, como para demostrarse que los siete años de novios no habían sido inútiles. Y muy pronto nada. Nieves a veces piensa que habría sido mejor entrar directamente en esa fase, la de la nada, sin intentar engañarse a sí mismos, que es la forma de engaño más peligrosa que hay.

El potaje de borrajas la calienta por dentro. Es una verdura que no conocía y le gusta. Saca el dinero y le choca que la mujer del bar lo acepte. En general todo son detalles para con la doctora, no le suelen dejar pagar ni un café. La sorpresa es grata, porque Nieves prefiere pagar. Pagar es no quedar en deuda. Tiene un olfato muy fino para distinguir los regalos sinceros, desinteresados, como los de Josefina, de los que son una inversión cuyo beneficio se cobrará más adelante. Y la falsedad, la hipocresía son algo que no solo detesta, también la inquietan. Desea que el mundo sea sencillo y transparente. Unos a esto lo llaman ingenuidad; otros, idealismo.

—Me parece que la maestra la andaba buscando —dice la tabernera.

—¿Vive en este pueblo? —pregunta Nieves.

—Ahí, a la vuelta de la iglesia vive. Una casa roja.

Le choca, pues la escuela está en el pueblo vecino, que es más grande.

—¿Y está enferma?

La tabernera niega.

—No me lo parecía.

—¿Ha dejado algún recado? ¿Le ha dicho algo concreto?

—Me preguntó cuándo pasaba usted consulta. Pero, claro, coincide con el horario de la escuela.

—Le apunto aquí mi teléfono de casa. Que me llame cuando quiera. Por las noches siempre estoy.

Nieves saca el maletín de su coche y se acerca a ver a una mujer recién parida, a su bebé y a otros pacientes que no pueden acudir al dispensario: un hombre que se quemó la pierna, unos críos con varicela... Acabada la ronda, antes volver a casa, se le ocurre tocar en la puerta de la maestra. Son casi las cinco y media. Con un poco de suerte estará de vuelta de la escuela.

Jacinta abre cuando Nieves ya se marchaba. Es una mujer de sesenta años, alta, con buen aspecto a pesar de que lleva puesto un chándal de hombre que le queda grande.

—Hola, soy la doctora. Me ha dicho la señora del bar que me buscaba usted.

—Hola —responde Jacinta sorprendida—, perdona que haya tardado en bajar. Me estaba cambiando. No esperaba visita. Pensé que sería la vecina que me guarda la bombona. No suelo estar cuando pasa el repartidor.

—Si molesto...

—No, no. Pasa, pasa, por favor. No te importa que te tutee, ¿verdad? Eres tan joven... Jacinta, encantada.

—Nieves.

—Sí que eres rápida atendiendo los avisos —dice con un tono que a Nieves le suena un poco a guasa y que no sabe cómo tomarse, pero pasa dentro y lo primero que piensa es que esta casa le gusta. No sabe nada de la propietaria, no ha tenido que visitarla en estos dos años, pero ya le gusta su estilo. Hay libros, hay algún cuadrito, trazas de la cultura de clase media ilustrada a la que ella también pertenece.

—La hora en que vuelvo de trabajar es poco menos que sagrada. Me gusta tumbarme un rato a leer y, no te voy a mentir, a veces me quedo traspuesta. Por eso lo del chándal. No te vayas a pensar que soy deportista —se justifica Jacinta con la misma sorna de antes.

—La culpa es mía. Tendría que haber avisado. Si he venido en mal momento, me marcho y hablamos mañana —se disculpa Nieves un poco desconcertada. ¿Necesita o no necesita un médico esta señora?

—Que no, que no. Ya que te has molestado, no voy a dejarte en la calle.

—¿Qué le pasa? —inquiere Nieves.

—Estoy estupendamente —responde rápida Jacinta.

—Mejor —contesta escueta Nieves y calla, expectante. No sería la primera vez que un vecino la hace venir sin estar enfermo. Los pacientes delegan su integridad física en ella, pero también sus anhelos y turbaciones y, ocasionalmente, además de tratar las enfermedades, le toca hacer el papel de consejera, confesora o trabajadora social, llámalo como quieras. Ven al médico a la antigua usanza: como una figura de autoridad con capacidad de influencia, cercano a las estructuras de poder. A Nieves le parece exagerado, no se ve capaz de influir en nada que no sea la salud de los pacientes. Loreto, la enfermera, la previno desde el primer día: «No te dejes enredar, que luego ya, metida hasta las trancas en sus problemas, no hay marcha atrás». Pero el carácter de los paisanos es por lo general tan reservado, tan desconfiado y cerrado que ¿cómo puede retirar la mano si se la tienden?

—Es por una alumna —aclara Jacinta.

—¿Ha enfermado? Cuando haya una urgencia puede dar aviso y me acerco a la escuela.

—No es una enfermedad exactamente, es... ¿Te apetece un café? Yo me iba a poner uno.

—Si lo va a hacer, se lo acepto. Si no, no es necesario.

—Tutéame, por favor. Que tú eres toda una doctora y yo una maestrilla de pueblo. Acompáñame a la cocina y te voy contando.

Nieves la sigue y todavía le agrada más esa estancia luminosa. Un ventanal sin cortinas ofrece una perspectiva amplísima de la vega.

—Qué bonita cocina —se le escapa.

«Y qué bien huele», piensa. Será el laurel que asoma de un frasco, serán las flores de manzanilla que cuelgan de un cordel, la cocina tiene un aroma que invita a quedarse, pero se lo calla. Ha aprendido que es arriesgado hacer elogios. Recién llegada se le ocurrió admirar la fachada de uno de los edificios más antiguos, una casona del siglo XVI muy bien conservada, y cuando comentó «qué bonita», el dueño, al modo arisco de la gente de montaña, replicó con sospecha: «Bonita ¿por qué?».

—Originalmente esta habitación no era la cocina —explica Jacinta mientras llena la cafetera—, pero tenía fijación desde cría con una cocina con ventanal y, cuando reformamos la casa, me la hice. Mucha gente me dice que debería ser el salón, pero ¿es que la cocinera no tiene derecho a vistas?

—Es preciosa —concluye Nieves.

Algún día le gustaría tener una cocina así donde quiera que recale.

—Siéntate —le indica Jacinta con mañas de maestra acostumbrada a mandar y Nieves acata. Jacinta rectifica—. Perdona. A veces me creo que sigo en el colegio.

—No pasa nada.

A Nieves no le molesta no ser por un rato la que tiene las respuestas. Es relajante. Jacinta prosigue:

—Esta niña, cómo te diría yo, desde que empezó el curso le pasa que... No sé cómo explicártelo. Mi madre lo llamaba «ausencias».

—¿Ausencias? ¿Crisis de ausencias?

—Se queda mirando a la nada unos segundos. A veces más tiempo. Y ni ve ni oye.

—¿Y luego?

—Vuelve en sí, como si nada.

—¿Qué edad tiene?

—Nueve años.

—¿Y esas ausencias van acompañadas de temblores?

—No.

—¿Algún otro síntoma? ¿Chasca la lengua o parpadea?

Jacinta niega.

—¿Y lo recuerda?

—Dice que no.

Nieves calla, pensativa.

—¿Leche caliente o fría?

—Caliente, por favor.

—Me da miedo que sea epilepsia —continúa Jacinta mientras mete la leche en el micro—. Hace años tuve un alumno epiléptico. Se me cayó, se hizo una brecha muy fea, perdió la conciencia, tuvo que estar ingresado. No sabes qué mal me sentí. No quiero que vuelva a pasarme.

—Tendría que examinar a la niña.

—Sí, claro, ya me imagino.

—¿De qué pueblo es?

—Vive en el tuyo.

—Perdona que te pregunte. ¿Y no prefieres vivir en el pueblo donde está la escuela? —inquiere Nieves.

—Bastante pesado es vivir en un pueblo pequeño donde nos conocemos todos, para encima tener que cruzarte al final de la jornada con los administrados. Mi marido y yo pusimos todo el empeño en no vivir donde trabajábamos. Bernardo era secretario del Ayuntamiento de Rovelo.

Nieves escucha con interés. A pesar de lo seca que es y de sus sarcasmos, la mujer le despierta simpatía.

—Puedo acercarme a verla esta misma tarde.

—No vale la pena alarmar a la familia. Mejor mañana. —Jacinta retira la cafetera de la lumbre—. Perdona, otra vez me estoy pasando de lista. Si tú crees que mejor hoy que mañana, quién soy yo para opinar, tú eres la doctora.

Nieves vuelve a sonreír. Ese tono severo, casi impertinente de puro mandón, por alguna razón no la ofende. Será la edad de Jacinta, parecida a la de su madre, será que hay algo amigable en su tono después de todo, será que simplemente la trata como a una igual y hacía muchos meses que eso no le pasaba. Nieves ahora sabe que la deferencia aísla.

Jacinta también sonríe, agradecida por su comprensión:

—Mi marido me decía que tengo tendencia a organizarle la vida a todo el mundo. Como ahora él no está para regañarme, campo a mis anchas. Si a ti te parece que es urgente y conviene verla hoy mismo, adelante. Como si quieres que te acompañe. Me cambio en un pis pas.

Nieves no se atreve a preguntarle por ese marido que menciona cada tanto y que no está. Deduce que murió y se reprocha su timidez; querría vencer su cobardía, decir algo, pero no sabe qué. Ni le da el pésame, ni hace observación alguna sobre esa ausencia. Esquiva el tema y vuelve a la niña:

—Tan urgente como para aparecer en su casa ahora, no. Tienes razón. Es alarmarlos en balde. Mañana me acerco al colegio y le echo un vistazo. ¿La familia te ha comentado algo?

—Nada. Quizá solo le ocurra en clase.

Han terminado el café, su aroma aún invade la cocina. Nieves se pone en pie. De buena gana se quedaría más rato, pero la maestra recoge las tazas y Nieves intuye que desea quedarse sola.

—Gracias por el café —dice.

Antes de salir, aprovecha para echar un último vistazo a ese ventanal que quizá, algún día, pueda tener ella también.

Aparca delante de casa. Otra ventaja de vivir en un pueblo. Atravesándolo, ha observado más atentamente los portalones, las ventanas con luz y las oscuras, tratando de adivinar detrás de cuál estará cenando o haciendo tareas o viendo la tele esa paciente nueva que conocerá mañana. No le pone cara. No se fija demasiado en los niños, apenas en los que ha tenido que atender. De las vacunas se ocupa Loreto. Ella se relaciona lo imprescindible: con el farmacéutico, con el veterinario, con la señora que atiende el colmado, con el del bar donde alguna vez desayuna y con sus vecinos hola y adiós. Tiene poco tiempo libre y el que tiene lo pasa en casa, leyendo o estudiando. Se suscribió a revistas y boletines profesionales y se los empolla. No quiere quedarse atrás por no ejercer en un hospital con medios diagnósticos y laboratorios. Los domingos, si no hace malo, sale al monte a caminar porque el ejercicio, el aire y el sol son necesarios, más que por gusto. Siempre siente pereza, aunque luego, una vez en marcha, disfruta y se pregunta por qué no lo repite cada día. Algún que otro festivo su enfermera, Loreto, la ha invitado a su casa a comer, pero Nieves no traga al marido, habla demasiado, y además no quiere cargar a Loreto con más horas de convivencia de las que prescribe el horario laboral.

Se pregunta si su conformidad con la soledad y el recogimiento contribuyó a que Manuel se marchara. Y se contesta que con él no era solitaria, salía. Para sus parámetros, incluso demasiado. Se pasaban el día en el coche. Se guardaba mucho de protestar, pero tanta excursión la agotaba. Sin embargo, a Manuel le era preciso el contacto constante con otras personas. Si no había plan los fines de semana, se ponía mustio, de modo que Nieves, contra su naturaleza poco expansiva, aceptaba cada invitación que recibía y las fomentaba. Si no había plan, Manuel rastreaba como loco el periódico de la comarca hasta dar con algún entretenimiento: cine en alguna casa de la cultura, teatro municipal, concierto en una iglesia, conferencia en algún casino, fiestas populares... Lo que se terciara. Y donde se terciara. Más kilómetros al cuerpo de Nieves además de los que echaba de consulta en consulta.

De vuelta de esas salidas de ocio, mientras Manuel conducía en la noche, rendida por el cansancio e incapaz de mantener la conversación, se quedaba dormida. Al llegar a casa, Manuel la despertaba entre molesto y decepcionado. Nieves reconocía el tono, era el mismo que usaba su padre. Quizá si hubiera conocido el pueblo en invierno, pensaba, la desilusión de Manuel hubiera sido menor. Pero llegó con el buen tiempo. Ella se había adelantado para tomar posesión de la plaza. Le esperó para mudarse a una casa y esos meses se albergó en la única fonda de la zona. Él se sumó cuando acabó el curso en el colegio donde hacía sustituciones. Con el buen tiempo y las fiestas se llenaron las calles de veraneantes, excursionistas y amigos que los visitaban, y Manuel pensó que aquella sería la tónica habitual: muchos planes y mucha compañía. Pero llegó el frío y no solo cambió el paisaje, el clima entre ellos

también. Los veraneantes y las visitas se replegaron a las ciudades y ellos siguieron allí solos un lunes, un martes, un miércoles... Nieves veía cómo las carpetas, los ficheros, los libros de historia que habían cargado desde Madrid para que Manuel pudiera seguir con sus investigaciones posdoctorales y sus artículos académicos languidecían sobre la mesa y él fumaba, cada día más y más irritable. Y pasó octubre y noviembre y diciembre y llegó enero con sus nevadas. De primeras a Manuel le parecieron hermosas y encender la chimenea, divertido. Al quinto día de dar paladas para abrir camino al coche y de proteger las cañerías con mantas para que no se helaran, ya solo refunfuñaba. A final de mes recibió la propuesta de una ayudantía en la Autónoma de Barcelona y se marchó, abrumado por tanta blancura.

La escuela es pequeña, un aula unificada con niños desde preescolar hasta el final del primer ciclo de EGB. Jacinta está pendiente de Micaela. Siempre está atenta, por supuesto, pero hoy la doctora se pasará y le ha pedido datos concretos: los momentos en que la niña está ausente, su duración, la situación... Trata de identificar alguna pauta, algún detonante de las crisis. Traza una tabla en un papel. Todavía no ha pescado a la niña cayendo en el trance, solo saliendo. No quiere preguntar a los otros críos si han notado la conducta extraña de su compañera. No quiere señalarla y que las ausencias la separen del resto. Tampoco se trata de esconderlas, pero su lema en el aula es «todos iguales, aunque distintos» y en eso se esfuerza.

Sin embargo, por más que Jacinta la vigila, hoy Micaela está espabilada y cumple los ejercicios con aplicación. Le gusta dibujar. Jacinta propicia el dibujo como herramienta pedagógica en todas las materias, desde la lengua a las matemáticas. Micaela se afana con sus lápices, multiplica fresas, manzanas y peras por tantos o cuantos cestos, contenta, concentrada. Es buena dibujante. Le gusta ser pulcra, no salirse del contorno, elegir los colores más bonitos. Le da envidia Laura, su compañera de pupitre. Los Reyes le han echado una caja de treinta y seis lápices de los que no se les rompe la mina cuando les sacas punta. Y total para nada, porque dibuja fatal y es

una desastrada. En pocos días a esa caja le faltarán la mitad de los colores.

—Chicos, saludad —dice la maestra.

Micaela deja los lápices y se pone de pie con los demás. Le molesta el arrastrar de sillas que acompaña al movimiento de la clase, le gustaría taparse los oídos, pero se contiene. Intuye que no sería bueno, llamaría la atención. A ningún otro niño parece molestarle ese estruendo.

—Esta señora es la doctora. Va a pasar un ratito con nosotros.

Micaela reconoce a la mujer, la ha visto por el pueblo. Tiene un cochecito rojo con el techo blanco que le gusta. Un Mini. Un día de estos lo va a dibujar. Es mucho más joven que la maestra, parecida a su madre, aunque muy diferente en su modo de vestir. Siempre lleva pantalones de pana como los hombres. Micaela prefiere las faldas, como las de la maestra, cuanto más vuelo mejor.

La maestra les manda sentar. Otra vez el chirrido de las patas contra el terrazo. Sentada en su pupitre es más fácil taparse los oídos, al menos uno. Finge apoyar la cabeza en su mano y así amortigua la mitad del estruendo. Retoma su dibujo. Se fija en que la doctora habla en susurros con doña Jacinta y de vez en cuando la miran. Se acercan. Teme haber hecho algo malo. Sus mejillas se ponen calientes y ella las supone rojas cuando la doctora sonríe:

—Hola, Micaela, me llamo Nieves. ¿Le puedes decir a tu mamá que esta tarde pase a verme al dispensario? Y vente con ella. Sabes dónde está, ¿verdad?

Micaela asiente. Más vergüenza.

Por la tarde, Nieves no las tiene todas consigo. ¿Habrá dado la niña el recado a sus padres? No tuvo la precaución de pedirle a Jacinta el teléfono de la familia de Micaela y no sabe dónde viven. No sería muy complicado averiguarlo. Con acercarse al bar estaría hecho, pero le molesta preguntar, no le gusta invadir. Imponerse no va con ella. Lo que le dan lo acepta y si no le quieren dar, se conforma o busca el modo de obtenerlo por su cuenta.

Consulta el reloj y levanta el teléfono para llamar a Loreto. Es la típica situación que la enfermera maneja mejor que ella, pero antes de que conteste, tocan a la puerta. Nieves se estira las solapas de la bata blanca. En la primera consulta hay que causar buena impresión.

A Celia, la madre de Micaela, le desconcierta que sea la propia doctora la que abra, que no haya ni enfermera ni otros pacientes esperando. Es una mujer joven, fuerte, de unos treinta y pocos años.

—Pase, pase. Hola, Micaela. Es usted su madre ¿verdad? Encantada.

Micaela vuelve a sonrojarse, pero sonríe. Esa señora en clase antes de irse se ha fijado en su cuaderno y le ha dicho: «¡Qué bonita letra!», pero luego repara en la bata blanca y se acuerda de vacunas, anginas y demás momentos desagradables. Entonces le entra un poco de susto. Celia, la madre, habla con cierta brusquedad:

—Usted dirá.

—Siéntese, por favor —pide Nieves, procurando parecer cercana.

—La niña que yo sepa no está enferma. ¿O ha notado algo la maestra?

Celia está un poco harta de la maestra. Siempre anda con que si hay que comprar esto, que si lo otro. Es exigente con los materiales que los niños tienen que llevar a clase. Parece que le ha hecho la boca un fraile. Pero calla sus críticas, no quiere enfrentarse a la doctora; nunca se sabe cuándo se la puede necesitar, es conveniente que no le coja ojeriza a una.

—Parece que Micaela ha tenido algunos episodios de «ausencias» en el colegio —explica Nieves.

—Para mí que la maestra se confunde. Yo a la niña no le noto nada. La niña está bien.

—Quizá le ocurra solo en el colegio.

—Será.

Nieves toma nota en su libreta y calla unos instantes.

—¿Nos podemos ir? —dice la madre—. Tengo al pequeño con una vecina. Y como no me ponga a cocer la verdura, no tengo la cena para cuando vuelva mi marido.

—Déjeme que le haga alguna pregunta a Micaela.

La madre calla. Nieves se dirige a la niña con dulzura:

—Eso que te pasa a veces en la escuela que te quedas como mirando al aire ¿en casa te ha pasado alguna vez?

La niña no responde. Mira con sus ojos vivaces. Nieves adivina su inseguridad.

—¿No te acuerdas? Me refiero a esas veces que la maestra dice que estás como en blanco. ¿Sabes a lo que me refiero?

La madre se impacienta:

—¿Quieres contestar a la doctora?

—A veces —se apresura a contestar Micaela, no le gusta que su madre la espolee.

—A veces ¿qué? —insiste Celia.

—A veces en casa también me pasa.

—Pero ¿qué es lo que le pasa? —Celia se empieza a asustar.

—Explícaselo tú, Micaela.

La niña mira alternativamente a la doctora y a su madre.

—Es como si me duermo, pero sin tumbarme en la cama.

—¿Notas alguna otra cosa? —dice Nieves.

—Que vuelan mariposas.

—Mariposas. ¿Dónde? ¿En la tripa?

—No. Fuera. En el aire. Primero vuelan las mariposas y entonces me llevan con ellas. Pero, como tienen las alas tan finitas, enseguida me caigo.

Antes de seguir hablando, Nieves mira a la madre, que escucha a su hija con recelo.

—Y cuando termina y te despiertas, ¿dónde te han llevado?

—No me acuerdo —contesta Micaela muy segura, como si esa pregunta se la hubiera hecho a sí misma muchas veces.

—¿Y hace cuánto que te pasa?

Micaela se encoge de hombros.

—¿El curso pasado te ocurría?

—No lo sé.

Nieves sienta a la niña en la camilla y la explora. Todo parece estar en orden. Los reflejos, la vista, el oído, el pulso... La madre quiere irse, como si yéndose de la consulta se quitara de encima el problema. Nieves nota su impaciencia.

—¿Tiene algo o no tiene nada?

—Hay que hacerle pruebas.

—Pero ¿no son cosas de críos? ¿No se distraen todos?

—Espera a tu mamá fuera, Micaela. Enseguida sale.

La niña obedece, aliviada de haber terminado. Nieves se dirige a Celia con tono tranquilizador:

—Podría ser algún tipo de epilepsia. ¿De verdad que en casa no ha notado nada? Las ausencias son pequeñas crisis en que se queda como congelada.

—A veces se ensimisma y hace como que no oye las cosas, pero... ¿eso es grave?

—De momento parecen ataques leves. No son infrecuentes en niños, pero hay que vigilarlo.

Celia chasca la lengua, inquieta, menea la cabeza y calla.

—No se angustie. En la mayor parte de los casos se les pasa al crecer, pero tendremos que hacerle análisis y las pruebas que le digo.

—Yo tengo que ocuparme de mi suegra, además de la casa y de los olivos. No vive en este pueblo. Está sola. Me paso el día yendo y viniendo.

—¿Y su marido?

—Mi marido está muy atareado. No se puede contar con él. Además, que no tiene paciencia. —Celia calla y cavila unos instantes —. A ver cómo me las ingenio para llevarla. Porque esas pruebas, claro, serán en Teruel.

Nieves asiente. La madre se frota la frente, cavilando, y Nieves la compadece, como siempre que tiene que dar una noticia que trastoca la vida de un paciente.

—No se preocupe. Ya encontraremos la manera de que Micaela vaya y venga a hacerse las pruebas —propone, aunque realmente no sabe cómo va a liberar a la madre de esa carga.

—Pero ¿y qué tengo que hacer ahora? ¿Meterla en la cama?

—No es necesario. Solo obsérvela. Si le ocurre de nuevo, me avisa.

—Vamos, que es como si fuera sonámbula.

—Algo parecido. Cuide de que no se haga daño. Le dejo el número de mi casa.

Nieves anota.

—¿No puede recetarle algo para que se le pase?

—Sin un examen en condiciones y un diagnóstico, no. De momento que no esté sola, por si acaso.

Celia calla y asiente.

No hace noche de estar en el patio, aun es invierno, pero por la radio han avisado de que estará despejado y la luna se verá clara y cerca. Nieves no quiere perdérsela y se pone el gorro de lana, los mitones (otro envío de su madre), se envuelve en una manta, mira al cielo y consulta un manual de astronomía para principiantes. Revisa el índice, siempre empieza por los índices, le gusta saber adónde va antes de echar a andar. Un capítulo le llama la atención: «El cielo profundo». Lee: «Lo que se esconde tras el fondo negro de la noche y nuestros ojos no alcanzan a ver porque no es visible».

Se arrebuja en la manta y alza la mirada. Cuántas estrellas. Incontables. Incalculables. Perecen piedras preciosas. Piensa en Micaela, en el misterio de sus ausencias. Hoy ha recibido los resultados de las pruebas. Como ya le anticipó la técnica que manejaba el aparato, no se aprecia distorsión en los patrones. Todo está correcto.

Se cogió una mañana libre para llevar a la niña al hospital provincial. Llegaron temprano. Por hacer tiempo, entraron en una librería para comprar algún cuento, por si les hacían esperar. Mientras la niña elegía, ella curioseaba y decidió comprar ese atlas de astronomía. Según pagaba, le comentó a Micaela:

—Una ventaja muy grande de vivir en el campo es que se pueden observar las estrellas.

—¿En la ciudad no hay estrellas? —preguntó la niña incrédula.

—Sí, pero con los edificios y las farolas no se ven.

—Claro, por eso se vienen todas aquí. ¿Y este libro para qué es?

—Para aprender sus nombres y los caminos que recorren.

—Yo me sé algunos. Me los ha enseñado mi padre. Él no necesita mapas.

—Qué suerte. Una noche de estas te vienes a mi casa y las miramos juntas.

—Como que me van a dejar mis padres...

A Nieves, que no conoce a muchos niños, las salidas de Micaela le sorprenden. Además, la niña tiene algo pausado y reflexivo, un ritmo interno que casa bien con el suyo y la hace parecer más madura. Es una profundidad que Nieves no encuentra en muchos adultos. Por ejemplo, Celia, la madre, carece de ella. Le recuerda a la leche hervida un instante antes de salirse del cazo.

Nieves espera a que la luna alcance su punto máximo y no puede dejar de pensar en Micaela. Si no hay nada orgánico que justifique las ausencias, la causa podría ser emocional. Pero de ese tema ella no sabe nada. Se acuerda de Yolanda, una compañera del MIR que eligió psiquiatría. Tal vez pueda orientarla. Vuelve a mirar el cielo, lo compara con la ilustración del libro. En el próximo viaje se informará de cuánto cuesta un catalejo. No, no se llama catalejo. Eso es lo de los piratas. Telescopio. Esa es la palabra correcta. Un telescopio para ver el cielo profundo.

Se está quedando helada, se mete para dentro y busca en la agenda. Marca y tiene suerte, Yolanda está en casa. Enseguida la

pone al día.

—¿Tiene ataques explosivos de agresividad? —pregunta su amiga.

—No me ha dicho nada de eso la maestra.

—¿Alguna obsesión o compulsión?

—Tampoco parece.

—Controla bien sus impulsos entonces.

—Creo que sí.

—¿Has preguntado qué tal duerme?

—Lo preguntaré, pero la madre no ha mencionado nada.

—Tendría que ver a la niña, pero por lo que dices no parece que las ausencias vayan acompañadas de los trastornos que suelen asociarse a la epilepsia. No hay ni chasqueos de la lengua, ni parpadeo, ni masticación...

—Ya te digo que no.

—¿Y la niña qué dice?

—Que nota unas mariposas que se la llevan y luego la dejan caer.

—Unas mariposas... —repite Yolanda pensativa.

—Y poco más.

—Qué imaginación. Yo la observaría e intentaría averiguar cómo es su día a día. Las ausencias se producen por un fallo en los impulsos eléctricos que conectan las neuronas. Ahora bien, por qué fallan es más complicado de determinar.

—¿Has visto más casos?

—Muchas veces es genético. Habla con sus padres. Pregunta si en la familia hay antecedentes. Yo consultaré con el jefe de servicio. Y hazla dibujar. Vete cogiendo confianza con ella. Los niños cuando dibujan dicen cosas que ni saben que saben.

Desde que conoce a Jacinta, más precisamente desde que estuvo en su casa, procura tener una nevera que no dé lástima abrir. Ha empezado a cocinar cosas muy simples para no depender tanto de los menús de carretera. Ha pensado que, si algún día tiene una cocina bonita con un gran ventanal, tendrá que usarla. Con estos buenos propósitos, se detiene en el colmado, compra verduras y dos filetes de ternera para la plancha. No sabe mucho más.

Está cruzando la plaza para enfilar la calle que conduce a la salida del pueblo (un empeño de Manuel: «Mejor una casa en las afueras. Así tendremos más intimidad, que en estos sitios son muy cotillas», dijo), cuando, sin decidirlo conscientemente, modifica el rumbo y se planta en la puerta de Micaela. Tras ella, se oyen voces alteradas. Nieves cree reconocer un lloriqueo de fondo.

—¡Si te digo que te vienes conmigo, es que te vienes! ¡Ya está bien de mañas! ¡Y termínate la merienda!

Sin que Nieves llegue a llamar, la puerta se abre y se le viene encima Celia con una bolsa de basura en la mano.

—Perdón... —Nieves se aparta, avergonzada—. Venía a ver si...

—Ahí la tiene —Celia, rápida y enfadada, señala al interior—, la muy enredadora.

Tira la bolsa en el contenedor y regresa con paso enérgico. Del interior llega el lamento de Micaela entremezclado con el programa infantil de la tele.

—Pase, pase —la invita la madre—, vaya a verla, que es a lo que venía, ¿no?

—Venía a contarles los resultados de las pruebas —se justifica Nieves, aunque no es la verdad, ni siquiera trae consigo los informes. Ha venido presa de un impulso.

En la mesa camilla está la niña ante su vaso de leche y sus galletas. A su lado, su hermanito termina su merienda pendiente de los dibujos animados. Micaela deja de llorar y se seca las lágrimas con la servilleta. No quiere que la doctora la vea así. Desde que fueron juntas a la ciudad y le compró el cuento, la doctora le gusta. Mientras le ponían cablecitos por el pecho y luego en la cabeza y la metían en un tubo muy grande para hacerle las pruebas, Nieves le cogía la mano, acariciándola y explicándole para qué servía todo lo que le hacían. En un momento dado le pusieron un casco y Nieves dijo «Parece el casco de la Hormiga Atómica», y las dos no paraban de reírse. Un señor que controlaba los botones las tuvo que mandar callar porque si no, por lo visto, las rayas de la prueba salían torcidas.

—Hola, Micaela —saluda Nieves. Micaela sonríe a su modo: tímida, contenta de verla.

—Bueno, ¿y qué dicen los especialistas de esta mañosa? Ha dejado la comida y ahora ni merendar quiere.

—Las pruebas no han encontrado nada extraño. Todo parece estar bien.

—Pues lo que yo digo, que está hecha una caprichosa. Ahora resulta que no quiere quedarse, pero tampoco quiere venir conmigo a casa de su abuela. Y yo tengo que ir a atenderla. Una marrullera, eso es lo que es.

—Sí me quiero quedar en casa, pero contigo —protesta Micaela.

—¡Que no puedo! Termínate la leche, que hay que irse.

Micaela no toca el vaso. Nieves interviene, con suavidad, recuperando la intimidad de ese viaje que hicieron las dos a Teruel, casi tres horas de ida, tres de vuelta.

—¿No te apetece ir a casa de la abuela?

Micaela se encoge de hombros. Ella misma no sabe por qué no quiere lo que no quiere. Solo sabe el malestar que le invade cuando ve a su abuela, en su casa tan oscura, tan atestada de adornos y recuerdos que no puede una ni moverse.

—Lleva una temporada que no hay quien la entienda. Con lo que la quiere mi suegra. Y con lo chafada que está desde que murió mi suegro y la alegría que le daría verla. Pero ella erre que erre. Como la haga subir hasta allí, se agarra unas rabietas que no vea. ¿Se lo puede creer usted, con lo mocita que es?

—¿Quieres venirte a la mía?

Celia mira a Nieves desconcertada.

—Esta tarde no tengo visitas. Puede quedarse conmigo y cuando usted vuelva la recoge.

—Me da no sé qué encasquetársela, doctora.

—No pasa nada. Micaela y yo ya somos amigas. ¿Verdad?

Un cuaderno para las tareas. Un estuche con lápices y un bolígrafo de cuatro colores. Un sacapuntas. Una goma. El libro con las fichas. Eso se lleva Micaela a casa de la doctora y eso ha extendido sobre la mesa.

—El próximo día si quieres merendamos aquí. ¿Qué te gusta?

La niña se encoge de hombros, tímida de pronto. Los ojos se le van en observar este nuevo espacio. Quiere comprenderlo todo, retenerlo todo. La casa de la doctora es muy distinta de la suya. Pocos muebles, pocos adornos, las cortinas recogidas para que entre la luz del sol, libros y una gata que enseguida ha sentido ganas de acariciar.

—Alguna cosa habrá que te apetezca más que otra.

—Los curasanes.

—¿Los cruasanes?

—Con Nocilla por dentro.

—Bueno, veré si los puedo encontrar.

—Solo los venden en el supermercado de Alcañiz —aclara Mica.

—Vale, cuando vaya me fijo y te los compro.

—Están más ricos si se tuestan.

—Ya. Pues los tostaremos.

—Así los prepara mi abuela.

—¿La que no quieres ir a ver?

—No, la otra.

La niña se sienta y a Nieves le llama la atención el cuidado con el que mueve la silla, procurando no hacer ruido, no arrastrarla siquiera. Saca el cuaderno y se aplica en sus tareas, colorea primorosamente una cenefa geométrica que enmarca el dictado de la mañana.

—Tu abuela, la que ha ido a ver hoy tu madre...

Micaela calla y dibuja.

—¿Es la madre de tu papá o de tu mamá?

—De mi padre.

Nieves se sirve un café y se sienta frente a ella. Sobre la mesa, unos folios de los que se trae de la consulta para escribir cartas.

—De pequeña a mí también me gustaba dibujar.

—¿Y ya no?

—Hace mucho que no practico.

—Empiezas tú y sigo yo —propone la niña y desliza los folios hasta ella.

—¿Yo? —Nieves se alarma. El objetivo no era que dibujara ella, sino la niña. Mira los lápices de colores con aprensión. No son muchos, apenas doce. Es un estuche escolar económico. Nieves ha dibujado suficiente de cría para saber que no son muy buenos. ¿Por dónde empezar? No ha dibujado desde hace... Uff... ¿Diez? ¿Quince años?

—Dime un color —le pide a Micaela.

—¡Naranja! —contesta la niña, segura.

—¿Y qué se puede dibujar con el naranja?

—El fuego —contesta rauda Micaela.

Nieves dibuja unas llamas en el papel y se lo pasa a Micaela que, sin dudar, perfila árboles alrededor de las llamas.

—Anda —exclama Nieves—, ¿un fuego en un bosque? Yo había pensado que era una chimenea.

—Es una hoguera. El fuego hace falta para muchas cosas —contesta Micaela como quien dice algo obvio.

—Sí, claro. Pero en el monte ¿no es peligroso?

—¿Y cómo se va a hacer la comida la gente que vive allí?

—¿Quién vive en el bosque?

—Algunos.

—¿Y qué hacen ahí?

—No tienen otro sitio. Si bajan al pueblo los matan. Venga, es tu turno. Dibuja otra cosa.

Nieves, está perpleja, pero no quiere que se le note. Toma el azul y dibuja una nube, confiando en que eso traslade a la niña a pensamientos más pacíficos. Le pasa el papel y Micaela, sin pensarlo mucho, dibuja gotas, muchas gotas:

—Mira, ahora está lloviendo. Eso apagará el fuego.

—¿Y qué hace la gente del bosque cuando no tiene fuego?

Micaela va a contestar, pero unos golpes en la puerta la sobresaltan, suelta el lápiz. Nieves no quiere moverse de su lado por si fuera el inicio de una ausencia, pero el aldabón vuelve a sonar insistente. Micaela se pone en pie, aún más tensa, su silla cae al suelo, se encoge con el golpe y durante unos instantes su mirada se queda clavada en la nada mientras su pecho se agita.

—¡Ya va! —grita Nieves sin moverse, pendiente de ella.

Transcurren unos segundos que parecen muy largos. Y al fin Micaela cierra los ojos y exhala un suspiro como emergiendo de un

sueño.

—No abras la puerta —ruega.

—Será el cartero, Micaela. Es su hora. No pasa nada. Dime qué notas. Ven, siéntate.

Coloca la silla y la hace acomodarse en el sofá. Los golpes en la puerta vuelven.

—¡Ya va! ¡Ya va! ¡Un momento! —Nieves abre.

—Perdone, doctora, como siempre está en casa a esta hora he insistido. Por si estaba en el jardín y no me oía.

El cartero le entrega el correo. Una postal de su madre desde Murcia, donde han ido a visitar a su hermano, instructor de vuelo en la Academia del Aire, casado y con un niño pequeño (una persona coherente en palabras del padre) y un paquete con libros de Yolanda. Cuando regresa al salón, Micaela ha desaparecido.

—¡Micaela...! ¿Dónde estás, Micaela?... ¡Micaela!

Nieves se asoma a la cocina, al baño, al dormitorio...

—No pasa nada, Micaela... Era el cartero... Nada más... Me ha traído una postal. ¿Quieres verla?...

No hay contestación. Nieves regresa a la cocina. De allí sale una escalera que baja a la bodega y a la cuadra. ¿Se habrá escondido? El interruptor de la luz está abajo, Nieves desciende con cautela para no caerse.

—Micaela, no tengas miedo, soy yo. El cartero se ha ido, te lo prometo.

Entre la barbacoa de Manuel y unas viejas tinajas para guardar olivas está Micaela con la gata en brazos.

—Ah, has bajado siguiendo a Silans. ¿Vamos arriba? Aquí no se ve nada. —Nieves le tiende la mano.

Micaela duda, está bien en la penumbra. Con los hilos de luz que se cuelan por los tablones mal ajustados del viejo portón que da a las huertas, ella ve lo suficiente y, sobre todo, nadie la ve a ella ni le puede hacer daño, eso le basta para sentirse protegida.

—¿Te da miedo el cartero?

La niña se encoge de hombros, la gata salta al suelo y escapa escaleras arriba.

—¿Y entonces?

—No me gusta cuando tocan a la puerta. No me gusta.

—Pero ¿por qué? ¿Por el ruido?

Micaela se encoge de hombros. Nieves la nota pálida.

—Nos vamos a hacer un zumo de naranja. Venga, ayúdame. Tú cortas las naranjas.

La niña sube con ella hasta la cocina.

—¿Crees que puede pasar algo malo cuando llaman a la puerta?

—No sé.

—¿Alguna vez han llamado a la puerta en casa y ha ocurrido algo?

La niña corta la naranja en dos mitades desiguales, sus manos todavía temblorosas. En casa no le permiten usar cuchillos, dicen que aún es pequeña y se puede cortar. La doctora en cambio la trata a como a una chica mayor, eso le gusta.

—¿Te molestan los ruidos? ¿Te molesta el exprimidor?

—El exprimidor no me molesta. Ronronea como Silans. ¿Parto otra? —Se siente bien con la doctora—. Son diecisiete.

—¿Qué?

—Que son diecisiete peldaños. La escalera que baja abajo.

Nieves calla, absorbiendo la información.

Toc, toc, toc. Unos golpes suaves. Y otra vez el mismo ritmo: toc, toc, toc. Jacinta reconoce ese estilo leve, como si Nieves no quisiera ocupar espacio, ni siquiera sonoro. Es tarde. Habrá venido al pueblo a visitar a algún paciente. Jacinta abre.

—¿Cómo estás? Me iba a preparar la cena. ¿Te quieres quedar?

A Nieves le da apuro decir que sí, que le apetece muchísimo; que tiene hambre, no solo de alimentos sino principalmente de comunicación; que, desde que se han conocido, ha recordado lo agradable que es estar en compañía, relacionarse de igual a igual. Con los pacientes, su rol de doctora la obliga a guardar distancia, siente tensión ante ellos por su inexperiencia, por el pavor a equivocarse en el diagnóstico, en el tratamiento. Terminada la jornada, convertidos los pacientes en vecinos, no logra soltarse. Solo con Jacinta encuentra un lugar para la espontaneidad y puede ser ella misma.

Pone la mesa mientras Jacinta prepara una cena ligera pero sabrosa. Es buena cocinera, cuidadosa, inventiva. De hecho, cocinar se ha vuelto su religión, no perdona una comida. Es el único ritual que llena su vacío. Sobre el tresillo hay una novela abierta. Nieves no puede evitar mirar el título mientras coloca los platos. *Nubosidad variable*, Carmen Martín Gaite. La hojea.

—Cuando la termine te la presto. Me la han regalado mis hijos. Debe de ser que últimamente me ven nublada y variable.

Nieves calla. No tiene mucha práctica con los duelos. Los pacientes eventualmente mueren, porque ninguno somos eternos, esto es de Perogrullo. No se estudia Medicina con la expectativa de sacarlos adelante siempre, pero en la facultad nadie les explicó qué hacer cuando llega la muerte. Ni con los moribundos ni con los allegados. En su vida personal aún no ha perdido a nadie y a los pacientes muy graves los derivan al hospital, un espacio en el que ella no tiene implicación. Los que han muerto en su zona en estos dos años eran muy ancianos, la familia estaba preparada para asumirlo sin desgarro y ella también. De modo que ve la muerte con distancia, casi como una enfermedad más, pero de una especialidad que no es la suya. Y, como no la ha estudiado, no se siente preparada para contestar a Jacinta, así que calla, consciente de su ineptitud para ofrecer empatía o consuelo.

—¿Qué autores de gustan a ti? —pregunta Jacinta.

—Tengo poco tiempo de leer novelas.

Nieves no confiesa que ella lee exclusivamente textos relacionados con su profesión, últimamente los manuales y artículos de psiquiatría que le manda Yolanda. El poco tiempo libre que resta lo emplea en ver la tele. Quizá demasiado. Películas y muchas series. *Las chicas de hoy en día*, *Treinta y tantos*, *La ley de Los Ángeles*, *Luz de luna*... Buenas y malas, de reír y de llorar, se ha aficionado a todas. No importa que ocurran en lugares ajenos que poco tienen que ver con su realidad, la reconforta reencontrarse cada noche con esos personajes de ficción; se han convertido en una especie de convivientes y sigue sus vicisitudes en una extraña intimidad

unidireccional. Solo hay un inconveniente: las escenas de amor la perturban. Pero tiene fácil arreglo, cuando dos cuerpos se unen, se levanta y lleva la bandeja de la cena a la cocina. Se dice que aprovecha para traerse un yogur, que le da igual saltarlas porque no afectan a la trama, pero estudiando los manuales de psicología de Yolanda ha aprendido alguna cosa, por ejemplo, que tal vez la alteran porque señalan algo que le falta. Las únicas caricias que Nieves prodiga, como también las únicas que recibe, son las de Silans cuando se acurruca contra ella y exige que su mano abandone el bolígrafo para rascarla.

Pero estas son flaquezas que Nieves no se atrevería a confiar a Jacinta. Le alcanza con cenar juntas y contarle que ha conseguido que dibuje con ella.

—No tiene mucho mérito —observa Jacinta—. A Micaela le encanta dibujar.

—No, no. Me refiero a que ella me ha hecho dibujar a mí. ¡Hace años que no tocaba un lápiz! El dibujo nunca fue lo mío.

—Lo que cuenta no es dibujar bien, lo que cuenta es dibujar y lo que te pasa mientras dibujas. ¿Lo has disfrutado?

—Mucho. Me ha encantado. Es relajante hacer algo sin pensar.

—Y sin juzgar —precisa Jacinta—. En clase dibujamos mucho. Es importante que los niños dibujen, pero con libertad. Además, estos niños no son como los de las ciudades. No tienen museos, ni cines, ni teatros, ni librerías... El arte se lo tienen que hacer ellos.

—Micaela se concentra mucho coloreando cenefas.

—Dibujar cenefas nos ordena internamente. Calman, son como una meditación. Ayudan con la grafomotricidad y la atención.

—¿Te parece que Micaela necesita ese orden interno?

—No hay que tomárselo literalmente. No más que otros niños. ¿Más vino?

Nieves niega y tapa su copa. El vino le da sueño y tiene que conducir ocho kilómetros de vuelta a casa.

—Cuando dibujamos se produce una conexión especial entre la mano y la mente. Lo que tenemos en la cabeza llega al papel, pasando por el corazón. Arrastra el lastre.

Nieves escucha con asombro. Jacinta ríe y se sirve un poco más de vino.

—No me hagas caso. Soy una romántica empedernida... Pero si no eres romántica ¿cómo vas a ser maestra?

—Micaela en mi casa dibujó árboles, fuego, lluvia. Habló de gente que vive en el bosque y que si baja al pueblo es asesinada. ¿Te suena algo de esto?

—Su padre es guardabosques. Habrá oído hablar de algún accidente de caza. ¿Qué te apuestas que tiene que ver con los furtivos? Le puedo preguntar al sargento de la Guardia Civil si quieres. Sus chicos vienen a la escuela.

—No, no hace falta. Ya iremos viendo.

Entre consulta y consulta, se ha desviado a Alcañiz y se ha provisto de témperas, pinceles, un bloc grande y cruasanes con Nocilla. Los coloca sobre la mesa. Cuando entra Micaela y ve el despliegue se queda maravillada, aunque no dice una palabra ni osa tocar. No es Micaela de dejarse llevar por los impulsos. Su madre la tiene muy bien enseñada en que las cosas de los demás no se manosean y esos colores, por lo que ella sabe, son de la doctora. Nieves ve los ojos de la niña, golosos como ante el mostrador de una confitería. Silans sube a la mesa de un ágil salto y se pasea entre los útiles de dibujo, husmeándolos. Micaela la reprende:

—¡Silans! ¿Todo esto es para usarlo hoy? Nunca he pintado con pinceles —dice, pero la novedad no le asusta, al contrario.

—¿Qué prefieres, merendar primero o pintar?

—Pintar. Pintar.

Buena señal, se dice Nieves y recuerda la consigna de Jacinta: ni pensar ni juzgar. Como la otra vez, la niña es cuidadosa al mover la silla. Nieves elige el marrón, unta el pincel y esboza un círculo. Una perfecta esfera. No sabe ni ella misma lo que es. ¿Un planeta? ¿Una plaza? ¿Una galleta? Le pasa el pincel a Micaela, que sin dudarlo pinta otro círculo al lado. Nieves los une con una línea.

—Son unas gafas mágicas con las que se puede ver sin que te vean.

Micaela no dice ni sí ni no. Le quita la tapa al rojo, moja el pincel y traza unas líneas sinuosas sobre las esferas marrones.

—Anda. ¿Qué les pasa a las gafas? —pregunta Nieves.

—No son gafas. Son ruedas.

—¿Ruedas? ¿De una bici?

—Nooooo... De un carro. La sangre escurre del carro.

—¿Y adónde va ese carro?

Micaela se encoge de hombros:

—A lo mejor se despeña por el barranco.

—¿Qué barranco?

La niña vuelve a tomar el pincel, lo tiñe de marrón y pinta una forma irregular en la parte superior.

—En el bosque hay un campamento, ya te lo dije. Y en el campamento una peña muy grande que es como una muela.

Nieves insiste:

—Pero esa sangre que cae del carro ¿de quién es?

Micaela mete el pincel en el agua para limpiarlo y se distrae con las volutas de la tinta tiñendo el líquido. O no sabe, o no quiere dar la respuesta. Acaricia a la gata y pregunta:

—¿Hoy no vamos a hacer zumo?

Nieves saca el exprimidor. El otro día fuego y gente escondida en la montaña a la que pueden matar. Hoy sangre en un carro. No quiere mostrar a la niña su preocupación; esboza una sonrisa cuando regresa con la merienda.

La niña mastica glotona, serena, satisfecha. Fuera, la luz de la tarde invernal se desvanece y Nieves se incorpora para encender la

lámpara, pero Micaela la detiene:

—Aún no. Un poquito más, solo un poquito.

—Cuéntame más cosas de ese carro. Y de la peña que es una muela.

Micaela niega y calla. Fuera, los pájaros del invierno emiten sus últimos cantos, estridentes, alborotados antes de enmudecer hasta el día siguiente. A la niña la penumbra le sienta bien, merienda tranquila, como si se sintiera más cobijada en las sombras que en la luz.

—Voy a tener que encender, Micaela, no veo ni castaña, así no podemos pintar.

—Pero echa primero las cortinas.

Son las cosas que diría una abuela, no una niña, piensa Nieves. Cuando las ha cerrado y prende la luz, los ojos de Micaela se achinan un poco, deslumbrada.

—¿Te molesta? Déjame ver.

Nieves alza con suavidad la carita de la cría para examinar sus ojos.

—No me gusta que nos vean desde fuera.

—¿Quién nos va a ver? Esta casa es la última del pueblo, nunca pasa nadie. Y, además, ya nos tienen muy vistas —bromea Nieves—. ¿Tienes miedo de alguien?

Antes de que Micaela conteste, tocan a la puerta. Como la otra vez, la niña se tensa hasta que ve a su madre con su hermano en brazos. Celia saluda, seca. El trastorno de la cría y sus visitas a la médico son una obligación que se suma a otras muchas. Micaela no tarda en ponerse el abrigo. Sabe que, si remolonea, su madre la regañará.

—Adiós, hasta el jueves.

Celia saluda y echa a andar sin dar tiempo a Nieves de despedirse. Micaela, por el contrario, intercambia una mirada y, cuando Nieves le guiña un ojo, le devuelve una sonrisa.

Nieves las observa alejarse calle abajo, la madre delante con ese aire indiferente de las mujeres cansadas, la mente abstraída en la siguiente tarea, Micaela unos pasos rezagada. Se gira para saludarla y se queda un poco atrás. Entonces, en un gesto que a Nieves le parece dulce, da una carrerita para agarrarse a la mano de su madre. Celia aprieta la manita sin mirarla y la lleva contra su regazo. Nieves siente envidia, le parece una bendición ese pequeño gesto de posesión, de afecto seguro, que no necesita de palabras ni miradas. Ella es imprescindible, pero reemplazable. Si no la tuvieran a ella, sus pacientes tendrían otro médico. Solo los afectos son insustituibles.

No es hora, pero las campanas de la iglesia repican. Alguien debe de haber encargado misas. Antes de hacer la ronda de visitas a pacientes, se encamina a casa de Micaela. ¿Cómo abordar el asunto? No puede decir «Buenas, vengo para detectar algo que quizá esté mal en esta familia». Para una persona tan tímida, tan consciente de sus carencias, no es fácil mentir, ni siquiera disimular. Hasta para mentir hay que saber. Consultó con Jacinta, pero no fue de mucha ayuda. Quitó importancia al comportamiento de Micaela. Para ella es una niña miedosa, sin más. Según su criterio de maestra veterana, todos los críos pasan por esa etapa. A unos les dura más y a otros menos. Nieves no lo tiene tan claro:

—Mi colega la psiquiatra dice que los miedos y las ausencias pueden estar relacionados. Me insiste en que, cuando se trata a niños, se está tratando también al padre y a la madre. ¿Qué sabes de ellos?

—Son una familia normal, como tantas de aquí. Un matrimonio muy trabajador. No sé qué más decirte. Se llevan bien. Están pendientes de los hijos. Intentan mejorar. No sé... ¿Piensa tu amiga que pasa algo en esa casa?

—La madre es muy seria.

—Las mujeres en los pueblos trabajan como mulas, no tienen tiempo para frivolidades, son reservadas. Además, tú eres la médico, te tendrá respeto.

—¿Y de la abuela sabes algo? Micaela se niega a ir con ella.

—Vive en otro pueblo, no he tenido ocasión de conocerla. A veces los niños son así, maniáticos, les fastidia alterar sus rutinas. Quieren a sus padres solo para ellos. Y si hay que hacer esfuerzos como ayudar a la abuela, perezosos. No le daría más importancia.

—¿Y esas escenas violentas que dibuja? Lo último era un carro del que escurría sangre. ¿Te suena de algo? ¿Es algún cuento que hayáis leído en clase?

—Será algo que ha visto en la tele. Es miedosa y es impresionable, ya te digo.

—¿Y el padre?

—¿Qué?

—A ver. No me gusta pensar mal y menos de los pacientes, pero ¿se le va la mano?

—¿Con Micaela?

—O con su mujer. No sería el primero. ¿Sabes si bebe? ¿Hay algo que te haya llamado la atención alguna vez?

—Hija, pareces de la Guardia Civil. No lo creo. Algún año he tenido en clase chavales con ese tipo de conflictos y no, no cuadra para nada con el comportamiento de Micaela. Los que tienen violencia en casa necesitan sacarla. Zurran a otros niños, maltratan a los animales... Micaela no es así.

Las campanas siguen tañendo. A Nieves no le gusta cuando por la tarde suenan a destiempo. No es melancolía lo que le producen, es algo así como la conciencia de estar sola. Ha llegado a la puerta de la casa. Toca y Celia abre enseguida. Se nota por su gesto que no esperaba visitas y que no le viene bien. Nieves sonríe de todos modos:

—Hola.

—Hola.

—Venía... Quería saber si tal vez tu marido podría echar un vistazo a las ruedas de mi coche. Me parece que están bajas y no quiero que se me pinche alguna y me deje tirada. Perdona que os moleste, pero es que no entiendo nada de mecánica. No te importa que te tutee, ¿verdad?

Qué bien le ha salido la trola. Nieves sabe cambiar una rueda perfectamente. Su viejo Mini heredado de su madre la ha obligado a aprender mecánica básica a base de averías constantes.

El padre de Micaela la sigue hasta el coche. Vestido de agente forestal, guarda ese silencio particular de quienes trabajan solos y carga una pequeña mochila al hombro que parece contener toda su vida laboral.

—Solo están un poco bajas. A la gasolinera llega perfectamente y allí cualquiera de los que están le puede echar aire. Perdone que no la acompañe, pero entro ahora de turno.

—No es necesario, muchas gracias. Con lo que me ha dicho voy tranquila. No me he presentado. Soy Nieves, encantada.

—Joaquín.

—Me alegro de conocerle. Le habrá dicho su mujer que últimamente he pasado algunas tardes con Micaela.

Joaquín asiente y parece que no tiene más que decir, hace un gesto vago de despedida. Pero Nieves lo retiene. Hay que tirar del hilo, hay que saber más de la familia, se repite a sí misma para darse ánimo y doblegar su natural impulso de sonreír, callar y marcharse.

—Es una niña estupenda —se le ocurre decir.

—En casa no tanto.

Ahí está, piensa Nieves. La primera grieta en la fachada familiar.

—¿Y eso?

—Porque está muy rebelde y no hace caso a la madre.

—¿A usted le hace más caso?

—Conmigo sabe que bromas, las justas. —Joaquín tiene prisa—. Si no le importa, hable lo que tenga que hablar con mi mujer. Yo tendría que estar ya en el monte para dar el relevo al compañero.

—Si pudiera usted venir a verme mañana. Me sería muy útil tener más datos para avanzar en el diagnóstico de Micaela.

Sin decir ni sí, ni no Joaquín se marcha.

Nieves piensa que es atractivo, pero que él no lo sabe. Y luego se reprende. ¿Qué hace pensando en si ese hombre es guapo o deja de serlo? Se queda mirando cómo su figura se aleja y piensa en Manuel. Nunca tuvo esa solidez, esa manera de pertenecer completamente a un lugar.

Regresa a la casa de Micaela.

—¿Podríamos hablar un momento?

—¿No ha ido mi marido a mirarle el coche? —responde Celia, desconcertada.

—Necesito consultarte otra cosa.

Celia la deja pasar. Huele a café. Rubén, el pequeño, duerme en el sofá. Los mofletes sonrosados le dan un aire de muñeco antiguo.

—Ya tiene los cuatro años cumplidos, pero se echa unas siestas que para qué. Si no le importa, pasamos a la cocina.

—¿No está Micaela?

—Estará atrás en el corral, con la burra.

—¿Le gustan mucho los animales?

—Le gustan, pero cuando toca limpiar el gallinero o barrer la cuadra, ya le gustan menos.

—Quería preguntarte por los dibujos que hace Micaela.

—¿Qué les pasa?

Nieves no puede contarlo todo. El fuego. La sangre. Los hombres del monte. Es un secreto entre ellas, el pacto que han establecido.

—A veces dibuja incendios. No hace tanto que estoy en el pueblo, ¿ha habido alguno que la niña haya visto?

La madre niega.

—En los últimos años no, afortunadamente.

—¿Y cazadores furtivos?

—¿Por qué me pregunta eso?

Nieves no quiere responder:

—¿Tus padres viven?

—A Dios gracias.

—¿Y no tienes que ayudarlos?

—Mis padres se valen mejor que mi suegra. Le reconozco que si consentí que la niña fuera a pasar las tardes a su casa fue porque me insistió mi madre. Es paciente suya y habla muy bien de usted. Si no, no le hubiera cargado con ese mochuelo. Dice que vive usted sola. Que su marido se fue a Barcelona.

—No era mi marido.

—No sé, perdone... Como vivían juntos...

—Aún no nos habíamos casado.

Nieves se ruboriza, no está habituada a ser objeto de atención. Zanjaría la charla. Celia percibe que ha sido inoportuna, se ablanda e intenta repararlo:

—¿Quiere un café? Si no me tomo uno a estas horas, no me pongo otra vez en marcha.

Nieves la sigue a la cocina. Para recibir confianza hay que ofrecerla.

—Entonces, cuidas de tu suegra. ¿Y tu marido no ayuda?

—Bastante tiene con atender las tierras y el ganado de su madre, además de lo nuestro y de su trabajo.

—¿Por qué crees que Micaela no quiere verla?

—Es una mujer un poco particular. Tiene muchas manías. No los deja moverse. Que no toquen esto, que no rompan lo otro, que si se van a caer, que si van a coger frío... Entre usted y yo, no me extraña que Micaela no quiera ir. Saca de quicio a cualquiera. Se le perdona por lo suyo, pero algunos días hay que armarse de paciencia.

—¿Lo suyo?

—Lo de la pierna. ¿No lo sabe? No claro, que a ella le toca otro médico. Es coja, desde niña.

—¿No puede andar?

—Puede, pero tiene dolores, siempre se está quejando. Para mí que le gusta tenernos en danza. Sobre todo, desde que el año pasado se quedó viuda.

—¿A tu marido también le resulta difícil?

—Uy, Joaquín. A Joaquín no le mientes a su madre. Criticarla la critica, pero como sea otro el que le saque una falta, se pone como una fiera. Siempre ha sido su niño bonito. Son tal para cual.

Micaela irrumpe en la cocina, se sorprende al ver a Nieves allí, pero la sonrisa delata que le gusta. Se aprieta a las faldas de su madre, que le prepara la merienda. A Nieves le parece una familia normal: afecto y resentimiento entrelazados, secretos que se guardan y otros que se comparten con extraños durante una taza de café. Celia apenas tiene algún año más que ella y, sin embargo, qué vidas tan distintas. A ella también le gustaría poder contar con un compañero como Joaquín que no se va, que se queda y construye. Pero eligió a un hombre que nunca vio el mundo con sus ojos y que alzó el vuelo con el primer cambio de estación, como los vencejos. O quizá no había elegido. No era consciente de que en el pueblo se hubiera comentado la marcha de Manuel, ni de que pensaran que estaban casados. Casados. Es algo que nunca hablaron. Manuel se tiene por una persona moderna, de ideas contestatarias. Tampoco ella se imagina vestida de blanco con ramo y velo, bajo una lluvia de arroz, centro de todas las miradas. Se hubiera casado tal vez, pero por lo civil, sin ruido.

Nieves espera en la consulta. Ha llegado temprano, antes incluso que la enfermera. Esta mañana ha intentado darle forma al pelo cuando se lo secaba, ha dedicado unos minutos de más a elegir el jersey, coqueterías que, aunque no lo admita, están pensadas para él. Le ha pedido a Loreto que, cuando aparezca, le dé prioridad, aunque no tenga cita, pero en toda la mañana nada, ni una llamada disculpándose.

Llega la hora de cerrar el dispensario. Loreto se ha quitado la bata y ha recogido su bolso, quiere cerrar. Nieves se asoma impaciente a la calle. Le pide que se marche, se quedará unos minutos más, ya cerrará ella. Las coqueterías se le han olvidado, ahora le choca, le escandaliza que Joaquín no se presente. Se queja en voz alta: la salud de una hija tendría que estar por encima de cualquier obligación. Loreto la mira burlona:

—Sigues con mentalidad de ciudad. Pueden haber tenido cualquier imprevisto: que se haya puesto enfermo un animal, que el motor del pozo se haya averiado... Vete a saber. En el campo se pueden torcer mil cosas.

—Lo de Micaela también es urgente.

—Hazme caso y acostúmbrate, doctora, aquí la vida es otra. Cuanto antes, mejor.

Nieves no quiere discutir con su enfermera. En el campo se pueden torcer mil cosas, es cierto. En las ciudades también, pero allí la gente finge mejor que tiene control sobre ellas. Loreto se marcha.

—Si por casualidad te lo cruzas, le recuerdas que lo estoy esperando.

Nieves espera un rato más hasta que se rinde. Decepcionada, echa la llave y sale.

Por la tarde en casa, no se concentra en la lectura. Pendiente de los ruidos de la calle, cada tanto se levanta para echar un vistazo desde la ventana. No renuncia a la idea de que Joaquín acuda. No renuncia a Joaquín. Es lo suficientemente honesta para admitir que, además de por la información clínica para completar el historial familiar, quiere verlo por otros motivos: su mirada esquiva, sus ojos verdes, las pecas que motean su nariz, tan poco comunes en un hombre y que le dan aspecto de chiquillo, su pelo negro y espeso que Nieves sintió ganas de acariciar, sus manos anchas de uñas cuadradas y sus antebrazos, que para Nieves son el lugar donde reside la masculinidad. Desea comprobar si Joaquín es tal cual lo recuerda o si, con un poco de suerte, al verlo de nuevo esa imagen se deslucirá. Quiere y no quiere que le parezca un hombre como cualquier otro del pueblo. Simplificaría su vida, el deseo propio y ajeno siempre le han dado miedo. Pero al mismo tiempo encontrar a un hombre deseable, llevarlo dentro es algo que le ocurre pocas veces y que añora.

Fantasea. Se lo imagina con ella: en la mesa cenando, en el sofá viendo las series que ella ve por las noches. Se turba, se reprende,

pero la realidad es que ha pasado unos cuantos minutos delante del armario calculando qué color le favorece más. Las horas pasan, nadie llama y el tedio acaba con el anhelo.

Está absorta en sus lecturas cuando suena el campanillazo eléctrico. Ya no contaba con tener visita. Acude a la puerta, indiferente, creyéndose dueña de sus actos. Las tonterías de antes han sido eso, fantasías. Vuelve a ser la doctora que va a mantener una conversación seria y fría con el padre de una paciente. Sin embargo, antes de abrir, su mirada se escapa al espejo y, en un gesto rápido y coqueto, se ajusta la blusa y el pelo. Tras la puerta está Micaela.

—¿No viene tu padre? —La pregunta se le escapa y ruega para sus adentros que la niña no advierta su deseo.

—Mi padre no comió en casa. Muchos días no come con nosotros. Y algunos tampoco duerme.

Siente una punzada al escuchar esto. ¿Con quién duerme? ¿Podría ella llegar a ser la que compartiera esas noches?

—Claro, tiene mucho trabajo. Es guardabosques, ¿no?

De repente otra vez querría saberlo todo de Joaquín, seguirlo allí donde vaya.

—Agente forestal. Él quiere que digamos «agente forestal». O está en el monte o está con la abuela Clementina. Mi madre dice que no le gusta estar encerrado. Para eso cogió ese trabajo.

—En cambio, a mí «guardabosques» me parece precioso. Como el de Blancanieves. —Nieves disimula su excitación como los adolescentes, con palabrería.

Micaela la mira en silencio y ella aclara:

—¿No te acuerdas del cuento? La madrastra manda a un guardabosque matar a Blancanieves. Él se la lleva, pero se compadece y la deja huir. Mata a un ciervo y le entrega a la madrastra el corazón del animal en lugar del de la chica. Es un guardabosques bondadoso.

—Si fuera tan bueno, se la habría llevado a vivir a su casa con su familia en lugar de dejarla sola.

La niña tiene razón, por supuesto. Los cuentos están llenos de esa clase de bondad a medias, de rescates que no llegan hasta el final tras mucha crueldad. Nieves se pregunta si Micaela habrá aprendido ya esa lección: que incluso las personas buenas te pueden dejar sola. Trata de leer en ella los rasgos de su padre, esos ojos profundos y expresivos. De pronto se avergüenza de su sed de Joaquín y de esa energía nueva que la empuja a hablar de más ante su hija, como si Micaela ahora no fuera una paciente a la que vigila de cerca, sino una extensión del hombre que se le ha metido en el cuerpo.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a alquilar la película y la vemos —propone Nieves mientras extiende pinturas y cuadernos sobre la mesa, sin acordarse de que Manuel se llevó el reproductor de video junto con todas las cintas VHS que, bien es cierto, eran suyas. El cine era otro de esos elementos que le faltaban en el pueblo.

—¿Vas con tu papá al bosque alguna vez?

En cuanto la pregunta sale de su boca, se regaña a sí misma, para inmediatamente justificarse: «Solo pregunto por saber más de los miedos de Micaela». La niña niega.

—Bueno, ¿qué? ¿Dibujamos? Empiezo yo —dice Micaela, y traza un círculo con una boca invertida y dos puntos por ojos: una cara

triste. Luego, agarra el lápiz y enmaraña el círculo con mil garabatos. Por fin añade dos largas líneas a los lados.

—¿Y eso? ¿Qué le ha pasado a la cara triste? ¿Tiene antenas? —dice Nieves.

—No —dice muy convencida Micaela.

—A mí me parecen antenas. Antenas para escuchar lo que piensan las personas. A veces cuando estás triste ocurre eso. Por lo menos a mí. Es como si pudiera imaginarme mejor que los demás también sufren a veces.

Y es cierto, el detector de soledades, lo llama Nieves. Ahora le está sirviendo para sentirse cerca de esta niña que la corta con impaciencia:

—Que no son antenas, jolín, que es un ovillo. ¿No lo ves? Son las agujas.

—Ah, ya veo. Agujas y lana. ¿Quién hace punto en tu casa? ¿Tu mamá?

—Mi abuela.

—¿Y qué teje?

—Jerséis, bufandas, calcetines, de todo. Los calcetines son muy importantes, dice. Los calcetines y los guantes, por si tienes que huir al monte. Lo malo es que, cuando te matan, no te dejan llevarlos al hoyo. Y la tierra está tan fría...

Nieves escucha con asombro. ¿De dónde salen esas ideas tan lúgubres? Pero debe ir poco a poco para no espantar el relato. Busca contrapesos a esas imágenes terroríficas de la cría. Toma otra hoja y dibuja una lámpara colgando de un techo.

—Mira. Una luz mágica para que dentro todo el mundo vea y desde fuera, nadie.

Micaela no contesta y pinta alrededor un tejado, paredes...

—Una casa. Muy bien. Le falta la puerta. —Nieves la dibuja. A Micaela le falta tiempo para emborronarla.

—¿No te ha gustado?

—Da igual que la lámpara dé luz, porque en esta casa no se puede entrar —contesta, muy segura.

—¿Quién lo ha prohibido?

—¿Pues quién va a ser? Los que se han quedado con las llaves. Todas las tardes, cuando se va el sol, hay que entregarlas.

—Y ¿quiénes son?

—Unos son los mismos que matan. Otros no.

—¿Y los de la casa? ¿Dónde duermen? Voy a dibujarles unas camitas.

Pero Micaela se aburre del juego, suelta los lápices y se deja caer contra el respaldo.

—¿Estás cansada?

Micaela contesta con un murmullo.

—¿Merendamos? Venga. Hacemos tostadas con miel.

En la cocina, Nieves corta las rebanadas.

—¿Tú tienes abuelos? —pregunta la niña—. Mi abuelo se murió el año pasado. No me gusta que se muera la gente.

—A mí tampoco. —Nieves vierte la leche en los vasos.

—¿Por eso eres médico?

—A lo mejor.

Con sus tazas de leche en la mano, están sentadas en silencio frente a los dibujos, tranquilas. Nieves ya sabe que Micaela adora el crepúsculo. También ella se está habituando a dejarse envolver por

la penumbra. Últimamente, prende la chimenea, el crepitar de la leña aumenta la calma y a la vez acompaña.

Cuando llega Celia a por su hija, Nieves no se siente decepcionada. Se ha propuesto quitarse a Joaquín de la cabeza. Por lo que va viendo, ese hombre guapo y esquivo debe parar poco en casa. Ella conoce bien esa clase de ausencias, las vivió con Manuel hacia el final de su convivencia, cuando incluso estando presente parecía estar en otra parte, capaz de ausentarse sin moverse. Celia no es tan distinta de ella: mujeres ligadas a hombres con los que es difícil contar.

Como otros días, Nieves se queda cavilando en la puerta y las mira alejarse. Necesita consultar a Yolanda. Va a meterse en casa para llamarla, cuando calle abajo desciende un pastor con su rebaño. Campanos, balidos y pisadas producen una algarabía que a Nieves le parece alegre. Sin embargo, cuando los animales alcanzan a Micaela y su madre, la niña se pega a la pared, asustada. Celia intenta tirar de ella, pero Micaela, petrificada, no responde.

Arropada con el chal de mirar las estrellas, la gata en su regazo, Nieves desayuna. Anoche empezó por lo fácil: el final del mango del cazo, la Osa Menor con la Estrella Polar. Da sorbos de su café y repasa el manual: «Polaris, o Estrella Polar, está tan lejos de la Tierra que su luz tarda más de trescientos años en llegarnos. Sirve para encontrar el norte geográfico, pero en el futuro no ocupará el lugar privilegiado que hoy tiene, como no lo ocupaba en el Egipto faraónico. Hacía su papel la estrella Thuban». Vaya. Ni las estrellas tienen el puesto garantizado. Acaricia la lana de la toquilla y, como cada domingo, llama a su madre. Le pregunta sobre el punto.

—Antes se tejía porque no había tiendas y las que había eran caras. Los jerséis nos los hacían las madres. No me digas que te ha dado por hacer punto. ¿Tanto te aburres?

A Nieves no le ofenden las bromas maternas. Sabe que no tienen segundas intenciones, se siente segura de su afecto.

—Se te echa de menos —deja caer su madre.

Nieves no responde, prefiere no entrar en el tira y afloja sobre por qué no les visita más a menudo. Sabe que su madre rellena con clases de gimnasia, cafés, exposiciones y conferencias el vacío que Nieves dejó. También sabe que no es suficiente; que su padre, tan serio, tan responsable («El trabajo es lo primero»), tan exigente con

las rutinas y horarios, deja poco espacio para la improvisación y para algo aún más importante: la delicadeza.

—No me aburro porque no tengo un segundo libre, mamá. Ya me gustaría aburrirme.

—Eres muy joven para ponerte a hacer calceta. Lo que tienes que hacer es salir más, venir a Madrid a vernos y recuperar a tus amigos de la carrera. Porque ¿de Manuel has vuelto a saber algo?

Debería decirle que no, que a veces siente la tentación de llamarle, pero que teme que conteste al teléfono una voz femenina. No sabe qué haría entonces. No es que espere que Manuel se quede solo, como ella, pero le dolería que la hubiera sustituido tan pronto. Bueno, lo que para ella es pronto, aunque ha pasado ya un año. Su madre alberga esperanzas de que encuentre pareja entre los compañeros de estudios. A pesar de sus ideas para otras cosas tan tradicionales, no considera que una mujer sin marido esté incompleta. Está orgullosa de que su hija tenga su carrera y sea independiente, es su vida solitaria lo que la entristece. Y también, a qué negarlo, calcula que, si Nieves se interesara por algún hombre que tuviera el trabajo en Madrid, pediría el traslado, la recuperaría y probablemente pronto sería abuela.

Tras recoger el desayuno, se sacude la pereza y se calza las botas de montaña por las que cambió el elegante y poco práctico abrigo de paño que le regaló su madre en Navidades. Desde el coche ve cómo los árboles se suceden. Casi le parecen personas que le dan la bienvenida y la invitan a acompañarlas. Aparca al inicio de una pista de montaña y sigue a pie monte arriba. Prefiere evitar los senderos

marcados para no cruzarse con otros excursionistas. Le molestan las miradas curiosas que dejan entrever preguntas del tipo «¿Qué hace una mujer sola en el monte?». Encinas, sabinas, enebros... Va aprendiendo los nombres. Si hay viento, le gusta escuchar su susurro. Si hay pájaros, los resistentes pájaros del invierno que tanto admira, escucha sus trinos que surgen de la espesura sin acertar a verlos. En el suelo irregular, la vegetación nunca es la misma de un paseo a otro. Con el frío, los restos de nieve; con el deshielo, algunas tímidas flores que se cuida de no pisar con un celo quizá excesivo, quizá ridículo si la viera alguien del pueblo; entre una estación y otra, arroyos que brotan entre las piedras con su tintineo como un arrullo.

Hace una parada en un mirador para disfrutar de ese tupido mar de pinos que forman las copas. Las rocas, cuevas y picos jalonan los montes, la vega parcelada en campos de cultivo.

Pasa junto a una ermita, luego sigue el cauce de un riachuelo, avanzando sin rumbo, fiándose de su intuición y obligándose a prestar atención a los hitos para regresar. Se dice que el bosque es cambio, nunca está quieto. Si se rompe, se repara a sí mismo. Será por eso que le gusta. Tiene buen sentido de la orientación y hasta ahora nunca se ha perdido. Tampoco se aleja mucho. Es prudente, como le enseñaron en casa. ¿Prudente o cobarde?

Va a desembocar en un paraje nuevo. La vegetación deja espacio a un claro donde hay rocas esparcidas con desorden. Entre ellas destaca una peña grande y cuadrada. Nieves se fija mejor. Reconoce esa forma. Es la muela. Sí. La muela del dibujo de Micaela. Se acerca: tras la muela, una escalera tallada en la piedra da acceso a otra zona resguardada. Entre dos macizos, una hendidura conforma

un pasadizo. Lo atraviesa y llega a un abrigo natural salpicado aquí y allá por tiznones negros de viejas hogueras. Hay otros pasos que conducen a amplias cuevas tenuemente iluminadas por tragaluces naturales. Se mete en una de ellas hasta que una voz la sobresalta.

—Tenga cuidado, no se vaya a caer.

A contraluz no distingue el rostro de quien habla, solo un uniforme, un radiotransmisor en la cintura y una escopeta al hombro. La silueta se acerca, entonces sí.

—Hola, Joaquín.

—No debería usted andar por aquí. Está muy lejos del pueblo. Se ha metido en el coto de caza. Los cazadores la pueden confundir con un bicho.

Nieves piensa que es agradable sentirse reprendida por quien no tiene otro ánimo que protegerla.

—¿Qué se caza aquí?

—Conejo, liebre, a veces jabalí.

—¿Y esto? —pregunta aludiendo a los bloques de rocas.

—Los restos de un campamento de guerrilleros.

—¿Guerrilleros?

—Bandoleros, que los llamaba Franco.

Nieves no sabe bien a lo que se refiere, no había escuchado hablar de guerrilleros.

—Maquis también los llamaban. Serían los años cuarenta. ¿No sabe lo que era el maquis?

Nieves asiente, algo ha oído alguna vez. Gente huida de la guerra que se refugiaba en los montes. Observa a Joaquín, que se mueve por el espacio con familiaridad. Su mano se posa sobre las paredes de roca y las acaricia. A su pesar, sigue encontrándolo atractivo,

aunque sea tan poco amigable. Le sigue hasta el abrigo tiznado de negro. Visto desde este lado, parecen las fauces abiertas de un monstruo descomunal dispuesto a tragárselos.

—Esta era la cocina. Cocinaban con leña muy seca para que no los localizaran los guardias.

Da unos pasos y, como Pinocho, se interna en el vientre de la ballena. Nieves duda, pero decide seguirlo.

—Cuidado, no se manche —advierte él sin volverse.

A ella no le importa mancharse, solo le importa comprender. Entran en otra cueva donde apenas hay un hilo de luz.

—Aquí dormían.

—Pasarían mucho frío.

—Ya lo creo. Vivir así. Qué tristeza —dice Joaquín.

—¿Cómo se mantenían?

—Un poco lo robaban, otro lo compraban a los masoveros, y otro poco se lo traía la gente que los apoyaba. La parentela, sobre todo. No podían hacer otra cosa. Eran republicanos. Habían perdido la guerra. Era o la cárcel o el monte.

—Micaela en sus dibujos me habla de los hombres del monte. Yo no sabía a qué se refería.

Joaquín se vuelve para mirarla, asombrado.

—¿Micaela? ¿Mi Micaela? No es posible.

—Dibujó esa roca, la muela. Y fuegos. Habla de persecuciones, de que los matan. Habrá oído mencionarlo en casa.

—Le digo yo que es imposible. ¿Cómo voy a tener ganas de contarle a mi cría cosas tan tristes y tan antiguas?

—Alguna vez habréis paseado por aquí. Puede que la haya impresionado.

—No. Nunca.

—Entonces... ¿De dónde saca esas ideas?

—Vaya usted a saber. Pero como me entere de quién anda metiéndole miedo, no me quedaré quieto.

Nieves percibe que pisa terreno minado.

—Tal vez Micaela haya oído hablar de los guerrilleros fuera de casa. ¿Se te ocurre a quién?

—Nadie quiere hablar de eso. Demasiado caro se ha pagado. Quien más quien menos tuvo un pariente que se echó al monte o al que le dieron un escarmiento los guardias por ayudar o por no denunciar. Y si no era del maquis, era delator y disfrutaba cuando la tunda le caía al vecino. Todos nos conocemos. Ninguno se ha olvidado de nada.

—Ella no los llama guerrilleros ni maquis. Me da la sensación de que no sabe bien de lo que habla.

Joaquín calla y sale de la gruta, escupido por el monstruo.

—Vamos, que la acompaño a su coche —ordena, serio, distante.

Nieves no tiene gana de irse. Mira a su alrededor e intenta imaginar a esos hombres haciendo su casa de ese laberinto de piedra.

—¿Sabe cómo volver?

—Creo que no.

—¿Cuál carretera cogió para venir?

Joaquín camina rápido, sin esperarla. Nieves se vuelve unas cuantas veces para mirar la muela, la cueva, el rastro de las viejas hogueras, el escenario, en fin, de los miedos de Micaela.

Junto al coche, Joaquín se coloca bien la gorra como si quisiera tener las manos ocupadas para no tocarla.

—Otra vez, pásese antes por mi casa y le dejo folletos con caminatas más bonitas que esta.

—Lo haré, gracias.

Por el retrovisor, mientras maniobra, Nieves ve cómo Joaquín se pierde en el bosque.

Conduce hasta el pueblo. Está alterada, siente un pálpito, no puede encerrarse en casa, tampoco tomar un apacible café con Jacinta como otras tardes de domingo. Ha tenido un golpe de fortuna, es excitante. Su agitación es tanto física como mental, necesita un escape. Aparca en la plaza y se mete en el bar. Los hombres juegan al dominó mientras la tele emite el partido de Liga. Las cabezas se vuelven para mirarla con mayor o menor disimulo. Nieves se aposta en la barra, pide al tabernero una cocacola, pero enseguida rectifica: mejor un gin tonic.

Hoy es un día especial, ha ocurrido algo que la coloca en la buena senda, no solo para entender a su pequeña paciente, sino a este lugar y su gente. Si ha sido por azar o ella misma decidió de manera más o menos consciente pasear por ese lado del monte hasta dar con la muela y el campamento, no podría decirlo; y es irrelevante. Lo que cuenta es que, de todos los lugares del mundo, este es el suyo ahora. Haber conocido la historia de los guerrilleros da otro sentido a su estancia en la comarca.

Observa a los hombres revolver las fichas sobre el fieltro verde, sus Farias a medio consumir en los labios, las copas de Soberano y de DYC a mano, y le parecen distintos: más ricos, más hondos. Son otra cosa además de lo que ve, un cielo profundo, una gruta como

una boca que puede escupir el pasado o conservarlo en sus tripas, oscuras como la noche. ¿Cuántos de ellos serán hijos, sobrinos, hermanos de maquis? ¿Y de delatores? Los mira y calcula. En los años cuarenta algunos serían niños, pero otros eran adultos. Alguno la mira de reojo y sonríe sintiéndose observado. Envalentonada, sonríe de vuelta sin la timidez de otras veces. No necesita ni fingir ni esconderse. Sabe que todos ocultan algo, que aquella tierra es más de lo que parece y compartir ese secreto le hace formar parte de esta comunidad más que haber auscultado sus pechos desnudos en el consultorio. Este bar, las fichas de dominó, los adoquines en las callejuelas, las ovejas con sus balidos intempestivos: a partir de hoy serán también un poco suyos.

Da un primer sorbo a la copa y le parece lo más refrescante que ha bebido en su vida. Desde que llegó a la comarca no ha venido al bar más que para algún café rápido. ¿Qué otra cosa podría encontrar allí? ¿Conversación con el veterinario, con el alcalde? No le interesaba nada de lo que pudieran contarle, tan formal, tan previsible. Mejor pasar las veladas sola en su patio adivinando constelaciones. Ahora es distinto. Este universo se ha vuelto tan complejo como el otro, el que escudriña por las noches. El veterinario entra en el bar. Sorprendido, se aposta en la barra a su lado.

—La doctora en el bar un domingo. Y tomando una copa, nada menos. Qué novedad.

—¿Quieres una? Te invito.

Se ve capaz de lo que ayer le hubiera resultado imposible, hablar a ese hombre de tú a tú. El veterinario asiente y Nieves hace un gesto al bodeguero como si llevara toda su vida pidiendo copas.

—Nos la pones allí —dice, y señala una mesa lo más retirada posible de los jugadores. El veterinario la sigue.

—Vengo del monte.

—Ya te veo —dice el veterinario señalando sus botas y su cazadora.

—He estado en un campamento guerrillero.

—¿Quién te ha contado eso?

—No me lo ha contado nadie. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Ibas sola?

—He llegado sola, pero después me lo ha enseñado Joaquín, el guarda forestal.

—Ah, Joaquín. Él sabe mucho. O eso dice.

—Como todos, ¿no? —dice Nieves indicando a los pacíficos jugadores—. Según él, quien más quien menos participó. Parece que la única que no era consciente soy yo.

—Yo que tú no comentaría mucho eso.

—¿Por qué?

—Para empezar, porque la versión de Joaquín posiblemente no sea la más equilibrada.

—A mí me ha parecido que estaba bastante informado.

—Faltaría más. Como que su tío y su abuelo fueron guerrilleros. Y su abuela, la Micaela, otro tanto. Bueno, toda la familia.

Nieves calla, disimula su desconcierto. Escuchar el nombre «Micaela» la descoloca. El veterinario disfruta viéndola fuera de juego:

—Y no fue un día ni dos. Años estuvieron en la guerrilla. Todo lo que duró. ¿A que eso no te lo ha contado?

—¿Y qué fue de ellos?

—Palmaron, lógicamente. En el maquis solo había tres salidas: caer en un enfrentamiento con la Guardia Civil; ir a prisión; o exiliarse en Francia. Pero ya te digo, a nadie le gusta recordar esa etapa. Y yo lo respeto, así que aplícate el cuento porque una doctora no debería tener opiniones políticas.

El veterinario se incorpora, agarra su copa y se une a las mesas de juego. Sin terminar la suya, Nieves se levanta y sale del bar.

Ha oscurecido. Atraviesa con paso firme las calles del pueblo. Quizá sea la ginebra, pero la exaltación se ha convertido en indignación y la mueve como gasolina en llamas. Está llegando a casa de Micaela cuando ve el todoterreno de los servicios forestales. Se abre la portezuela y desciende Joaquín, aún de uniforme. Nieves lo aborda:

—Hola.

—Buenas tardes.

—¿Te puedo hacer una pregunta? ¿Por qué no me has contado antes que en tu familia había guerrilleros? ¿Tan poca confianza te inspiro?

Joaquín abre el portón del vehículo para coger la mochila y el arma, también para evitar mirarla.

—Pues se lo digo ahora si quiere: mi tío Joaquín y mi abuelo Alfonso eran guerrilleros. Antes de eso mi abuelo pasó siete años preso por haber sido alcalde socialista durante la República. Y a los dos los mataron. ¿Eso era lo que quería saber?

—Te dije que nos podemos tutear. No tenías por qué habérmelo ocultado. ¿Y qué más sabes de ellos?

—Nada.

—¿Me vas a decir que tu madre nunca te ha contado nada de su padre y de su hermano? Porque eran su padre y su hermano, ¿no?

Joaquín asiente.

—Mi madre, como cualquier madre, lo único que hizo fue protegernos.

—¿Protegeros?

—Lo que pasó no tiene arreglo. Eran otros tiempos. Hay que mirar para adelante y ya. ¿Qué más quiere saber?

—¿Por qué le pusiste a tu hija el nombre de tu abuela?

—¿Qué pasa, no es un nombre bonito?

—Mucho, pero si tu madre quisiera enterrar el pasado no te hubiera pedido que llamaras así a la niña y no te hubiera puesto a ti el de su hermano. Has dicho que se llamaba Joaquín, ¿no?

—¿No puede un hijo darle un gusto a su madre?

—¿Nunca te contó nada? ¿Ni de niño le escuchaste hablar de la guerrilla? No me lo creo. La tuviste que escuchar, si no fue contigo, lo comentaría con otros.

—¿Quién se acuerda a estas alturas de lo que oyó de crío?

—No tenías ni abuelo ni abuela y también estaba muerto tu tío. ¿Y nunca preguntaste?

—De todo me enteré hace poco, cuando entré en los servicios forestales. No me lo explicaron en casa, fue un guardia mayor. Si no me cree, pregúntele a él.

Nieves calla, porque él, ahora sí, la está mirando. La fuerza que traía del bar se le escapa y vuelve a su ser: comedida, prudente, callada. Joaquín aprovecha su silencio:

—¿Le vale con eso? Si no le importa, me gustaría irme a casa.

Nieves se aparta para dejarlo marchar.

—Perdona. Solo busco la manera de ayudar a Micaela. Me ha impresionado mucho el campamento.

—Mire, en estos pueblos nadie quiere significarse. Los mayores ya pasaron mucho, ¿entiende? Mi madre no me habló de aquello como no lo habla nadie con sus hijos, para no comprometerlos. Cuando terminó, la gente solo quería salir adelante. El que hablaba se jugaba el tipo. Lo que les pasó a mis parientes no tiene nada que ver con mi hija. Nada. Eran otros tiempos. Lo único que le pasa a Micaela es que ve demasiada tele y tiene pelusa del hermano. Por lo demás, nosotros estamos bien, nunca lloramos.

Micaela se demora. Nieves hojea uno de los manuales que le ha mandado Yolanda:

> Cada familia conforma para sí misma, sea como conjunto, sea para cada miembro, un universo. Cómo se ubica esa familia en el tiempo y en el espacio, en qué espacio y en qué tiempo, qué elementos son privados y cuáles se comparten y con quién, son preguntas que, entre otras, solo obtendrán respuesta mediante la observación cuidadosa de los detalles.

«Observación cuidadosa de los detalles». La voz que tan grabada tiene se pone en marcha: ¿Tú vas a descubrir qué espacio es el de Micaela? ¿Qué tiempo? No eres psiquiatra, no eres más que una médica de familia, y encima novata. Como todo médico rural tienes que ser polivalente, vale, pero ¿y si te equivocas? ¿Y si en lugar de ayudar a Micaela la perjudicas? ¿En serio te ves capaz?

Sentada sobre la carpeta de los dibujos, siempre cerca de su ama, Silans la mira atenta. Nieves la acaricia. Puede sentir la vibración de su ronroneo. Hay algo en el apego incondicional del animal, en su mirada serena, que la reconforta. «Los animales nos ven como realmente somos», se dice. Hay momentos como este en que solo la gata cree en ella. Da otro sorbo al café y tira suavemente de la carpeta de los dibujos. Repasa los árboles y la hoguera, el ovillo, las

agujas de hacer punto, la casa con la puerta cerrada, un carro, un peñasco con forma de muela... Repasa los otros síntomas: las ausencias, el pánico a los aldabonazos del cartero, al rebaño en la calle, la afición por la penumbra, la fobia a la abuela... tienen que significar algo.

Micaela llega al fin. Se ponen a preparar el bizcocho, ensuciándose de harina. Nieves la nota tan a gusto, tan tranquila que lo piensa dos veces antes de preguntarle por la otra tarde cuando las ovejas se cruzaron en su camino y se asustó tanto.

—Meten mucho ruido. No deberían entrar en los pueblos. Despiertan a los niños y a los viejos de sus siestas.

Es tan categórica que desconcierta a Nieves. Parecen frases aprendidas, no propias.

—A mi abuela cuando era pequeña el horno le daba mucho miedo —añade Micaela mientras observa muy atenta cómo Nieves mete el bizcocho en el horno.

—¿Y por qué?

—Era muy grande, grandísimo. Como una boca, para todo el pueblo. Cabía un niño entero. Bueno, cabían unos cuantos.

—Estoy segura de que nadie echó nunca un niño al horno. Eso solo ocurre en los cuentos.

Micaela no contesta. Nieves reconoce ese silencio. Ella también lo ha practicado. Es el silencio de quien no tiene confianza en que sus temores vayan a ser bien recibidos.

De la nada ocurre. Los ojos de la niña se pierden en el vacío. Rápida, Nieves la sienta en la silla.

—Micaela... Háblame, dime algo.

Pálida, sudorosa, la niña no contesta. Está en ese otro tiempo, en ese otro espacio en el que se ausenta. Cuando vuelve en sí, Nieves le ofrece un vaso de agua. La cría lo engulle de un sorbo. No se ha recuperado por completo, pero Nieves se sienta junto a ella y le ofrece los colores. Hoy forzará la máquina, será directa aunque vaya contra su carácter y contra la educación que ha recibido basada en no estorbar, no pedir nada, no arriesgarse a contrariar al del enfrente porque ¿cómo manejar el descontento ajeno?

Micaela toma un rotulador y traza sobre el papel líneas en zigzag. Cada vez con más prisa, casi frenéticamente, como si tomara apuntes de una visión que está a punto de escapársele. Alrededor de esos dientes de sierra, Micaela añade unas formas que Nieves no logra identificar. Al fin, suelta el rotulador y se deja caer contra el respaldo.

—Ya está, ya está. Tranquila... —la calma Nieves.

La niña está cansada. Nieves ha prendido la tele y ella está embebida en el programa infantil como cualquier crío. Nieves exprime naranjas y vigila el bizcocho en el horno.

El programa termina, Nieves apaga el televisor.

—Explícame qué es eso que has dibujado antes.

—¿No lo ves? Una escalera.

—¿Y dónde está?

—Entre piedras y rocas. Es una escalera en la piedra.

—¿Esta es la de los diecisiete peldaños?

—Que no. Ya te lo dije. La de los diecisiete peldaños es otra —resopla, impaciente, como quien dice algo evidente.

Nieves toma los lápices.

—Vale. Yo pongo la roca con forma de muela. Y un sol muy bonito que da calor para que las piedras no pasen frío. Tu turno.

Micaela escoge el morado. Hace un círculo junto al sol amarillo. Luego toma el rojo y suma un tercer círculo.

—Rojo, amarillo y morado. ¿Qué son? ¿Tres soles?

—Faldas que bailan —responde la cría, enfrascada en colorear.

—Muy bonitas. ¿Y de quién?

—De las chicas. Bailan entre ellas porque no hay chicos.

—¿Y dónde están?

Micaela se encoge de hombros. Va a coger otro rotulador, cuando suena el timbre. Nieves avisa para que no se asuste.

—Será tu madre.

—¡Pero si ni hemos probado el bizcocho!

—Mañana nos lo merendamos.

Celia vuelve a tocar a la puerta, impaciente. Micaela no se mueve, concentrada en su dibujo. Nieves abre.

—Hola, Celia. Ahora mismo viene. ¿Todo en orden?

Celia lleva al pequeño en brazos y lo pasa de una cadera a otra. Tiene cara de cansada.

—¿Por qué no te pasas un día por la consulta y te hacemos unos análisis? ¿Cuánto tiempo hace que no te haces una revisión?

—Ni me acuerdo. Sería cuando nació este.

—Mañana, si quieres, la acerco yo a vuestra casa. Bastante lío tienes para encima venir a buscarla.

Celia no contesta, solo da una voz:

—¡Mica! ¡Ven de una vez si no quieres que me enfade!

La niña al fin sale.

—No te comas el bizcocho tú sola —bromea.

Nieves regresa a la cocina y observa el dibujo: rojo amarillo y morado. Claro, los colores de la bandera republicana. Además, las tres faldas bailarinas tienen ahora piernas, torsos, brazos y cabezas. De los pequeños y esquemáticos rostros caen motas de color celeste. No pueden ser otra cosa que lágrimas.

Saca un mantel de punto de cruz bordado por su abuela, es la primera vez que lo usa. Forma parte de ese ajuar que su madre le envía con la esperanza de que haga cenas y meriendas en casa. Lo extiende, coloca sus dos servilletas a juego junto a los platitos y las tazas, el bizcocho en el centro y la jarrita con zumo.

Dan las seis y Micaela no aparece. Acostumbrada a los retrasos, repasa los dibujos una vez más, relee las notas que ha ido tomando tras las sesiones. Las seis y media. Las siete menos cuarto. Las siete. Las siete y diez. Se asoma a la ventana. La calle está desierta, no hay visos de Micaela. Se enfunda el anorak, agarra las llaves y sale.

Cuando toca en la puerta de Celia y Joaquín, la rabia bulle en su pecho. Aunque sabe que puede haber mil motivos para que la niña haya faltado a la cita, la enfurece que no hayan avisado, que hayan privado a la niña de su sesión y a ella de la niña. Sabe que debería dominarse, pero algo en ella se niega a aceptar que la niña sea ignorada, que no cuente. Vuelve a tocar con insistencia. Al fin Celia abre.

—Hola. ¿Y Micaela? La he estado esperando.

—Mi suegra está mejor y no he tenido que ir a atenderla. No es necesario que Micaela siga estorbándole a usted —responde seca

Celia.

—Micaela no es ningún estorbo. Las visitas son parte del tratamiento. Creía que había quedado claro.

Celia tiene pocas ganas de conversación:

—Mica está mucho mejor, no necesita médicos. Muchas gracias —zanja y hace ademán de cerrar, pero Nieves se interpone.

—Lo siento, pero había quedado a merendar conmigo. Es bueno que los niños aprendan que los compromisos se cumplen.

Su voz ha sonado dura, a ella misma le ha sorprendido, pero no se arrepiente. Celia le mantiene la mirada sorprendida, tampoco esperaba esta reprimenda.

—Pues hoy no puede ser, qué le vamos a hacer.

Y, sin más, cierra la puerta.

De vuelta en casa, contempla el bizcocho incólume sobre la mesa, tan dorado, tan perfumado. Piensa que es un extraño final para una extraña historia. Se pregunta si debería entregarles los dibujos a los padres. Pero enseguida decide que no. Los conservará. Le gustan. Probablemente ellos no les darían importancia, quedarían en el cajón de las cosas descabaladas. Se imagina a Micaela viendo la tele en el sofá de su casa, sin la comprensión de Celia y Joaquín, acaparados por sus obligaciones, invisible, aislada en sus ausencias. Y le vuelve a subir a la garganta la rabia.

Se acerca a la ventana y mira el cielo. Está despejado. Después de cenar, sacará su telescopio. Un vistazo a las estrellas pondrá las cosas en su sitio. Pero cambia de idea. No va a quedarse esperando

pasivamente como antes, como siempre, aguardando a que sean otros quienes hagan.

Jacinta parte el bizcocho, un té humeante sobre la mesa, contenta de su visita.

—La gente aquí es muy reservada. Ya lo sabes. Callan sus historias familiares. Y yo los comprendo. ¿Para qué vas a contarles a los hijos tus miserias?

—Según mi compañera la psiquiatra ese silencio está provocando el problema. Dice que el desorden psíquico se hereda.

—El desorden psíquico. Qué palabras tan grandes. Mejor haría tu amiga en recomendarte una medicación para Micaela, que las hay.

El tono de Jacinta es burlón. Nieves calla, desorientada. Ha venido en busca de apoyo, de una aliada que convenza a los padres de que la niña siga el tratamiento, y se encuentra con otro muro, uno al que le cuesta oponerse, principalmente porque no sabe, carece de práctica en el conflicto interpersonal. Cuando era pequeña, su padre no toleraba las discusiones. «En esta casa no se grita», decía. Nieves ha aprendido que expresar desacuerdo es gritar. Le entra pavor cuando alguien querido o admirado, como Jacinta, disiente. Se paraliza como un conejo ante los faros de un coche y busca una manera de defender su posición suavemente. A veces se pregunta si por eso se le escapó Manuel, si su aversión a las discusiones, su tendencia a ceder espacio y hacerse pequeña fue la ranura por la que entró el tedio y se diluyó la atracción entre ellos. Jacinta rompe el silencio:

—Hurgar en la familia no te va a llevar a nada. No veo cómo le sirve eso a Micaela. Es meterse en un jardín. ¿Cómo va a curarle las ausencias saber que sus abuelos y un tío estuvieron en el maquis? Si ni los conoció. ¿Qué tendrá que ver? Absolutamente nada.

—¿Y cómo explicas tú esos dibujos? ¿Y esas situaciones que la alteran? Los ruidos, las ovejas, ver a la abuela...

—Para un niño, lo que ocurrió hace cincuenta años es como los reyes visigodos para nosotras.

—Mi compañera dice que los niños tienen antenas, que perciben todo de sus padres: lo que los incomoda, lo que los atrae... Y que en esa familia hay un trauma que, o se desactiva, o seguirá cargando con él.

—Pues yo pienso que mejor ahorrárselo. ¿Y tú? ¿No tienes secretos tú? ¿En tu familia se habla claro? Dime. ¿En qué familia se explican las cosas? Vivimos como podemos, Nieves, como podemos.

Nieves guarda silencio. Las personas muy seguras de sí mismas la atraen y la atemorizan. Aunque sea toda una doctora, teme su rechazo, la exclusión.

—Ay, Nieves. Te voy a decir una cosa y no te lo tomes a mal. A veces me pregunto si vivir solas en estos pueblos como vivimos nosotras, no será malo.

—Malo ¿por qué?

—Porque nadie nos lleva la contraria. Nuestras obsesiones campan a sus anchas. ¿Quieres más té?

—Jacinta, ni los análisis ni las pruebas dan resultados y, si el síntoma persiste, tengo obligación de buscar otros tratamientos. Y el que me ofrece la especialista es este.

Eso siempre se le ha dado bien, justificarse a través de lo profesional, escudarse en el sacro santo trabajo y la obligación para no dar la cara. Pero no convence a Jacinta:

—Te estás haciendo una novela en la cabeza, Nieves.

Se arma de valor. No puede dejar las cosas como están, no puede; tiene que hablar, ignora cómo y hasta dónde, pero no puede resignarse otra vez como una buena niña sin voz. El corazón le late fuerte, lo siente en la garganta.

—No sé cuáles serían tus razones para venirte a este pueblo, Jacinta. Me dijiste que no eres de la zona, ¿verdad?

—Soy de Zaragoza.

—Yo elegí este destino porque era la manera más rápida de independizarme y vivir con mi novio sin tener que casarnos y sin dar un disgusto a mi padre que es bastante conservador. Simplemente por eso. Nada más.

—Me parece muy bien. Una razón tan buena como cualquier otra.

—Cuando Manuel se fue, vamos, me dejó, porque esa es la realidad por mucho que él lo adorne; cuando se largó a Barcelona y tuve que trabajar y relacionarme con los pacientes y los vecinos sin el amparo o la compañía o, ¿cómo has dicho tú?, sin alguien que me lleve la contraria, descubrí a mis pacientes. Por ejemplo, aprendí que me gusta entrar en sus casas y conocer a sus familias. Hasta conocer a sus perros y sus vacas y sus borricos me gusta. Me encanta que me dejen en el coche acelgas o miel o huevos, y no porque me ahorre comprarlos, ni porque me guste que me doren la píldora, sino porque estos huevos, estas acelgas, los perros y los borricos están en la tierra que pisan y limpian y aran y riegan cada mañana con sus manos. Y lo comparten conmigo.

Jacinta se burla:

—Eres una conversa del campo, se te pasará. Es solo al principio. Luego le verás las pegas, que son muchíííísimas.

—Es posible, pero te estoy hablando de otra cosa. Te hablo de algo que en un ambulatorio o en un hospital de ciudad, el sistema no me permitiría. Aquí puedo seguir los trastornos de un cuerpo y también de su biografía. Así que sí, es cierto: pienso distinto desde que estoy sola y no tengo a nadie que me discuta. ¿Y sabes qué? Me gusta. Pienso menos en mí y más en los otros, mi vida es más grande de lo que era con Manuel y muchísimo más grande de lo que era en casa de mis padres. Y estoy muy agradecida.

Nieves recuerda el día que desembarcó en el dispensario, lo antiguo y austero que le pareció. El médico anterior se había jubilado unos meses antes, no le conoció. Sus pacientes llevaban una temporada larga sin consulta. Les atendía el doctor Palomares, facultativo del distrito sanitario contiguo. Harto de la doble carga laboral, Palomares apenas despachó con Nieves diez minutos para ponerla al día. Estaba deseando soltar la carga no tanto de pacientes atendidos, como de kilómetros recorridos. «Tengo el coche machacado —le dijo—, por no hablar de la gasolina. Espero que te guste conducir y que sepas algo de mecánica, porque aquí, como te quedes tirada, pueden pasar horas hasta que te socorra un paisano», le advirtió.

—¿Tú conociste a tu antecesora, Jacinta?

—Era muy particular. Para mí que era de esas maestras represaliadas que mandaron aquí por no meterla en la cárcel. Lo que se llamaba una depurada.

—¿Ah, sí?

El interés de Nieves se aviva. No puede evitarlo, quiere conocer la cara oculta del pueblo.

—Era una mujer afable, contaba poco de sí misma. Yo creo que aquí no lo pasó bien. Buena maestra, con ideas modernas, muy vocacional. No me extrañaría que se hubiera formado en la Institución Libre de Enseñanza y hubiera andado metida en las Misiones Pedagógicas.

Nieves calla, absorbiendo la información.

—Anda, descorcha el vino. Vamos a tomamos una copa. Ya está bien de infusiones, que parecemos dos viejas. Voy a partir un poco de queso. Creo que me queda algo de jamón.

—Una persona es más que su cuerpo, Jacinta. Es todo lo que intento decirte. Micaela no vive en un barrio de Barcelona, ni de Bilbao, ni de Sevilla. Vive aquí, en un pueblo del Bajo Aragón, en 1992. Eso tiene que influir, le pase lo que le pase. Eso dice la psiquiatría y yo lo creo.

Jacinta sirve el vino. Nieves bebe y se toma un momento para serenarse. Pocas veces ha hecho una declaración tan larga y de tanta intensidad. Le da vueltas la cabeza. Jacinta bebe y, tras un silencio, habla con la misma sinceridad:

—Vine a este pueblo porque Bernardo, mi marido, una persona estupenda, qué pena que no lo hayas conocido, os hubierais caído muy bien, se sacó las oposiciones a secretario del ayuntamiento. Él era de Beceite, y siempre quiso volver. Surgió una plaza en un pueblo cercano y nos vinimos. Nos presentaron en la universidad amigos comunes, yo hacía Magisterio y él Derecho. Ojalá hubiéramos tenido un médico con tus ideas cuando él se puso enfermo, pero no tuvimos esa suerte y la enfermedad, que en

principio parecía poca cosa, fue degenerando sin que nadie acertara nunca con el tratamiento y, bueno, el resto ya lo sabes. Se murió y aquí estamos.

Nieves hace un esfuerzo para vencer su pudor:

—Siento mucho que falleciera tu marido, Jacinta. A mí también me hubiera gustado conocerle.

Jacinta se incorpora, quiere evitar que Nieves vea que sus ojos se han empañado y Nieves aprovecha:

—Sé que parece una fantasía, Jacinta, pero sean miedos aprendidos, manías o aprensiones de sus mayores que se le indigestan, lo que le pasa a Micaela lo ha heredado como se hereda un trozo de tierra. Solo nos tiene a nosotras para ayudarla.

—Para ayudarla, tú lo has dicho. No para perjudicarla.

Se hace un silencio. Jacinta bebe, tranquila, conforme. Le resulta agradable tener a Nieves en casa, hablar con ella. No le afecta la diferencia de opiniones, es de naturaleza discutidora, sabe que puedes querer a alguien y no estar de acuerdo con sus ideas. Todo lo contrario de Nieves, que solo mira su copa, tensa, dolida. Tras unos instantes, se levanta.

—Bueno. Me voy.

—¿No te quedas a cenar?

—No. Gracias. Me he llenado con el bizcocho.

Jacinta la observa, intrigada.

—¿Por qué vives ahí?

—Ya te lo conté. Porque quería salir de casa de mis padres.

—No. Me refiero a esa casa, con lo fea que es. ¿Por qué vives allí y no en la casa del médico? Es estupenda. Necesitará un lavado de

cara, pero es una casona muy bonita. Conozco a un manitas que te la pone a punto en un periquete.

Nieves explica que fue una decisión de Manuel. Que la casa que ocuparon todos los médicos que la precedieron (ella es la primera mujer) no era de su gusto. Demasiado céntrica, demasiado expuesta a las miradas de los vecinos, según él, demasiado señorial. La maestra se ríe:

—¿Pero qué vecinos, si en estos pueblos somos cuatro? Anda, llamo al secretario del ayuntamiento y que te acerque las llaves al dispensario.

—¿Para qué? Total, ya estoy instalada. ¿Cómo voy a molestar al secretario? No necesito las llaves. No me voy a mudar.

—Échale un vistazo, aunque solo sea como homenaje a tus antecesores. ¿O no te pica la curiosidad saber cómo vivían?

Nieves calla, indecisa. Jacinta la acompaña a la puerta:

—Mañana te vas a ver la casa del médico y dejas de preocuparte por Micaela. La vigilaré y tienes mi palabra de que, si va a peor, te aviso.

—¿Te vas a meter sola en esa casa? —pregunta Loreto.

El escepticismo de la enfermera, en lugar de desmotivarla, es un acicate. ¿La ve tan incapaz de vivir sola en la casa grande? ¿Esa imagen tiene de ella, toda una doctora y, al fin y al cabo, su jefa? ¿Tan frágil? Si los anteriores ocuparon el caserón, ¿por qué no ella? Es igual a ellos en todo, al menos sobre el papel. Su constitución menuda, su talante tímido, su aspecto juvenil, vaqueros y jerséis de lana son simples detalles. ¿O no lo ha demostrado en los dos años que lleva ejerciendo? De golpe, las dudas de Loreto le fastidian. No será ni alta, ni fuerte, ni llevará americana con corbata como los otros médicos, pero es suficientemente grande por dentro como para ocupar la casa que le dé la gana. Resuelta, toma la llave que el secretario del ayuntamiento le ha llevado al consultorio.

A diferencia de Loreto, su madre, cuando se lo ha contado, la ha animado a mudarse:

—No solo tienes derecho, es que es bobada pagar alquiler pudiendo tener casa gratis. Y si es grande, mejor.

Cualquier movimiento en su hija es positivo. De una casa amplia podría nacer el deseo de tener una familia amplia; con eso sueña y se ofrece a viajar allí para echarle una mano con la mudanza. Pero Nieves prefiere hacer suya esta nueva casa sola.

Desde que abre la puerta y pisa el amplio zaguán, le gusta. Hasta ahora ha vivido en una construcción impersonal, una casa de veraneo práctica. Los dueños son una de tantas familias que emigraron a la ciudad y solo la usan en vacaciones, por lo que está orientada al revés, con las habitaciones principales hacia el norte para que sean frescas. Cuando más falta hacen los rayos del sol, en el largo invierno, no los tiene. La casa del médico por el contrario es antigua, muy antigua. Sólida, de muros gruesos, está orientada pensando en los pesados inviernos y no en los breves veranos. En cualquier caso, tiene tantas habitaciones que podrá organizarse como le venga en gana. Hay salas acogedoras para defenderse del frío y estancias frescas para el abrasador agosto. Si albergaba alguna duda, se disipa en cuanto pisa la cocina y descubre la ventana. Nada que envidiar a las vistas de Jacinta. Su imaginación se dispara: quitando esto de aquí, moviendo esto de allá, ella también tendrá un ventanal abierto al paisaje.

Cierra la puerta y se echa la llave al bolso como si ya fuera su hogar. Va directa al ayuntamiento para formalizar el trámite. Está exultante, le urge como urge despertarse en la mañana de Reyes. Pero el ayuntamiento solo abre algunos días en semana y hoy no toca porque el secretario, como ella, compagina sus tareas en varias poblaciones. Nieves pasea hasta su casa, tranquila, sonriente, disfrutando de su impaciencia, de tener proyectos. No hay nada como los planes.

Aunque no se mudará hasta la semana siguiente, cada día se mete en la casona y la recorre. Planta baja: despacho, consultorio,

salita de espera, un pequeño aseo bajo la escalera, lavadero, cochera. Planta de arriba: vivienda con cocina, comedor, salón, cuatro dormitorios muy hermosos y ventilados como le ha dicho la señora que ha venido a limpiar, dos baños anticuados, pero que funcionan. La abundancia de posibilidades la impulsa hacia adelante, no hay temores ni dudas. ¿Es posible enamorarse de un objeto? Ha tenido un flechazo con el caserón. Este nuevo entusiasmo lo disfruta en soledad, pero no lo resiente. Cuando llegue el buen tiempo podrá invitar a sus amigos, a la misma Yolanda, también a los que se han casado y tienen ya niños pequeños. Hay sitio para todos.

El sábado arranca su mudanza muy temprano. No ha pedido ayuda a nadie. Hace varios viajes con su cochecito hasta los topes de enseres. No eran tan poca cosa como le dijo a su madre. Qué placer descargarlos en la casa nueva, qué placer hacerla suya. Quita el polvo a los escasos muebles (un aparador, una vitrina, una mesa de comedor con seis sillas, una butaca, una estantería con algunos libros, una cómoda y algunos trastos más que fueron dejando los anteriores médicos), piensa en organizarlos de otra manera y se olvida de Micaela y de Celia y también de Joaquín. Cuando sale a tomarse un café en el bar de la plaza y se cruza con los vecinos, no los ve como máscaras tras las que se ocultan horribles secretos de guerrilleros perseguidos en el bosque, vuelve a verlos como antes: personas calladas, reservadas, no muy distintas de sí misma.

Entre el menaje abandonado en la vivienda, hay una vieja y ampulosa cómoda que se resiste a su ímpetu transformador. Si bien los cajones están vacíos, pesa muchísimo; debe de ser de roble macizo por lo menos. Está en la habitación que ha previsto convertir en su dormitorio y no le apetece tener ante su cama ese armatoste

de madera oscura. Intenta empujarla para sacarla del cuarto, pero no se mueve un centímetro. Entonces recuerda un consejo de su madre: para mover los muebles mejor de espaldas, se hace más fuerza con las piernas y no se hace una daño. Pero ni con esas. Menos mal, por otra parte. En el hipotético caso de que lograra arrastrarlo, rayaría la tarima y no le apetece tener que lijarla. Desiste. Mejor pedir ayuda a ese manitas que le ha recomendado Jacinta.

En la noche, la primera cena en la casa: un bocadillo de tortilla que se ha traído del bar. La agenda está sobre la mesa, esperando aún un lugar definitivo que Nieves solo encontrará viviendo la casa. La mira y piensa en llamar a Manuel. ¿Debería contarle que se ha mudado? Contárselo como se lo ha contado a Yolanda y a alguna otra amiga de Madrid por si él quisiera... ¿Qué? ¿Qué puede querer Manuel de ella? ¿Visitarla? ¿O es ella la que quiere que él la visite, la vea triunfal en su nueva situación y quizá, quien sabe, se arrepienta o al menos lamente haberse ido? Nieves no lo sabe. En el año y pico que ha transcurrido desde que se marchó, Manuel no ha hecho ni el amago. Ella tampoco ha ido a verle a Barcelona. Hablaron de ello al principio, cuando aún se telefoneaban de tanto en cuanto, cuando todavía no habían cortado el hilo, o al menos ella no quería cortarlo. Simulaban que sería una separación temporal, que a la convivencia podría suceder otro tipo de relación, aunque ninguno de los dos lo mencionó explícitamente. Nieves supone que es más fácil cortar así, sin querer ver, como los pacientes que miran para otro lado cuando la enfermera les clava la aguja en el brazo para sacarles sangre.

Abre la agenda, mira el número con ese prefijo provincial 93 para ella ajeno, y entonces cae en la cuenta de que todavía no tiene

línea. Cierra la agenda: ¿le quiere todavía?, ¿es eso? Sí, le quiere. Pero no como ella ve en la televisión que se quiere la gente, no con desgarro, no con desesperación, ni con locura. A ella no le gustan los sentimientos exaltados en ninguna de sus formas, ni siquiera cuando se travisten de pasión. A ella le gusta el sexo, naturalmente que sí, estar cerca del otro, tocarlo, acariciarlo, sentir su latido, sentirse acogida y acoger al otro, pero no con violencia. Se le ocurre que tal vez ese amor, esa forma suya de querer tan pálida no sea suficiente. Cuando Manuel se marchó solo se acostaban de tanto en tanto. Él no tenía ganas. Ella callaba, aunque le extrañaba que, cuando por fin tenían intimidad, casa propia, libertad, él no la tocara. «Son rachas —le dijo una amiga—, son etapas, no le des importancia». Ahora cree que el deseo, ese deseo físico, que no piensa, que obra por su cuenta y que sintió delante de Joaquín, es algo que con Manuel no sabe a ciencia cierta si sintió alguna vez. Y si lo sintió, lo ha olvidado.

Toda su atención está ahora en la casa. No piensa en otra cosa. Su casa es su bebé, es su marido. Cree que ha dado con su lugar en el mundo. Todavía sigue sin línea telefónica (y a saber cuándo aparecerá el operario), así que llama al manitas desde el consultorio. La tentación de llamar a Manuel se disipó tras la primera noche de sueño reparador en su nuevo dormitorio. Tal vez fue el alcohol. Abrió una botella que le había regalado Jacinta porque le pareció que debía celebrarlo, aunque estuviera sola. Ahora se siente fuerte; más aún cuando Damián, el manitas, le asegura que acudirá enseguida porque Jacinta le ha presionado para que le dé prioridad.

Nieves lo acompaña a la cocina. Cuando Damián ha tomado nota de los arreglos, le pide que la ayude a mover la cómoda. Suben al dormitorio, Damián echa un vistazo y solicita una manta para colocar bajo el pesado mueble. Sin embargo, incluso con manta y la fuerza de los dos, tienen dificultad para deslizarlo. Damián se rasca la cabeza, ¿por qué pesa tanto? Explora un costado, el otro, palpa el fondo y da varios toques con los nudillos:

—Esto está hueco. Aquí hay algo. Ese es el problema. Los cajones no llegan hasta el fondo. ¿No lo ve? Son cortos.

—Tutéame, Damián, que somos de la misma edad.

Damián no contesta. No se sabe si el tuteo le gusta o le fastidia. Nieves no le da importancia. Está acostumbrada a la callada por respuesta que se estila por aquí. Se fija en el mueble. Es verdad, median quince o veinte centímetros entre los cajones y la trasera.

—A ver si hay algo metido —concluye Damián—. ¿Le parece si lo desmonto?

—Y dale. Que me tutees.

Armado de destornillador y alicates, Damián manipula la tapa del mueble. Cuando al fin consigue sacarla, cae una cascada de papeles.

—Equilicuá.

—¿Qué es esto?

—Los meterían para aislar el mueble y que no se les quedara la ropa fría. Costumbres de antes.

Nieves los recoge. Son viejos impresos mecanografiados y algunos cuadernos amarillentos. Según los apila, las manos le tiemblan. Es una excitación parecida a la que sintió cuando Joaquín le enseñó el campamento guerrillero. Está empezando a revisarlos cuando Damián la reclama:

—¿Me ayudas? Verás como ahora sí.

Sin los papeles, la cómoda es más manejable. La colocan al fin en la otra habitación.

Por la noche, cuando Damián se ha ido, Nieves pasa el trapo a la pared intentando borrar el cerco, pero hace décadas que nadie movía esa cómoda y no hay quien iguale el color. Bueno, ya pintará. Vuelve a reparar en las pilas de documentos amontonados en el suelo. Debería sacarlos al pasillo, no es saludable dormir entre

papeles polvorientos. Pero la mudanza empieza a pesarle, necesita dormir y recuperarse para pasar consulta. Decide dejar todo como está, dormirá en cualquier otra habitación. Mañana despejará los papelotes y organizará su dormitorio.

Acostada en la cama individual de lo que será el cuarto de invitados, con la gata enroscada a sus pies, a las tres de la madrugada se desvela con un nerviosismo vago, inconcreto, sombrío. ¿Qué la inquieta? No sabe responderse. La cama es cómoda. El colchón de lana antiguo, muy mullido, parece que la abraza. Desde que vio la casa y decidió instalarse en ella, no ha pasado una mala noche. Realiza con entusiasmo sus quehaceres hasta que cena y cae rendida, sus músculos gratamente doloridos por el constante subir y bajar pertenencias hasta encontrarles el mejor encaje. Sin embargo, esta noche no hay forma. El sueño no viene.

Decide levantarse, se preparará leche caliente como cuando era niña. Silans la sigue. Nieves se detiene en el pasillo y, en lugar de encaminarse a la cocina, se dirige a la puerta que dejó cerrada para que el polvo y los ácaros de los papelotes no invadieran la casa. Silans la mira interrogante, como diciendo: «¿No nos volvemos a la cama?». Nieves apoya la mano en el picaporte y abre.

La luna ilumina los papeles sobre el suelo. Siente un escalofrío, la habitación está helada; la casa no ha tenido tiempo de caldearse. Debería haberse arropado con el chal que le tejió su madre. Dónde lo habrá puesto. Tantea la pared en busca del interruptor. Tarda unos segundos en recordar que, en las casas antiguas, están muy altos. Al fin lo encuentra y la escuálida bombilla que cuelga desnuda

del techo le da la triste bienvenida. Cuando pase por Alcañiz, tiene que hacerse con bombillas más potentes, no hay nada más deprimente que la luz cenital en una habitación a medio iluminar. Abre el armario y la bisagra chirría como en las malas películas de terror que veía de niña con su hermano en la tele. A él le daban miedo, a ella no. «Tengo que acordarme de pedirle a Damián que la engrase», se dice. Saca una chaqueta de lana. Esos papeles que alguien decidió guardar en la trasera de la cómoda la esperan desparramados en el suelo. ¿Quién? ¿Cuándo? Se arrodilla y toma al azar un cuaderno. La gata salta a su regazo, mimosa y posesiva.

3 de enero de 1945

He tenido que acudir al puesto de la Guardia Civil. Había tres guardias heridos. Parece que han tenido un encuentro con unos bandidos en el término de La Cerollera. He creído entender que en el tiroteo han muerto uno de los delincuentes y un peón caminero. No me dan mucha información. Me ofrezco para hacer la autopsia y el certificado de defunción, pero me dicen que no hace falta. Me ha chocado. ¿Dónde están los cuerpos? ¿Quién expedirá esos certificados? Cuando por la tarde he ido al café, nadie sabía nada. Por la razón que sea, el mando ha decidido que no se dé publicidad al asunto. ¿Quiénes serían los fallecidos? De las familias de por aquí, no veo a nadie de luto. Por si acaso, prefiero tomar nota. Si un día alguien me pide responsabilidades, al menos habré consignado aquí los pormenores.

14 de febrero de 1945

Hoy en el café los ánimos estaban alterados. Algunos quieren formar un somatén para luchar contra los salteadores y me han pedido que me apunte. Les he dicho que no. Un médico no puede andar mezclado en grupos armados, no es mi cometido poner orden, tampoco el suyo en realidad, para eso ya están los guardias y la policía militar. Me han mirado mal, pero por suerte el boticario, con el humor que lo caracteriza, ha hecho un quiebro y ha cambiado el tercio: «Si se apunta éste, yo me borro. No ha hecho más que las milicias universitarias, ni siquiera estuvo en el frente. No distingue una caballería de un jabalí y por menos de un pimiento el tiro me lo pega a mí».

20 de marzo de 1945

Hago las curas pertinentes a un hombre que me trae un masovero al consultorio. Trae un olor muy fuerte a monte, a animal, a humo de hoguera. Me dice que se ha herido fortuitamente con su propia escopeta de caza. Por el calibre de la bala, deduzco que no me cuenta la verdad, sino que ha sido con un fusil de los que llaman «naranjeros». Él no me aclara nada y yo nada pregunto. Ante la sospecha de que la bala haya astillado el hueso, le mando al Sanatorio de X a que le hagan radiografías. Escribo una nota para X porque considero que es mejor advertir al compañero de las circunstancias especiales del paciente. Les insisto en que se la entreguen al doctor en mano y sólo a él. En el parte médico no doy muchos detalles, confío en que X comprenderá la situación y se portará debidamente. No quiero contribuir más al peligro que corren estos hombres. Del paciente sólo sé que lo llaman Delicado, no sé si es mote o apellido, pero al masovero que me lo ha traído al dispensario lo conozco de vista.

Antes de que se marchen, dejo entrar al paciente en casa para que se asee. Así no puede presentarse en ningún lado. Le regalo una de mis camisas más gastadas, para que no la eche a faltar Araceli, y le insisto en que se afeite. Es mejor que vayan limpios si los paran por el camino. Desde la guerra no curaba una herida semejante.

9 de mayo de 1945

Todos los periódicos lo llevan en portada, hasta los de aquí, que llegan con retraso. Ayer terminó la Guerra Mundial. Mussolini y Hitler han caído, Franco sigue en el poder.

8 de julio de 1945

Me da la sensación de que los bandidos del monte sobreviven como pueden. En el café me hablan de asaltos en los caminos a los recaudadores de la contribución y a algún inspector de abastos, pero yo no oigo quejarse a la

gente del pueblo. Todos tienen ojeriza a los que vienen a incautarles la harina, como si los masoveros y medieros no pasaran hambre y penurias. Supongo que no lamentan los asaltos porque piensan que de este modo el dinero del pueblo vuelve al pueblo. Los del monte al menos les dejan unas perras cuando se llevan un cabrito, unas manzanas, unas hogazas.

19 de julio de 1945

Se las han ingeniado para sembrar de pasquines la plaza de Utrillas y otros pueblos de la zona minera. El mando de la Guardia Civil nos ha enseñado uno. Decía: «Atención mineros de Utrillas. España se encuentra en manos de criminales, muy pronto morirán. Muera Franco y la Falange y viva Negrín y los guerrilleros». Según él, andan por la zona de Morella, donde desde hace años están escondidos otros dos de por aquí que se fugaron de la cárcel. Según Araceli, que me refiere lo que le cuenta en confianza Fermina, la mujer que nos vende los huevos, es cierto que hay dos huidos. Ella dice que los conoce, a algunos desde chiquillos. Lo poco que esta gente ha ido a la escuela fue durante la República. Cinctorrá, el Zapatero, Asturias, Paisano, Frasquito... Ésos son los nombres de algunos del monte. Debo esconder bien este cuaderno. Me compromete a mí y los compromete a ellos. Empecé a tomar notas por mi protección, pero ahora comprendo que no era más que una excusa. Lo que quiero es dejar constancia de lo que algunos quieren tapar. ¿Constancia para qué o para quiénes? Alguien algún día tiene que saberlo. Vivimos otra guerra, pero de ésta ni siquiera hay partes en la radio. Nadie va a venir en auxilio nuestro.

9 de agosto de 1945

Han asesinado a la mujer del alcalde de Cañada de Benatanduz, Balbina se llamaba. Se me hace raro que maten a una mujer. He buscado un pretexto para llamar al compañero que atiende esa zona. He tenido mucho cuidado de no dejar entrever mis simpatías. Bastante sospechoso es que yo esté destinado como médico en esta comarca, teniendo en cuenta que me

especialicé en Alemania con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios. El compañero me ha dicho que el cuerpo no tenía señales de violencia ni de haber forcejeado. Según la Guardia Civil eso es porque conocía al agresor. Algunos dicen haber visto a cinco individuos armados por el pueblo. Pero Araceli ha sondeado a la huevera y ella sostiene que desde que tomaron el pueblo los nacionales, la tal Balbina se ensañaba con los arrestados por rojos. También tenía muchos conflictos con los vecinos por las lindes, el agua y esas cuestiones. Abusaba de su posición y alguien le tenía ganas. Si matar por ideología ya me es difícil de comprender, matar por venganza lo comprendo aún menos. ¿Qué satisfacción puede proporcionar acabar con una vida?

12 de septiembre de 1945

Esta noche han tocado a la ventana. Venían cuatro, dos estaban heridos. Otra vez ese olor a monte, a humo, y otra herida de bala, ésta en el muslo con orificio de entrada y salida. El segundo paciente estaba herido en el hombro, aún tenía el proyectil dentro. Lo he intervenido como he podido. No era un accidente. Por lo que han dado a entender, venían de una escaramuza con los guardias. No me dieron explicaciones, pero, alterados aún por el peligro corrido, comentaban entre ellos con medias palabras. Uno echaba la culpa a otro, por inexperto. El jefe los mandó callar. El de la herida en el muslo había perdido bastante sangre, tenía la presión muy baja. Le he sugerido que se quedara en observación, pero sus compañeros se han negado. Les he indicado unas medidas de profilaxis y les he dado los analgésicos que tenía en el botiquín. El riesgo es que, si viven a la intemperie, como sospecho por su indumentaria y lo curtido de la piel, las heridas se infecten. Cuando se han ido, he abierto las ventanas para ventilar el dispensario. Más tarde bajará Araceli a buscarme y no quiero que advierta nada. Se preocuparía. He echado a la estufa las vendas y algodones que he usado. Verlas arder me ha dejado más tranquilo.

14 de octubre de 1945

Me han contado en el café que ayer atracaron a unos feriantes que salían de Cedrillas. Es otra forma de recaudar dinero. Se acerca el invierno y me imagino que necesitan provisiones. No sé qué guerra ni qué revolución es esa que quieren hacer si no tienen ni para comer. Siento lástima. Dicen que muchos vuelven de Francia, aunque son de por aquí. Huyeron durante la guerra, conforme esto fue cayendo en manos nacionales. Me da la sensación de que están mal informados. Luchan por algo que la inmensa mayoría en este país ya no quiere. La gente ha asumido la derrota, se conforma con sobrevivir. No los culpo. La huevera le ha contado a Araceli que en una masía cerca de Mosqueruela, han detenido a la masovera por ocultar hombres armados. Es la madre de dos guerrilleros. Si la han interrogado con los métodos que suelen usar, va a necesitar médico. Me acercaría a visitarla, pero es señalarme y señalar a la huevera por transmitir la noticia. No me lo puedo permitir, ni Araceli se lo merece. Bastante tiene con sobrellevar este destierro. Le pediré que le diga a la huevera que, si la mujer necesita curas, nos lo haga saber. Algo podremos mandarle por su mediación.

25 de noviembre de 1945

En Dos Torres de Mercader han asesinado al teniente de alcalde y al jefe local de Falange. Dicen que han sido los guerrilleros, pero más bien parece un asunto personal. El asesino ya está bajo custodia de las autoridades. Aunque «custodia» es poco decir para lo que le espera. Es un vecino cuyo hijo acababan de detener porque alguien lo había denunciado por ser enlace de los maquis. «Detenido» significa torturas, consejo de guerra y una muerte segura. Ojo por ojo. La gente comenta que según lo arrastraban hasta la camioneta, dejaba un reguero de sangre. He pedido ir al cuartel a hacerle un reconocimiento antes de su traslado a Teruel, pero no lo han consentido. Pobre su mujer, ahora habrá perdido al hijo y al marido. Y pobres las mujeres de los otros también. Tres familias destrozadas. Cuando estudiaba la carrera no me imaginaba que la medicina forense acabaría siendo una elección más oportuna para mi futuro que la patología.

30 de noviembre de 1945

Han vuelto. Esta vez era una lesión menor, una quemadura infectada. Empieza a hacer mucho frío y las manos se les congelan. Viven a la intemperie, escondidos en cuevas. Estoy pensando impartirles nociones de primeros auxilios, para que al menos puedan curarse lo más elemental y prevengan males mayores.

20 de enero de 1946

He estado en Teruel arreglando papeles en el Colegio de Médicos. Me ha contado Alfredo que han detenido a Esteban y a su hermano Agustín por asistir en su dispensario a un huido de la justicia. Lo habían intervenido de urgencia de apendicitis y el posoperatorio se complicó. Los pueden condenar a un año de prisión como mínimo. Me ha dicho que no se me ocurra atender a nadie que no esté a buenas con la ley, que dé aviso siempre a la Guardia Civil y que esté presente un miembro de la Benemérita o en su defecto el secretario del ayuntamiento o alguien de Falange local. Es decir, me tengo que convertir en delator para atender a según qué pacientes. Pero ¿cómo se hace eso cuando sabes que el destino del paciente son torturas, juicio sin derecho a abogado y fusilamiento?

2 de marzo de 1946

Anoche Araceli se empeñó en que sintonizásemos Radio Pirenaica. Francia ha cerrado la frontera con España, pero ella quería conocer las verdaderas razones, no las que dice el Régimen. Según la Pirenaica, Francia ha cerrado en protesta por los diez hombres que fusilaron hace quince días en Carabanchel. Quieren hacer entender a Franco que, manteniendo la pena de muerte, no puede formar parte de la nueva Europa, la de los aliados. Además, uno de los ejecutados era Cristino García Granda, héroe de la Resistencia. Había luchado allí contra los nazis. Los franceses lo van a condecorar póstumamente.

26 de marzo de 1946

Ha habido redada en la zona de la Mosqueruela. Han detenido a muchos guerrilleros y enlaces, mujeres que se exponen dándoles cobertura. Si no fuera por ellas, el maquis no existiría. No me extraña que algunos prefieran echarse al monte en cuanto sospechan que los guardias civiles o los falangistas los tienen enfilados. Aceptan cualquier denuncia de colaboración, con pruebas o sin ellas. Mucha de esta gente ya tiene familiares escapados y no tiene más remedio que ayudarlos. Incluso en familias donde un hermano es de derechas y otro de izquierdas, se ayudan. Más de una vez, cuando salgo a pasear, veo al de derechas entrar al monte con las manos llenas y salir sin nada. Son familia. No pueden dejarlos solos entre cerros y peñascos, pasando hambre y penalidades.

6 de mayo de 1946

Araceli ha empezado a tejer calcetines y jerséis para que Fermina se los haga llegar a los del monte. Según nos cuenta la huevera, ha caído uno de esos dos que llevaban huidos desde el 40. El Rabós parece que le llamaban. Lo ha liquidado la Guardia Civil.

17 de mayo de 1946

No se habla de otra cosa. Ayer en la carretera de Morella atracaron al recaudador de la contribución. 174.000 pesetas llevaba. Parece que iba con su familia y algún empleado. Les han quitado, además del dinero, todo lo de valor: relojes, las pequeñas alhajas de las señoras... No les dejaron más que un papel que reza: «Todo delator consciente o inconsciente de los guerrilleros será ajusticiado por los mismos inmediatamente. Agrupación Guerrillera». Estos incidentes infunden temor a los que tienen, pero regocijan a los que no tienen nada, que son mayoría.

8 de julio de 1946

Ayer se hicieron con otro botín de 750.000 pesetas. Calculo que habrá un par de centenares de guerrilleros dispersos por toda la provincia, moviéndose con los guardias a la zaga. Por informalmente que esté organizado, no deja de ser un pequeño ejército o, al menos, un batallón. Y los ejércitos necesitan dinero. Asaltaron el tren pagador de los ferroviarios en el apeadero de Caudé, cerca de Teruel. En el café, mientras repartía cartas para la partidilla cotidiana, el comandante le ha explicado al boticario que el líder es un sujeto que ha venido desde Francia y tiene mucha experiencia en combate. Antonio lo llaman. Otros nombres que escucho pronunciar aquí y allá con admiración pero entre susurros son Pepito, Grande, Vargas, Nelson, Manso... Siempre me han gustado los motes. El comandante debe de sentirse humillado, delante de sus narices le han birlado una fortuna unos tíos calzados con alpargatas. En fin, tampoco es que los guardias rasos naden en la abundancia. Aquí somos pobres todos. O casi todos.

25 de octubre de 1946

«Al señor médico... para evitar la muerte... siete mil quinientas pesetas... al anochecer... junto al pozo de...». Otros médicos me cuentan que han recibido amenazas. La extorsión es una forma de recaudar. Yo no he recibido nada.

14 de agosto de 1946

Parece que vamos a pasar a oscuras las fiestas. Han reventado las centrales eléctricas de El Maestrazgo y La Fonseca. La Guardia Civil ha intensificado la búsqueda de alguna base guerrillera por las zonas más escarpadas y ayer me trajeron a un agente muy joven. Ya no se podía hacer nada por él. Aparte de los tiros que le atravesaban los pulmones, el cuerpo había caído por un terraplén, por lo que tenía bastantes fracturas. Lo he limpiado como he podido. Siempre pienso en las familias de los muertos. Seamos como seamos, siempre hay quien sufre por nosotros. He oído a sus compañeros hablar de

los culpables. Un tal Grande y Pepito el Gafas, deduzco que ambos han logrado huir. Los guardias también pasan miedo. No todos se apuntan por vocación, muchos sólo huyen de la miseria en sus pueblos del sur para encontrarse con que tienen que perseguir y castigar a otros pobres como ellos en el norte. Y tal vez toparse con la muerte.

30 de septiembre de 1946

Estaba en el comedor terminándome el café e intentando leer el periódico, pero el llanto de una mujer no me permitía concentrarme. He pasado a la cocina y allí estaba Araceli con Fermina, la huevera. He cerrado las contraventanas y las puertas. Si la podía escuchar yo, la podía oír cualquiera que pasara. Hace unos días detuvieron en Gúdar a una pariente suya de nombre Felisa. Se ve que su marido, de mote el Pinchol, y su hijo son guerrilleros. La trasladaron a Mora de Rubielos y se ha suicidado en el cuartelillo. Araceli intentaba consolar a Fermina, pero la mayor desesperación de esta mujer es que no se cree la versión oficial. Según ella, Felisa era incapaz de hacerse daño a sí misma y ahora va a quedar señalada como una suicida. Quiere que los suyos puedan conocer la verdad y que no cale la mentira entre los chismosos del pueblo. Araceli me miraba pidiéndome que interviniera. Aunque sea de la misma opinión que la huevera, he preferido callarme. En asuntos tan graves, toca ser prudentes. Aquí sí puedo dejar constancia: se me hace raro que una mujer de campo se suicide. Son fuertes, están acostumbradas a aguantar. Su sentido del deber está por encima de todo. Más verosímil parece que durante el interrogatorio a los guardias se les haya ido la mano y hayan fingido el suicidio. Preguntaré con disimulo al boticario a ver qué ha dicho el comandante durante la partida.

7 de octubre de 1946

El boticario se ha enterado: Felisa apareció colgada de una viga del calabozo donde la tenían encerrada. Había cortado en tiras su vestido, lo había anudado hasta conformar una soga. Ayer apareció en Gúdar un anónimo

diciendo que su muerte sería vengada. Ya está el somatén de allí embravecido. Esto cada vez se pone peor.

21 de noviembre de 1946

En el monte ha aparecido un cadáver. He ido con el juez al levantamiento. Llevaba unos días muerto y a la intemperie, pero he reconocido a Delicado, aquel al que asistí hará algo más de un año. Por las quemaduras de las heridas de bala, puedo decir que los disparos habían sido prácticamente a quemarropa. Lo han ejecutado. El comandante le decía al juez que no era un ajusticiamiento por parte «nuestra», lo ha eliminado alguno de los suyos. Miraban el cuerpo con indiferencia, casi alegrándose. ¿Cómo puede alguien tomarse la muerte tan a la ligera?

20 de diciembre de 1946

Ha caído tal nevada que no sé ni si podremos acercarnos a Alcañiz a comprar algún detalle para la Navidad. Sé que a Araceli estas cosas no la preocupan, pero a mí sí me importa hacerle lo más grata posible esta estancia obligada en un entorno tan ajeno. De todos modos, aunque se despejen los caminos, no va a ser fácil conseguir que me acerque nadie hasta allí. Ha cundido el pánico a las bandas de «salteadores», como los llaman ellos. Especialmente entre las autoridades falangistas, más de uno y de dos está aterrado. Me cuenta el boticario que muchos están dejando a todo correr los cargos y carguitos que les había otorgado el Régimen como premio a los servicios prestados durante la guerra y que tanta ventaja dan en estos pueblos pequeños. Están asustados y no es fácil encontrar quien los sustituya. Razones no les faltan. Los guerrilleros se defienden y últimamente han matado a un guardia en Escandón, al teniente de alcalde de Mosqueruela, secuestraron a otro en un barrio de Teruel, incendiaron la casa de un falangista en Libros, volvieron a asaltar un tren, esta vez el Zaragoza-Tortosa, y asaltaron el ayuntamiento de Calomarde.

El gobernador civil presiona a los alcaldes y mandos para que redoblen la represión, y a mí, como médico, me reclaman que informe de cualquier herida o lesión sospechosa. No se dan cuenta de que si los campesinos colaboran con los del monte no es sólo porque tengan parientes o amigos entre ellos, ni por ideología. Es porque son víctimas de arbitrariedades constantes, y no hablo sólo de detenciones, de golpes, de humillaciones o de escarnios públicos o privados, sino de esas imposiciones económicas abusivas que los obligan a entregar a la administración parte de sus pobres cosechas, además de pagar tasas desorbitadas. Aquí, en la provincia de Teruel, no es como en Huesca o Zaragoza. Muchos viven en la miseria, ni siquiera son propietarios, sólo aparceros, o, como los llaman aquí, medieros. Ven a sus hijos enfermar de hambre. Por eso los atrae el discurso de los comunistas y anarquistas, consideran que los guerrilleros defienden sus intereses, hablan su lenguaje y comparten sus penalidades. Aunque no hayan leído a Marx ni a Bakunin, entre otras cosas porque pocos saben leer, han recurrido tradicionalmente a la cooperación, no por bondad innata ni por ingenuidad, sino porque para sobrevivir necesitan aplicarse lo de «hoy por ti y mañana por mí». Las ideas republicanas les daban esperanza de futuro y eso que no aspiran a mucho: menos atropellos de la autoridad, mayor libertad para trabajar la tierra y disponer de lo poco que sacan... La explotación para ellos no es retórica, la padecen desde que nacen hasta que mueren. Y de eso ni la Guardia Civil ni la Falange ni los somatenes quieren saber nada.

Nieves termina de leer, cierra el cuaderno y se lleva la mano a la garganta, una tensión la aprieta. Mira a su alrededor. ¿Está sola en la casona vacía? Silans en su regazo emite su extraño maullido ahogado. Nieves la acaricia y, al tocarla, una sacudida asciende desde el lomo palpitante de la gata hasta su pecho y libera su llanto. Es una mezcla de compasión y tristeza por quienes ahora siente que la acompañan: el médico, su mujer, la huevera... La soledad antigua hace más presente la suya. Tras la emoción viene el miedo: por ella,

por Micaela y su familia, por el pueblo entero suspendido en precario sobre la boca de un volcán que podría entrar en erupción en cualquier momento.

Llorar no le parece suficiente. Necesitaría gritar, pero se queda quieta. El comedimiento la viste como un traje. Alborea, en un rato amanecerá. Silans se estira y la reclama con su insistente gemido, «Es la hora del desayuno», parece decir. Nieves se pone en pie. Echa un vistazo al resto de papeles: partes de lesiones, informes, certificados de defunciones, algún cuaderno más... Tanto sufrimiento, tanta crueldad, tanta inquina... No quiere seguir leyendo.

Entra en la cocina. Silans, glotona, da vueltas entre sus piernas. Le sirve la lata de comida y vuelve a la cama. Necesita descansar antes de encarar la jornada. Silans se hace hueco sobre su pecho, le gusta dormir con la palpitación de un corazón grande junto al suyo tanto más pequeño.

Con el trasiego de la mudanza, Nieves no ha llamado ni una sola vez a Jacinta. Resiente su negativa a ayudarla con Micaela, recuerda sus palabras contra las teorías de Yolanda y se siente incómoda, como si, una vez que una persona ha expresado su disensión, la armonía fuera imposible. Tampoco ha visto a Micaela. No se han cruzado, no la ha buscado, prefiere no saber. Una tarde, sin previo aviso, Jacinta se presenta con una botella de cava.

—Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña. Habrá que brindar. ¿O no pensabas invitarme?

Nieves sonríe y la hace pasar. Jacinta tiene interés en ver cada rincón de la casa. Alaba el orden que ha conseguido, no critica que, salvo su dormitorio y el salón, el resto de habitaciones parezcan celdas de convento de puro austeras.

—Tengo sábanas y toallas para dar y regalar. El próximo día que vengas a mi casa te llevas unas cuantas. Ah, y una alfombra que tengo en el trastero y te quedará estupenda aquí.

Entran a la cocina y Nieves confiesa que le hubiera gustado un ventanal como el suyo en lugar de esa pequeña ventana.

—Pues háztelo.

—¿¡Cómo voy a hacerme un ventanal!?

—Se lo pides a Damián. Es perito. No te creas. Hace muchas obras.

—¿No te importa que te copie la idea?

—Me importa si no me la copias. Anda, vamos a descorchar esto, que se calienta.

Beben y en un folio Jacinta dibuja la que sería una distribución mejor de los electrodomésticos y los armarios:

—Ya que te vas a meter en obras hazlo todo de una vez.

Convence a Nieves de que no pida licencia ni autorización al ministerio ni nada. Es tontería arriesgarse a quedar en manos de algún burócrata que jamás ha puesto un pie en el pueblo. Nieves se escandaliza, la casa no es suya en propiedad. Jacinta argumenta que técnicamente tampoco es un alquiler, sino una especie de concesión. Como cesionaria debe y puede tomar decisiones para la conservación del inmueble, dice y dice y dice. Nieves la escucha y se deja convencer.

Ahora Damián coloca el marco en el ventanal que antes era ventanuco. Nieves lo contempla contenta. Esta cocina va a ser el corazón de la casa. Y la casa, su lugar en el cosmos. Es la primera vez que funciona por la vida sin pedir permiso, que esquiva una norma e inventa una propia. Y no le disgusta. Ayuda a barnizar el marco con convicción. Cada tanto levanta la mirada y disfruta de las vistas sobre la vega. Queda mucho por hacer: la instalación de la luz es un peligro y la del agua está carcomida por varios sitios. Mientras Damián esté renovándolas, ella irá pintando puertas y radiadores. Cuántas posibilidades imagina mientras enjuaga la brocha. No se siente sola como en el chalé con barbacoa que nunca usó. Un buen día se la regala a Damián:

—Toma, para que la disfrutes con tu familia.

—Ah, no... Yo... Vamos, que... Gracias...

Es todo lo que hablan. Nada de qué bien me viene para usarla con mi mujer, mis hijos, mis hermanos, mis sobrinos, mis colegas, lo que sea... A Nieves le agrada que sea reservado. Ella también lo es. Será por eso que se siente cómoda a su lado. Le basta con echarle una mano y aprender a hacer alguna pequeña reparación.

Su madre la ha reprendido por meter dinero en una vivienda que no es suya, y eso que no sabe que ha hecho la obra sin licencia. Se puede imaginar a su padre escandalizado si se enterara, llamándola insensata, aludiendo a cuestiones como la reputación, las formas y los compromisos.

Silans se ha adaptado rápidamente. «Aprueba la mudanza», piensa Nieves, y la contempla mientras se lame la pata y la pasa una y otra vez por su cara. Nunca se aparta demasiado, sigue a su ama por pasillos y escaleras. Solo sale disparada si Damián pone en marcha el taladro o da martillazos. Es un ser independiente que escoge su compañía; silvestre pero casera; no exige cuidados, se cuida ella misma. Como Nieves.

Damián se vuelve para preguntar algo y la pesca brocha en mano, pintando el cerco de una puerta, sonriente. Sin su bata blanca de médico, vestida como cualquier chavala, con ese flequillo y una melena demasiado corta para llevarla atada, abstraída en sus pensamientos, la encuentra hermosa. Entonces calla, turbado, y sigue con lo que estaba.

—¿Te falta alguna cosa, Damián?

—No. O sea... Nada. Iba a decirte que tendré que cortar el agua un rato.

—Déjame que llene la cafetera y la cortas. ¿Te apetece un cafetito? Uy, qué despiste. Si no hay gas, tampoco cafetera. Tendremos que apañarnos con el instantáneo. ¿Te importa?

Damián asiente y emite un gruñido, «gracias» en el lenguaje local. Nieves calienta el agua en el microondas, cuando llega una voz desde abajo:

—¿Doctora? ¿Doctora?

Con el zumbido del microondas tarda en oírlo.

—La están llamando —la avisa Damián, más cerca de la escalera.

—Y dale. Que me tutees, Damián. Me haces sentir vieja.

—No soy más que un albañil.

—Anda, por favor. Me parece que eres bastante más. ¡Uff, cómo quema esto!

Damián vuelve a turbarse. Nieves no se percata, pendiente de las tazas y el café.

—¡Doctora! —vuelve a reclamar la voz.

—¡Arriba, en la cocina!

Los pasos por la escalera ascienden presurosos.

—¡Doctora!

Joaquín, el padre de Micaela, asoma en la cocina, parece que le falta el aliento; ha venido corriendo. Nieves se alarma.

—Siéntate, ¿qué pasa? ¿Quieres un poco de agua?

Joaquín niega.

—Es Micaela.

Nieves recoge su maletín que ahora guarda en la antigua consulta del médico, apresurada, pero Joaquín no la sigue.

—¿Vamos?

El hombre se ha quedado mirando los dibujos que cuelgan de la pared. A falta de cuadros, Nieves los ha pinchado con chinchetas. Le hacen compañía, son como diplomas en una ciencia nueva que había empezado a manejar, pero que tuvo que abandonar.

—Son de Micaela.

Joaquín asiente, se encamina a la puerta y solo responde:

—Vamos.

Cuando llegan a la casa, Celia les espera, el crío pequeño amarrado a su cintura. Tiene cara de angustia.

—Estábamos cenando —explica— cuando en el telediario han echado un reportaje sobre esa guerra de Bosnia y la niña se ha alterado.

En el suelo, Micaela está tendida, tiene pequeñas convulsiones.

—Micaela, ¿me oyes?, ¿sabes quién soy?

La examina. Toma su mano y la niña se la aprieta. Poco a poco la crisis pasa y logra recostarla en el sofá. Le administra un medicamento y le pasa la mano por la frente empapada de sudor. La niña busca sus ojos, sin alcanzar a sonreír, exhausta.

Ha anochecido cuando Joaquín la acompaña de vuelta a casa, los pasos acompasados. Esta vez no la rehúye ni la deja atrás. El miedo lo empuja a ser sincero con una blandura en la voz que Nieves desconoce:

—Primero empezó con que no quería subir conmigo al monte, que no le gustaban los tiros de los cazadores. Solo cazan en temporada,

pero ella le cogió prevención y no había forma. Que se quede en casa, pensamos mi mujer y yo, y listo. Pero nada, entonces le dio por no querer ver a mi madre. Y que no y que no y que no. Volvimos a ceder. Después empezó con las ausencias y ahora esto. Ya no sé qué vamos a hacer. Dígamelo usted.

Nieves le mira. Le sigue pareciendo atractivo, pero que no fuera a verla a la consulta y que se negara a seguir el tratamiento de Micaela le hace verle bajo otra luz menos favorecedora.

—¿Por qué suspendisteis las visitas?

—Me parecía que la alteraban más que otra cosa.

—Este es un proceso lento, Joaquín. Se da un paso para adelante y dos para atrás. Hay que ser paciente.

—Si usted cree que debe retomar, mañana mismo se la llevo a casa, pero cúrela.

—Haremos lo posible, pero tendrá que ser entre todos. Aquí los que podéis ayudar de verdad sois los padres.

—Conmigo puede contar para lo que haga falta. Y con Celia otro tanto.

Nieves nota ese usted que los distancia, pero esta vez no quiere corregirle.

—Me parece que a Celia no le caigo muy simpática.

—Es conmigo con quien está enfadada. No le eche usted cuenta.

Han llegado a la puerta del caserón. Nieves saca la llave, pero antes se vuelve y mira una última vez a Joaquín. Sería tan fácil proponerle que entrara, ofrecerle un café, un vaso de vino, retener a este hombre ahora vulnerable con la excusa de hablar de la niña y tal vez llevarlo a su cama y quitarle la ropa, tocar su cuerpo, sentir su peso sobre el suyo. Pero no lo hará. No solo porque nunca lo

haya hecho, porque desconozca los pasos de esa coreografía que algunos llaman seducción. Es porque no sabe qué haría si él la rechazara. Como tampoco sabe cómo manejaría encontrárselo en el pueblo después de haber compartido cama, de haber cruzado esa frontera imaginaria. Acostarse con un hombre no es como hacer una obra sin licencia. El vínculo entre dos personas le parece sagrado, no por la religión ni la moral, sino por lo frágil, lo milagroso que le resulta que dos cuerpos se entiendan. Le pesaría demasiado convertirse en una Nieves destructora, no se imagina interponiéndose en su matrimonio, en su familia. Y lo que no se imagina, no se cumple.

—Buenas noches.

—Buenas noches —contesta Joaquín.

Nieves echa el cerrojo tras él.

—¿Te gustan? A mí me parecen preciosos.

Micaela contempla los dibujos en la pared como si no los hubiera dibujado ella. Nieves se pregunta si debería haberlos retirado antes de retomar las sesiones, pero ya es tarde, ahí están colgados. Sobre el pesado escritorio del despacho ha colocado los lápices, los rotuladores, las ceras y un bloc grande de papel grueso a estrenar para hacer tentadora la actividad, pero Micaela no le dedica más que una mirada indiferente. Antes, venir a casa de la doctora le hacía sentir importante, pero de un tiempo para acá solo se siente un trasto, un mueble que sus padres arrastran de un lado para otro, de la escuela a la casa, de la casa a la huerta. Y ahora de vuelta aquí, a la casa nueva de la doctora, tan grande como un palacio. Podrían jugar al escondite, piensa. Pero ya no es como antes. No viene porque quiere, sino porque sus padres la depositan allí. Cansada, somnolienta, al menos no está sola. Ahora no soporta quedarse sola en casa. Le da miedo la escalera que baja a la cuadra. Le da miedo la despensa donde los embutidos forman sombras. Le da miedo la alcoba donde su madre guarda los abrigos y las mantas. Le da miedo el altillo, y el pasillo, y la puerta que da al chiscón donde está el retrete. Tampoco aguanta que sus compañeros la importunen en clase porque la maestra la vigila todo el tiempo y no la deja correr ni

saltar a la comba, como si fuera de cristal. Aunque es cierto que a veces se siente de cristal. Todos la miran y nadie la ve.

—¿Te apetece dibujar? —pregunta Nieves.

Se encoge de hombros. Nieves toma una cera y traza el perfil de unos riscos, la muela a un lado y al otro lo que pretende ser una cueva. Le pasa el bloc a Micaela. Pero la niña ni lo toca. Mira apática los garabatos, sin reconocerlos, desprovista de la energía de otras veces. Nieves no fuerza:

—¿Preparamos la merienda? Esta cocina no la conoces. Es muy bonita.

Como si no hubiera escuchado la pregunta, Micaela se dirige a la ventana. El despacho está justo debajo de la cocina y las vistas son similares: la vega con sus bancales cultivados, los tenues verdes de la primavera, pero está atardeciendo y la estancia se llena de sombras.

—¿Encendemos la luz?

Micaela se ha detenido ante el telescopio:

—¿Ya no miras las estrellas?

—No he tenido tiempo. Con la mudanza hay tantísimo que hacer...

Micaela mira por la ventana. El contorno de la luna se esboza tras las nubes.

—Me gusta la luna.

—A mí también —contesta Nieves.

—Dicen que, si miras bien, se puede ver un hombrecito.

—Yo he mirado varias veces y nunca he visto a nadie. Será que cuando yo miro se esconde. ¿Quieres que probemos?

La niña parece que recupera un poco de confianza. Nieves apunta el telescopio y calibra el foco.

—Lo ajustas con esta rueda. Así, muy bien. ¿La ves?

La niña asiente.

—¿Hay o no hay hombrecito?

Micaela tiene tantas ganas de ver un duende paseándose por la luna. Se lo imagina pequeño como su hermano, pero barbudo y mucho más travieso. Y, sin embargo, solo hay manchas oscuras. Ni un árbol. Ni una casa. Ni un cohete con astronautas. Se separa del telescopio sin una sonrisa, sin un guiño de complicidad hacia Nieves, que la conduce suavemente a la mesa de dibujo. Los colores no seducen a Micaela. Apenas añade alguna nube a las montañas, quizá la misma que nubla su pensamiento. Nieves toma un lápiz.

—¿Ponemos sol o prefieres luna?

Micaela vuelve a encogerse de hombros. Nieves dibuja una luna creciente, como la que va cobrando brillo en el cielo, pero la niña se levanta y sale.

Nieves se la encuentra al pie de la escalera, contemplando los peldaños, paralizada. Parece sumida en una de sus ausencias.

—¿Qué pasa, Micaela?

La niña se agarra a su cintura y rompe a llorar.

—¿Qué te ocurre? Dime.

Nieves mira la escalera buscando una explicación. Está vacía, salvo por las botas de Damián en el primer peldaño, limpias y lustradas. Es pulcro con ellas, en cuanto entra en la casa, se las quita y se calza unas viejas alpargatas para no ensuciar las baldosas recién colocadas.

—¿Son las botas? ¿Las botas no te gustan?

Nieves se lleva a la niña, que, entre hipos y pequeños espasmos, es incapaz de responder.

Más tarde en la cocina, la niña bebe leche y come galletas. Nieves le limpia los pequeños bigotes blancos. Micaela sonríe, dejándose hacer, parece más animada:

—Contigo se está bien. ¿Encendemos una vela?

—¿Una vela?

—Y la ponemos en la ventana.

Nieves rebusca en los cajones. En algún lado ha visto una vieja palmatoria y unas velas. La prende y Micaela la coloca en el alféizar. Luego dibujan flores hasta que la niña empieza a bostezar.

—Venga, te acompaño a casa.

Nieves la ayuda a ponerse el anorak cuando tocan a la puerta. Joaquín sacude en el felpudo la tierra de sus zapatos. No lleva el uniforme de guarda, se ha peinado y se ha puesto una camisa limpia, como quien acude a un acontecimiento especial.

—No quiero mancharle la casa con lo bien que le está quedando.

Esboza una sonrisa, como un alumno que hace méritos. Se miran unos instantes. Ella siente un pellizco por dentro, él baja su careta esquiva y titubea sin saber cómo seguir:

—¿Qué tal ha ido?

—Micaela, ¿nos esperas en la cocina y le pones un poco de agua fresca a Silans?

En el viejo despacho del médico, Joaquín vuelve a quedarse prendado de los dibujos de su hija:

—¿Están los de hoy?

—Hoy hemos dibujado poco. Está apática. ¿Duerme bien? No ha sabido decírmelo.

—Dormimos todos mal porque se despierta muchas veces. Le habrá dicho mi mujer que tiene que dormir con ella y que la mitad de los días no quiere ir a la escuela, ¿no?

Nieves asiente.

—Quiero ayudar y no sé cómo —dice Joaquín y se vuelve hacia la ventana, dándole la espalda, no quiere compartir su emoción.

Ella no se mueve. Solo imagina cómo sería acercarse y abrazarlo, su mejilla contra su espalda. Qué impropio, qué fuera de lugar. Y qué placentero. Enseguida se reconviene. ¿Qué tontería es esta? ¿Qué es eso de dejarse llevar? ¿Qué se cree? La vida no es una fotonovela de las que estaban de moda cuando era niña y que ella no entendía. Hablaban de pasión y deseo, términos en los que no cree y que no admite para sí misma, que encuentra, como poco, cursis, peliculeros y, dependiendo de quien los use, vulgares. Se toca la frente para obligarse a volver a la realidad:

—Sé que Micaela tiene una relación difícil con su abuela, sería bueno que pudiéramos hablar con ella.

Joaquín calla.

—No pretendo hacer daño a nadie, Joaquín. Tendré mucho cuidado de no alterarla, pero para desmontar las pesadillas de Micaela necesito más datos. ¿Lo entiendes?

—Mi madre no está bien. La mayoría de los días ni se levanta de la cama. Desde que falta mi padre está más delicada. No quiero que se soliviante.

—Pero ¿qué enfermedad tiene?

—No sé decirle. El médico le receta cosas, pero para qué, no lo sé. Muchas noches, si está peor, me quedo con ella porque me da miedo que no amanezca.

—¿Por eso Celia se enfada contigo, porque no estás?

Joaquín asiente apenas. Nieves entiende bien la frustración de Celia con este hombre que está y no está a la vez y que protege a su madre por encima de todas las cosas.

Esa noche, en la cama, envuelta en una penumbra nueva, vuelven las dudas. Micaela está peor. Ya ni siquiera dibuja. No duerme. Está siempre cansada. ¿Cómo se ha dejado convencer de que podía ayudarla? Piensa en Manuel. ¿Qué diría de este lío en el que se ha metido? ¿La ayudaría? ¿O le daría lo mismo, como las pequeñas novedades que ella le contaba en las cenas? Poco a poco dejó de contar y pasó a preguntar y a escuchar las quejas de él por las limitaciones de la vida en el pueblo, por los defectos de la casa, por la climatología... No había otra conversación que le interesara. El recuerdo de los silencios de Manuel no es agradable. Trata de imaginarlo aquí en la casona que a ella tanto le gusta y que él rechazó. No, Manuel no encaja en este nuevo paisaje. Y se da cuenta de que ya no duele tanto, empieza a ser un asunto lejano, el argumento de una serie que hubiera seguido con intensidad, pero que no le concierne. Da media vuelta en la amplia cama, buscando la postura. Alarga la mano hacia la parte vacía del colchón. Está fresca. ¿Se llenará algún día? ¿La calentará alguien? Sin convocarla, le viene la imagen de Joaquín y siente una sacudida por dentro. Quiere espantar ese pensamiento. Durante el día no ha pensado en él ni un minuto. Al menos no de esa forma, no como ocupante de su cama. Pero ahora, a su pesar, recuerda su mirada huidiza y a la vez

profunda. Recuerda sus labios, el color de sus ojos, las pestañas, sus antebrazos... Y vuelve a sentir ese relámpago. El puñetero deseo. Pero lo esquiva y lo arrincona. Sabe cómo hacerlo, es consciente de que está confundiendo un cuerpo bello con una persona. Lo entiende, pero su deseo contamina su racionalidad y le dicta otra cosa. Entonces recuerda sus palabras: «Nosotros nunca lloramos». En eso coinciden. Ella tampoco es propensa a llorar. Llorar le parece un acto banal, sobrevalorado. Un acto íntimo como ir al retrete, que precisa discreción. Para su padre, llorar era «dar el espectáculo». «Aquí no lloramos», sentenciaba si ella o su hermano se derrumbaban. «Todo lo sacáis de quicio». Sus lágrimas molestaban, ocupaban demasiado espacio. «Al mal tiempo, buena cara». Su padre despreciaba las novelas y las películas sentimentales, que desmenuzan las emociones. «No hay que regodearse», decía. Su madre y ella las veían a escondidas, solas en el salón. Cuando él entraba, apagaban la tele. También hoy, cuando en alguna película un personaje estalla en llanto, especialmente si se trata de una película moderna en la que los intérpretes deforman su rostro con muecas, mocos y babas, ella siente distancia, una cierta repugnancia ante esa ostentación. Así se lo han enseñado. En su familia, como en la de Joaquín, no llora nadie y ella siempre ha supuesto que es porque carecen de motivos. ¿Para qué magnificar lo que conviene olvidar? Si todo el mundo padece, si es cotidiano sufrir, disgustarse, decepcionarse, doler, mejor pasar de largo. Detenerse en las miserias es darse demasiada importancia. «Hay que ser humilde, no creerse el ombligo del mundo». «Egocéntrica», la llamaba su padre si se quejaba de algo. «Grandísima egoísta», si reclamaba. Pero esta noche Nieves se pregunta si pedir que Micaela no pierda el curso es

ser egoísta, si empeñarse en que una niña no sufra es ser egocéntrica, si el médico, su antecesor, se creía el ombligo del mundo por anotar en un cuaderno cuanto veía. Y si quizá, nadie llora en la familia de Micaela porque ella llora por todos.

Da otra media vuelta, inquieta. El sueño no llega. Ese antiguo cabecero de madera bien podría ser el mismo que velaba el sueño del médico y de esa mujer que menciona en los diarios, Araceli, su esposa. Los imagina allí tendidos, cuidando el uno del otro y se siente acogida, acompañada. Se incorpora y enciende la luz de la mesilla. Allí descansa el cuaderno, junto al reloj de pulsera que le regalaron sus padres al acabar la carrera. Mira sus tapas descoloridas. Lo abre, pasa páginas, esta vez fijándose únicamente en la caligrafía clara, trazada con el mismo cuidado con el que su autor lo ocultó en la cómoda. ¿Será ella la lectora en la que pensaba? Si es así, la misiva por fin ha llegado a su destino. Con ese pensamiento, se queda dormida. La voz de ese desconocido la arropa aquí y ahora.

Toma aire y lo exhala con lentitud. «No es tan importante inspirar como vaciar los pulmones», le explicó una enfermera veterana cuando empezó la residencia y tenía tanto miedo de hacer daño a los pacientes que le temblaban las manos. Sabía más de medicina esa señora que todos los chicos y chicas recién salidos de las aulas. Se acuerda de ella, de la paciencia con la que completaba las enseñanzas que los jefes de servicio no tenían tiempo ni ganas de darles, mientras toma las llaves del coche y echa en el bolso un cuaderno. Lleva un cuestionario que le servirá de guía y que ha preparado con Yolanda. A Jacinta, que también tiene algo de aquella enfermera, no le ha dicho nada de esta nueva etapa en su investigación. Micaela falta mucho al colegio y Nieves sabe que la responsabiliza.

En la calle, ve aproximarse el gastado Land Rover de Joaquín.

—Pensé que nos veríamos allí.

—La llevo yo —contesta Joaquín abriendo la portezuela.

Toman la salida del pueblo. Nunca han estado tan cerca. Se mantienen callados y otra vez ocurre. Sin convocarlo, se imagina siendo su pareja. Ese coche entonces sería tan familiar para ella como el suyo. Ya lo siente propio. Mira su mano que se tensa sobre la palanca al cambiar de marcha. Son manos muy distintas de las de

Manuel, que eran nervudas, nerviosas, poco dadas a las caricias, manos que se detenían poco tiempo entre las suyas, siempre volando al mechero, al cigarrillo, a un libro, al teclado del ordenador, al teléfono, al mando de la tele... Las de Joaquín son anchas, firmes, acostumbradas al trabajo, bonitas. Desde la primera vez que se vieron y revisó las ruedas de su coche, siente ganas de llevárselas a los labios.

Joaquín conduce en silencio y ella pone la vista en el paisaje. De cuando en cuando vuelve a mirarle de soslayo. Joaquín evita el contacto, pendiente de la carretera. ¿Cómo se sabe si el otro siente algo por ti? Ella no tiene ni idea de los juegos amorosos. Con Manuel todo fue sencillo. De la misma pandilla del instituto, él le pidió salir; luego, la universidad: él Historia, ella Medicina. Ella el MIR, él el doctorado y la tesis. Una familiaridad y un afecto tranquilos, sin sobresaltos, como el sexo entre ellos. Hasta que se instalaron en el pueblo y toda esa arquitectura se quebró. No tiene la menor idea de cómo actuaría si Joaquín bajara su mano y la colocara sobre su rodilla. Intuye que la situación la desbordaría, no sabría manejarla. Puede imaginarse besándole en el coche, escondidos en el bosque, en citas acordadas a escondidas. Pero también se ve llorando al separarse. Porque él tendría que volver a Celia y los niños y ella no sabría conformarse con besos en un Land Rover y soledad en casa.

Mira el asfalto, veloz bajo las ruedas. En el caso remoto de que él se hubiera fijado en ella, sería una catástrofe inmanejable. Ella es cabal, lo que la gente llama convencional, clásica, no solo por educación, cree, sino por decisión. No ha tenido muchas relaciones amorosas, algún ligue antes de Manuel, y luego Manuel. Solo una vez ha engañado, de adolescente durante un verano en Irlanda para

aprender inglés. Se besuqueó con otro estudiante, un italiano que nunca se molestó en contestar a sus cartas. Le gustó y también se sintió traidora más que culpable. Al regresar se lo confesó a su novio del instituto. Rompieron. Ese ha sido todo su abandono a la sensualidad. Es de las mujeres que confunden sexo con amor y amor con sexo. Y enamoramiento con deseo. Y deseo con afecto. Y que luego, cuando solo queda el afecto, están perdidas. Sabe que no está hecha para conformarse con una relación furtiva y fragmentada. No le alcanza. No es lo que persigue. Ha comprobado que la satisfacción física no le alcanza. Quiere la atención, quiere a toda la persona, su confianza, que sus costumbres se mezclen con las suyas, su tiempo con el suyo, observar juntos el cielo por las noches. Para tener poco, prefiere no tener nada. No se gustaría haciéndole daño a Celia, a Micaela, a su hermanito. Hay límites. Y está bien que existan.

—Ya estamos.

Joaquín aparca con brusquedad y la mira. Ella se sonroja como si pudiera leerle la mente.

—¿La he asustado?

Nieves niega, disimulando su pudor. Ahora es ella quien evita su mirada. Antes de entrar en la casa, Joaquín pregunta:

—¿No hubiera sido mejor traer a Micaela? Igual con usted se le pasa la aprensión que le ha cogido a la abuela.

—¿Tú crees que me vas a poder tutear algún día?

—Me va a costar.

Joaquín hace un amago de sonrisa que le favorece.

—Vamos allá —dice Nieves, recuperando su sitio.

La sala de estar es pequeña como pequeña es la mesa camilla a cuyo lado está el butacón donde Clementina pasa los días. Por las ventanas entra poca luz. A Nieves no le sorprende. Las casas antiguas están hechas con muros gruesos y ventanas reducidas para protegerlas mejor del frío y del calor. La tele sobre un mueble de ruedas está encendida y junto a ella un aparador atestado de adornos, recuerdos, pequeños trastos, cada uno sobre un pañito de ganchillo. Todo está limpio, impoluto, pero deslucido por el paso del tiempo. Se saludan y Clementina manda a Joaquín apagar la tele. Es una mujer rechoncha, que no llegará a los sesenta y representa diez más, de pelo castaño corto, poco favorecedor, pero práctico, como suelen llevarlo las mujeres en los pueblos. Sonríe al ver a Nieves, se diría que le agrada su visita. Nieves sonríe también y pide ir al baño para lavarse las manos antes de empezar. Joaquín la acompaña al corral donde hay un pequeño cuarto con retrete, lavabo y una minúscula y sin duda incómoda (y en invierno heladora) ducha. Joaquín le pide disculpas:

—Dirás que somos unos desastrados y que cómo no le he metido el cuarto de baño dentro de casa, pero con mi madre no hay manera. Se pone mala cada vez que quiero cambiar algo. Solo lo consiente cuando no queda más remedio, porque no puede ver la casa manga por hombro. Hacer una obra sin revolver es imposible. Fíjate que cuando tuvimos que alquilar una cama articulada para mi padre, le costó una enfermedad tirar la vieja. Literalmente.

—¿Qué enfermedad?

—Que es muy cabezona. Esa es su enfermedad. Yo le digo en broma: «Cuando te vayas al otro barrio, el ayuntamiento va a poner

un museo en esta casa». Nunca tira nada. Mi padre lo arreglaba todo y ahora pretende que lo haga yo, pero claro...

—No estás por la labor.

—Lo he hecho, pero... Hay cachivaches que ya no sirven para nada, aunque los arregles.

—¡Hijo...! —Clementina los llama desde dentro—. ¿Le has sacado una toalla limpia a la doctora?

—¡Que sí! —Joaquín cierra los ojos unos instantes, fatigado, y al fin prosigue—: Desde que a Micaela le dio aquel ataque viendo las noticias, no tengo ganas de nada. Este mes le he pedido al jefe que me ponga menos guardias. Antes las hacía todas. Cobraré menos, pero estoy más en casa.

—A mí tampoco me gustan las guardias —dice Nieves, solidarizándose—, pero los médicos no podemos elegir.

Regresan a la sala. Clementina coloca unas copitas esmeriladas y unas tazas:

—¿Qué prefiere, anís o aguardiente?

—Muchas gracias, no suelo tomar alcohol.

—Con el café, una gotita...

Nieves rechaza la oferta con una sonrisa:

—Se lo agradezco, pero no tengo costumbre.

—Mamá, sácale el de manzana.

Más conforme, Clementina echa mano de una muleta y arrastra el pie izquierdo mientras se dirige a la alacena.

—Me dice Joaquín que últimamente sale usted poco de casa. ¿Es por la pierna? ¿O es la cadera?

Joaquín se apresura a responder:

—Es coja desde niña.

—Deja que me lo cuente ella —susurra Nieves.

Clementina regresa con el licor de manzana. Se maneja con soltura a pesar de la muleta y la cojera.

—Este tiene muy poquito alcohol, pero verá qué rico. Juaco, hijo, tráete la bandeja, que ya está todo.

Joaquín se mete a la cocina. Nieves aprovecha para sentarse más cerca de Clementina.

—Entonces, lo de la pierna ¿lo padece desde hace mucho?

—Mucho, hija, mucho. Prácticamente toda mi vida. Desde que tenía nueve años. Desde el 20 de octubre de 1947.

—Sí que se acuerda usted bien, sí. ¿Tuvo un accidente?

Joaquín regresa con la cafetera y unas pastas.

—Sírvelo tú, hijo. A veces se me pone un tembleque más tonto en la mano... Lo pongo todo perdido... Están rellenas de cabello de ángel. ¿Las ha probado alguna vez?

Nieves niega. Joaquín sirve el café.

—Para mí con leche, gracias. ¿Me permite que le explore la pierna, Clementina?

—La pierna es lo de menos. Con la pierna me acostumbré a vivir. Y no se crea, que una muleta tiene su utilidad. Es a lo otro a lo que mi médico no le encuentra remedio.

—Vamos a empezar por la pierna.

Clementina mira a Joaquín de soslayo y enarca las cejas, escéptica, pero agarra su pierna para ayudarse a alzarla.

—Se la levanto yo, no se apure —la tranquiliza Nieves—. ¿Cómo fue el accidente exactamente?

—Me caí por las escaleras de mi casa. Vamos, que entonces era la de mis padres.

—¿Era esta casa?

Clementina asiente.

—Esta, pero más grande. Teníamos el horno entonces, el almacén de la harina, el obrador y todo eso.

—¿Eran ustedes panaderos?

—Mis padres. Molino no teníamos. Horno, sí.

—¿Le ha hablado su médico de la posibilidad de operarse y ponerse una prótesis de rodilla?

Clementina responde rauda:

—Yo no me quiero operar, de mi casa no me muevo. Yo lo que quiero es que se me pasen los dolores.

—Al tener la pierna limitada de movimientos, el cuerpo lleva años compensándolo. Habría que comprobar si la cadera o alguna vértebra no están tocadas. Es normal que se resienta. Hay unas prótesis que podrían sustituir las piezas desgastadas y operándose...

Clementina no escucha. Seria, cruza miradas nerviosas con su hijo, irritada por la perorata de la doctora. Joaquín tercia:

—Mi madre ya lo habló con el otro doctor, el que le corresponde a ella.

—El doctor Palomero es muy buen profesional —dice Nieves, conciliadora.

—Nadie dice lo contrario —apunta Clementina, impaciente—, pero el caso es que a mí lo que menos me duele es la pierna y nadie me trata lo otro.

Nieves no entiende.

—¿Qué es lo otro?

—¡Pues todo! El tembleque de las manos que le digo, los dolores de cabeza, el cansancio, que hay mañanas que no tiro, los mareos...

Y las cosas que me vienen a la cabeza y no me dejan tranquila.

—Ya. Cuando dice «cosas», ¿a qué se refiere, Clementina?

Joaquín interviene.

—Es desde que murió mi padre. Son pensamientos que se le meten y no la dejan. ¿Verdad, madre?

Clementina asiente.

—¿Qué pensamientos? ¿Recuerdos? ¿Pesadillas?

Joaquín va a contestar otra vez, pero Nieves pone la mano sobre su antebrazo. Solo pretendía frenarle, pero de rebote ha conseguido tocarle. Siente que sus mejillas se encienden.

Clementina no tiene ganas de hablar más.

—¿Más café?

Nieves bebe café y observa la sala abigarrada de lamparitas, espejos, jarroncitos, ceniceros, cerámicas, fotos enmarcadas, objetos acumulados sin criterio, pero con devoción. Como un relicario.

Joaquín se ve obligado a decir algo:

—Le digo a mi madre que estaría bien vaciar un poco esto. Pero no hay manera.

—Qué manía con tirar. A mí me gusta tener mis cosas.

—Limpiarías mucho menos.

—No me importa limpiar.

—Y porque no ha visto la despensa. Si se acaba el mundo, no hay miedo, que ella hambre no pasa —bromea Joaquín.

Clementina calla, ofendida. Joaquín intenta reconfortarla, cariñoso:

—No estamos en guerra, madre, no hace falta guardar tanto.

—Mientras yo viva aquí no se tira nada. Luego hacéis lo que os dé la gana.

Nieves repara en un ovillo y dos agujas sobre el tresillo.

—¿Hace usted punto?

—La vista, a Dios gracias, la sigo teniendo muy buena.

—¿Y me enseñaría?

—¿A usted? ¿Yo?

Clementina se echa a reír.

Nieves ha logrado mudar su ánimo.

En el Land Rover, de vuelta al pueblo, Joaquín parece más relajado.

—¿Qué le ha parecido? O sea, ¿qué te ha parecido?

—En principio la veo bien. Por cómo la describíais, creía que iba a encontrarme a una anciana.

—Vive como si lo fuera. De todas maneras, ¿entiendes que mi hija no quiera verla? Para tanto no es.

Nieves calla, intuye los motivos. Ese entorno sombrío, recargado y asfixiante tiene que pesarle a una niña sensible. Le pesaba a ella. Busca las palabras, pero Joaquín se adelanta:

—Dirás que por qué no me llevo a mi madre a vivir con nosotros en lugar de andar en danza mi mujer y yo todo el día, pero ya has visto cómo es. Quiere sus cosas a su manera, y de salir de su casa y de su pueblo, ni hablar. Lo que me costó llevarla a Alcañiz a arreglar los papeles de la pensión...

—Es demasiado joven para vivir encerrada. Todavía tiene mucha vida por delante, podría disfrutarla.

—Se murió mi padre y tiró la toalla.

Nieves calla. Yolanda tenía razón. Ha sido útil conocer esta casa, estos muebles, sus pertenencias. Más hitos para el mapa.

Joaquín vuelve a sumirse en un silencio lejano, como si no se conocieran. Pero Nieves ahora se siente autorizada para mirarle sin disimulos.

—¿Cómo era contigo cuando eras niño? ¿Era cariñosa? ¿Era severa? ¿Despistada? ¿Exigente? ¿Te regañaba?

—Cariñosa, sí. Pero ella tenía lo suyo y no siempre estaba para dar mimos.

—¿A qué te refieres?

—Primero estaba la casa. Tocaba ir a por el agua a la fuente todos los días. Una trabajera. Más luego atender el ordeño, las gallinas, el huerto, bajar al lavadero con la ropa, guisar para nosotros... Y encima, por muy cansada que estuviera, muchas noches tenía pesadillas. La oía gritar desde mi alcoba. ¿Cómo le iban a quedar fuerzas para atenderme?

—¿Y tú qué hacías?

—¿Qué iba a hacer? Irme a su cama. Me acurrucaba, se agarraba a mí y se sosegaba.

—¿Qué soñaba? ¿Te lo contaba?

—No. Pero cuando se quedó huérfana la mandaron a Zaragoza al Auxilio Social. Cinco años estuvo interna allí, que era como estar presa. ¿Te parece poco?

—Te llamo porque estoy tratando a su nieta de otro trastorno y, si no te molesta, me vendría bien hacerme cargo de esta paciente tuya para tener un historial más completo de la familia.

—No me molesta. ¿Cómo me va a molestar? A veces el mismo paciente evoluciona mejor con otro médico, pero no te auguro mucho éxito.

—¿Qué le pasa exactamente? Me habla de síntomas, pero no de una enfermedad concreta.

—Nada. Aparte de la cojera que padece desde niña, un traumatismo feo que soldó mal y que hoy hubiéramos resuelto, no le pasa nada. Y eso lo tiene completamente asimilado; no es el problema.

—Me dice el hijo que hay días que no se levanta de la cama, que tiene dolores, pesadillas...

—Todo psicosomático. La viudedad mal llevada. Como tantas señoras.

El doctor Palomero está un poco harto de Clementina. Nieves sabe que sucede a veces con los pacientes. No pueden caerte bien todos y menos los que uno no logra sacar adelante.

—Es la típica paciente indisciplinada: se automedica, no hace lo que le dices... Ponle un tratamiento y, si logras que lo siga, te

convido a comer.

El escepticismo de su colega hace sonreír a Nieves, pero mantiene su tono de respeto y modestia, no vaya a dar la sensación de que pretende dar lecciones a todo un doctor a punto de jubilarse.

—Me han comentado en el pueblo que su historia familiar es bastante traumática. ¿Podría ser una depresión?

—Hoy en día todo lo solucionáis con un diagnóstico de estrés o de depresión, que es como no decir nada. Y, además, ponte que le receto antidepresivos, ¿se los tomará? Que no. Que es una manera de llamar la atención y tener a la familia pendiente de ella. ¿Así cómo va a querer curarse?

Nieves le agradece su tiempo y se despide. De las reflexiones de su colega, se queda con la última: a veces obtenemos beneficios de nuestras dolencias y no nos conviene curarnos. Otras veces no sabemos quiénes seríamos si no tuviéramos nuestras enfermedades. Eso da aún más vértigo.

Esa misma tarde Micaela regresa. Preparan la masa para el bizcocho:

—Cuántas cosas tiene en casa tu abuela, ¿verdad? ¿Sabes que he ido a verla?

—Nunca nos deja tocarlas —Micaela tiene un deje de rencor—. Mamá dice que son porquerías y que si se rompieran sería mejor. La abuela lo oyó un día y no veas la que se armó. Se puso hecha una furia.

—Les tiene mucho cariño. Son recuerdos, ¿no?

—Pero no recuerda nada más que tonterías. De lo importante nunca habla.

Otra vez ese tono, esa certeza para hablar de su abuela. Son los únicos momentos en los que recupera toda su energía.

—¿Te ha contado alguna vez del colegio donde estuvo interna?

Micaela niega y calla. Vierten la masa en el molde y Nieves, por si se vuelve a impresionar con el horno, la manda abajo a por las pinturas y el bloc. La niña sale, y al poco Nieves escucha un golpe.

—¡¿Micaela?!

Caída, al final de la escalera, llora desconsolada. Nieves baja apresurada.

—Me he tropezado. He rodado y se han reído.

—¿Quiénes?

—Ellos, todos, los de siempre...

Nieves la toma entre sus brazos.

—Tranquila, Micaela, tranquila. Ya va a pasar todo. Te lo prometo. Se va a terminar.

Para recolectar los medicamentos, ha recorrido la cocina, la despensa, la alcoba, el pequeño aseo, la segunda alcoba en desuso donde Joaquín se queda a dormir las noches que acompaña a su madre. Sobre la mesilla, junto a la cama cubierta con una colcha de ganchillo, un rosario sencillo, recuerdo de Lourdes, la foto de un señor que deduce que fue su marido, retratos de los nietos delante de un árbol de Navidad y otra de Joaquín y Celia recibiendo una lluvia de arroz delante de la iglesia del pueblo.

Cuando le habló a Yolanda de la limpieza, del orden extremo, del abigarramiento de la casa, Yolanda le explicó que pueden ser formas de mantener una ilusión de control. Que a veces no tenemos otra manera de defendernos de un desorden demasiado cercano o demasiado interiorizado, y que amenaza con devorarnos.

Nieves regresa al salón y mira la especie de relicario sobre el aparador. Clementina no puede despegarse del pasado porque sigue viviendo en él, cargando con él. Deja sobre la mesa camilla las cajas de medicamentos, como bloques de un juego de construcción. La mitad son inútiles.

—Estos de aquí son analgésicos. Conviene que no los mezcle. Si toma uno, no puede tomar el otro. ¿Por qué tiene tantas marcas distintas?

—Pues... Y yo qué sé, hija. Porque ninguno me resulta y el médico me va cambiando. No atina. A ver si atinas tú, que me ha dicho mi nuera que eres muy buena doctora. ¿Seguro que no quieres otro café? —pregunta Clementina mientras teje, la labor sobre el regazo.

—No, muchas gracias.

A Nieves le parece que el tono de Clementina es más propio de una niña necesitada que de una mujer adulta. Como si se hubieran intercambiado los papeles, todo lo que tiene Micaela de categórica, lo tiene su abuela de lamentosa.

—Si le parece bien, me llevo los que no sirven y le pongo una pauta nueva.

Clementina asiente. Nieves no se anda con rodeos:

—Ayer Micaela se cayó por las escaleras de mi casa.

Clementina deja de tejer, tocada, las agujas de punto suspendidas en el aire.

—Por suerte no le ocurrió nada, pero el tramo por el que rodó es largo. Podría haberse roto algo. —La abuela escucha en silencio—. No está pasando una buena racha. ¿Tiene usted idea de por qué no la visita?

—Dice mi hijo que está muy mañosa. —Y según lo dice sus ojos desvalidos, que no demandan, se empañan.

El doctor Palomero se equivoca, Clementina no busca atención, seguramente no sabe ni lo que es la atención, nunca la ha recibido.

—Mi nuera nunca me la trae. Hace mucho que no la veo. No sé por qué no quiere que le eche una mano con los críos. Tendría menos carga si me los dejara de vez en cuando.

Nieves mira de nuevo el aparador con sus fotos y sus cachivaches. Se incorpora y examina con atención. Los retratos son todos en

color. No hay ninguno en blanco y negro.

—¿Y sus padres? —pregunta—. ¿No tiene fotos de ellos?

—Se perdieron —dice Clementina y retoma la labor.

Nieves la observa. Ese no es el silencio altivo de quien castiga cortando la comunicación, es la reserva de quien fue obligada a callar demasiadas veces. Nieves intenta usar un tono que no señale, que no hiera:

—¿Cómo fue exactamente la caída?

Clementina deja las agujas, se apoya en su muleta, toma de la mano a Nieves y la lleva hasta una puerta que conduce a una escalera. La suben. Cuando están arriba, Clementina explica:

—Desde aquí me caí. O más bien, me tiraron.

—¿Cuántos años dice que tenía?

—Nueve. Los mismos que Micaela.

—Clementina, necesito que me cuente usted todo.

—¿Todo de qué?

—De cómo se cayó, cuándo, por qué. Quiénes son esos que la tiraron.

—Son cosas antiguas.

—Pues por lo que sea esas cosas antiguas tienen a su nieta Micaela con el alma en vilo.

—No es posible. Nunca le he hablado a la niña de eso.

—¿Seguro?

—Completamente. Ni a mi hijo se lo he contado. Ni a mi marido que en paz descanse.

—Pues me lo va a tener que contar a mí.

Clementina calla. Nieves insiste:

—Si quiere que la niña se cure, que pueda volver al colegio, que dejen de darle esas ausencias y venga a verla, me va a tener que contar todo. Desde el principio.

Clementina inicia el descenso, Nieves tras ella. Sin proponérselo, cuenta. Uno, dos, tres, cuatro... Doce, trece, catorce... Diecisiete. Una escalera con diecisiete peldaños. Diecisiete.

—Lo que le voy a decir no lo he hablado nunca. No lo miente a nadie.

—Descuide, Clementina.

—Éramos tres chicas y dos chicos. Sabina, Logi, Salva, Joaquín y yo, la pequeña. Mis hermanos me sacaban bastante porque nací cuando ya nadie me esperaba. Mi madre, Micaela, tenía entonces cuarenta y dos años, que para entonces eran muchos. Pensó que se le retiraba la regla por la menopausia y resulta que vine yo.

—Cuarenta y dos años no son tantos.

—Entonces sí. Y para mí, que se preñó de la alegría de ver a mi padre volver del frente. Pobre mujer, qué poco le duró.

—¿Cómo era su vida de niña? ¿Iba a la escuela?

—Iba a la escuela, claro, con los demás críos. Lo más bonito que recuerdo son los bureos de los domingos, cuando en algún mas sacaban un gramófono y había baile. Como por entonces faltaban muchos hombres, las muchachas bailaban unas con otras. Recuerdo sobre todo un domingo que apareció mi hermano Joaquín y echó unos bailes con mis hermanas. Qué alegría.

—¿Desde cuándo no vivía con ustedes?

—Se había apuntado voluntario al ejército republicano y al terminar la guerra no le quedó otra que cruzarse a Francia. Aunque

era mi hermano, yo no lo conocía más que de oídas. Solo lo había visto en foto. Tenía los ojos verdes, como los de mi hijo, por eso le puse el nombre. Al principio me daba vergüenza, yo era una niña. ¿Qué tendría? ¿Seis o siete años? Me costaba coger confianza, pero se hacía querer y enseguida estábamos como hermanos, lo que éramos, yo la pequeña y él el mayor. Diecisiete años nos llevábamos.

—Apareció un día sin más ¿y qué pasó?

—Pues eso, que primero mucha alegría y luego mucha preocupación.

—¿Por qué?

—Por si lo veían los vecinos. Andaban siempre con las orejas para arriba como los zorros, sobre todo uno. Menudo elemento. Ese mandó a más gente al paredón que los propios guardias. Mi madre se enfadó cuando lo vio bailando con mis hermanas, porque, claro, se exponía a que lo denunciaran. Pero mi padre la apaciguó y esa noche Joaquín, después de muchos años, durmió en casa.

—¿Y luego?

—Y luego se volvió al monte. ¿Qué iba a hacer si era un huido?

—¿A vivir escondido?

Clementina asiente.

—¿Y qué le parecía a usted? Era una niña y no podía hablarle a nadie de su hermano.

—Yo sabía que era un secreto muy grande. No se me escapaba, no. Pero vamos, eso entonces no era raro. Quien más quien menos tenía algún pariente en la cárcel o fusilado, y todos callados. Por lo menos nosotros, los pobres. Los señoritos era otra cosa.

—Y aparte de aquel día del baile, ¿lo veían?

—Si el panorama estaba tranquilo, si no había guardias de ronda, mi madre ponía una vela en la ventana y él sabía que podía bajar...

Nieves recuerda la petición de Micaela en su cocina. Toma nota en su cuaderno. Clementina no se fija, absorta en sus recuerdos y en el placer de ser escuchada:

—Ese día cenaba caliente y se afeitaba. Allí arriba procuraban no hacerlo, no fuera a delatarlos la espuma del jabón en los arroyos.

—¿Y si no ponían la vela?

—Si no poníamos la vela, se quedaba donde anduviera, en el campamento. —Clementina calla unos instantes, recordando—. Lo que le gustaban a mi hermano mis dibujos.

—¿Usted dibujaba?

—Por las noches, si bajaban, mi hermano Joaquín me pedía que le hiciera un dibujo para subírselo con él.

—¿Y qué dibujaba?

—Pues de todo: flores, pájaros, las gallinas, la montaña... Otras veces banderas republicanas que él me pedía. Hasta un retrato le hice con las armas frente por frente con un Guardia, figuraba que lo perseguía.

—Unos dibujos muy comprometidos para una niña. ¿Qué edad tenía? ¿Su madre no decía nada?

—Que tuviera ¿nueve años? Mi madre nos reñía, pero yo creo que también estaba orgullosa, porque luego los sacaron en un periódico que hacían ellos.

—¿Puedo verlos?

—No quedó ninguno. Si mi madre guardó alguno en casa, los destrozarían los guardias cuando vinieron a registrar, como todo lo

demás. Mi madre lo decía siempre: se sufre más de enlace que de guerrillero. Los guerrilleros por lo menos tenían armas.

—¿Alguna vez iban ustedes al campamento?

—Yo nunca. Solo una vez acompañé a mi tío a dejar algo en la estafeta. Me llevaría porque con una cría, me figuro, disimulaba más. Fuimos con la caballería como que íbamos a los almendros, pero en las aguaderas llevábamos de todo. De todo es un decir. Pan, tocino, miel, un queso... Lo poco que teníamos, lo poco que nos dejaban tener. Porque esa es otra, una vez a la semana venían los de la fiscalía y había que darles una parte de la harina o del aceite o de lo que se tuviera.

—¿La fiscalía? ¿Qué era eso?

—Pues la fiscalía de tasas. Un señor de la capital que se presentaba con la Guardia Civil y enredaba entre los sacos de trigo. Amasar pan blanco estaba prohibido. La harina blanca había que entregarla y se la llevaban a las capitales. ¿No ve que había racionamiento? En toda España se iba al mercado con cartillla. Decían que en los pueblos estábamos mejor porque teníamos huertos y ganado, pero la verdad es que se lo llevaban a las ciudades porque allí no había nada. Buscaban por todo el obrador la harina blanca y como encontraran restos, aunque solo fuera una pizca debajo de un plato, multa. «Se pasa hambre incluso teniendo», decía mi madre, y es que todas estaban hartas. Un día, qué risa, estaban haciendo cola en el horno las mujeres y lo vieron venir y empezaron a decir: «¡Al horno!». Se marchó como había venido, con el rabo entre las piernas. Lo que se pudieron reír.

—Pero la broma tendría sus consecuencias...

—Sí, claro. El cabo de la Guardia Civil les echó un chorreo, sobre todo a mi madre, pero esa vez no pasó de ahí, porque los propios guardias sabían que esa ley era un abuso, por mucho que fuera ley y por mucho que viniera del mismísimo Franco. Pero bueno, durante un año o dos estuvimos tranquilos. Mi madre se organizaba y le daba tiempo a todo. Como una burra trabajaba, y aún sacaba tiempo para el punto. Eso era importantísimo. A ver cómo se iban a abrigar si no.

—¿Tejían?

—Sí. Jerséis, manoplas, calcetines... Mis hermanas y ella. ¿Quién te crees que me enseñó? Para mi hermano y luego para mi padre, cuando tuvo que echarse al monte después, pero también para los compañeros.

Nieves anota a toda velocidad, como cuando tomaba apuntes en la facultad. Lamenta no haber traído la grabadora que usa en el consultorio para dictar los informes que luego Loreto pasa a máquina.

—¿Su padre también tuvo que esconderse?

—Había sido alcalde socialista cuando la República. Luego lo metieron en la cárcel, salió, pero estaba señalado y un día mi tío avisó: «Que dicen que van a por ti, que quieren prenderte». Lo había oído en el café jugando al gañote. El tabernero se lo había escuchado a los guardias: «Vamos a ir a por los del mas tal y a por los del mas cual, que esos son rojos y ayudan a los del maquis». Y él, claro, se lo contó a mi padre. Y así fue. Un día que lo había acompañado yo a las almendras, me trepé a una rama para alcanzar las más altas y en esto vino una pareja de guardias. No sé si se

dieron cuenta de que yo estaba allí, le pidieron que los acompañara. Cómo temblaba según dejaba el cesto en el suelo.

—¿Y usted qué hizo?

—Quedarme quieta quieta como un tordo. Vi cómo lo metían para el pinar. Allí yo no sé lo que pasaría, solo sé que, cuando mi padre volvió, era otro. Traía la camisa sucia, como si se hubiera revolcado por el suelo, el pelo alborotado y una oreja muy colorada y una marca en la cara. Nunca le vi llorar, pero aquel día me pareció que estaba aguantándose las ganas. Entonces bajé de un brinco y me junté a su lado. Le cogí de la mano y miré a los guardias. «Con una chica pequeña y que ande usted haciendo golfadas», dijeron. No hablaban como hablábamos nosotros. Hablaban como la gente del sur, porque la mayoría, sabe usted, no eran de por aquí.

—¿Entonces había más guardias que ahora?

—Dónde va a parar. Muchísimos había. Un ejército. Los iban poniendo en los pueblos grandes y en los pequeños. O se quedaban en los mases.

—¿En los mases, en las casas de la gente?

—Se presentaban, te decían que esa noche se quedaban y había que darles cama y cena.

—¿Y a todos les parecía bien?

—Según. A unos les fastidiaba y otros lo agradecían, porque también había masoveros que pasaban miedo. Si no tenían a ningún pariente en el monte, no les gustaba enredarse en nada y mucho menos tener que regalar un cordero, una gallina o lo que fuera a los guerrilleros. Y otros, claro, si en la guerra los del bando contrario, o sea, los republicanos, les habían matado un hijo, un hermano, el padre, pues estaban con los guardias.

—Y dice que su madre hacía jerséis.

—No era la única. Otras mujeres también tejían, pero no se comentaba. Como mucho entre ellas en el lavadero o en la fuente; si buscaban lana, se hacían un guiño. Había que esconder la labor porque si, un ejemplo, entraba el guardia, o el cura, que también era muy fisgón, y te veía tejiendo a lo mejor te preguntaba: «¿Para quién haces esa manga tan larga?». Yo era una niña, estaba claro que esas hechuras para mí no eran. Ella podía decir: «Para mi hijo el de Barcelona», pero luego también te controlaban si ponías o no el paquete en el correo.

—Era una tensión constante.

—En todos estos pueblos muchos habían sido republicanos, de la CNT y todo eso. Claro, los militares no lo perdonaban. Los registros ponían todo patas arriba. Los somatenes nos metían miedo a todas horas por cualquier cosa.

—¿Qué es un somatén? Me suena, pero no lo tengo muy claro.

—Como una patrulla de hombres que no son guardias. Vecinos que se organizan y los guardias les dejan llevar armas y todo eso.

—Pero ¿para qué?

—Pues para coger a los guerrilleros, a los del monte, y mandarlos a la cárcel o fusilarlos.

—¿De qué les acusaban?

—Decían que robaban, que ponían bombas, que eran unos revolucionarios y muchas cosas peores. Porque era una guerra, hija, una guerra después de otra guerra. Una guerra contra los pobres.

A Nieves le cuesta imaginar que en esas calles que ella pisa, entre esas mismas paredes, sucediera todo eso. Que la misma gente que ella trata cada día en consulta, los venerables ancianos y ancianas

cuyos corazones ausculta, también infligieran o padecieran esa represión, ese terror. Ahí están callados, todavía en pie, ¿en paz? Lo raro es que Micaela sea la única que lleva ese desorden dentro.

—¿Y sus otros hermanos? Eran más aparte de Joaquín, ¿no?

—Un buen día mi hermana Logi se hartó. Había ido a moler la harina al molino, pero pasó tanto terror que le dijo a mi madre que eso no era vida y que se iba. Sin más. Y emigró a Barcelona.

—¿A su madre le pareció bien?

—Era buenísima mi madre. A todos ayudaba, todos la querían. Cuando mi hermana estuvo colocada, nos escribió y se marchó con ella mi otro hermano, Salva, el mediano, porque había encontrado colocación para él. Se sacó el carné y se puso de mecánico en el Parque Móvil. A él tampoco le iba esta vida. Le gustaban los motores y allá se quedó. Y mejor, se libró de una buena.

—¿Aquí no había posibilidad de prosperar?

—¡Aquí qué iba a haber! ¡Si no había ni coches! Un automóvil que pasara era un acontecimiento, todos los chicos corríamos detrás. Y encima hijo de rojo. No había nada para él. Eran los años cuarenta. La guerra había acabado hacía tiempo, había ganado Franco, pero ya le digo, aquí seguíamos a tiros. Yo era niña, mis hermanos se acordarán mejor.

Clementina calla y mira a Nieves, esperando su siguiente pregunta. No tiene mucho más que añadir, es así de simple: unos mataban, otros morían.

—Nos habíamos quedado en que los guardias querían detener a su padre. Cuando detenían a alguien, ¿qué hacían con él?

—Cada pueblo tenía su cárcel, unas más grandes y otras más chicas, como la de nuestro pueblo, que era una mazmorra en el

ayuntamiento, oscura, sin ventanas ni nada. Aún la puede ver usted si quiere. Bueno, pues total, que después de aquello de los almendros, al otro día mi padre ya no estaba.

—¿Su madre le explicó algo?

—No hizo falta. Según me mandó ayudarla a ordeñar comprendí, como se comprenden esas cosas, que era mejor no preguntar nada. Estábamos solas. Mis otros dos hermanos, en Barcelona; mi hermana Sabina, ya le digo, se acababa de casar. Su marido, Cosme, vino a ayudarnos unos días, pero claro, no era solución. Cosme es majísimo. Viven en Barbastro, donde él tenía parientes. Cuando nos hicieron la vida imposible, les dieron casa y trabajo.

—Y solas, ¿cómo se arreglaban?

—Se vino mi tío, que era soltero. Nos ayudaba con el horno, con los animales, con los quesos, con los almendros...

—Había mucho que hacer.

—No teníamos tiempo de aburrirnos, no.

—¿Qué es eso de que les hicieron la vida imposible?

—Llegó el verano y todo se puso peor. Por agosto nos mandaron dejar el mas y bajar al pueblo, pero ¿qué íbamos a hacer con las ovejas? Al ganado no se lo puede dejar solo. A las gallinas un poco más, pero con eso y con todo hay que darles de comer y limpiarles el corral, que, si no, se cogen enfermedades y no ponen.

—¿Bajar al pueblo por qué?

—Había que dejar los mases todas las tardes, lo había mandado el gobernador civil y punto. Así que nada, entregábamos las llaves al caer el sol y a bajar a los pueblos.

—Pero ¿y los que no tenían casa en el pueblo?

—Si tenían parientes, les hacían sitio en sus casas, y si no, pues a los corrales. Algunos se bajaban el rebaño para poder atenderlo y lo tenían allí en las calles. ¿Se figura usted el panorama?

Nieves imagina bien las calles invadidas de animales. Lo ha visto en los dibujos de Micaela con las llaves y las puertas cerradas, en las ovejas que la asustaron.

—Y venga a balar y venga a quejarse, porque los animales, sabe usted, tienen sus costumbres. A mí se me hacía inaguantable el olor y los cencerros toda la noche sonando.

Nieves tiene la garganta seca, como cuando en sueños queremos gritar y no podemos.

—¿Me daría usted un vaso de agua?

—Claro, hija.

Clementina hace ademán de incorporarse, pero Nieves se adelanta:

—Me lo pongo yo misma. ¿Quiere usted algo?

—Pues otro vaso de agua. Algún refresco a lo mejor hay si prefieres. A mi hijo le gusta el vino con casera y suelo tenerla.

Nieves sirve el agua y vuelve a la mesa.

—Pero no entiendo. ¿Por qué ese empeño en que se bajaran ustedes a los pueblos?

—Decían que era mejor para nosotros, que estábamos más seguros y no nos asaltarían los bandoleros, así mismo los llamaban, «bandoleros». Pero no lo hacían por eso. Lo hacían para dejarlos sin apoyos y amedrentarnos a nosotros, porque para los guardias todos los labradores éramos enlaces, que era como decir asesinos y delincuentes.

—Qué duro debía de ser para su madre.

—Era muy valiente. Tenía un arrojo... Decía «donde va el cuerpo, va la muerte» y no se achantaba. Era muy fuerte. Donde va el cuerpo, va la muerte. Eso decía...

Los aldabonazos la sobresaltan. Es tarde, al menos para los estándares del pueblo, más de las nueve de la noche. Envuelta en su chal, Silans enroscada a su lado, Nieves estaba absorta en comparar las notas de la conversación con Clementina con los dibujos de Micaela.

Al abrir, se topa con una Jacinta que entra como un vendaval, las llaves del coche todavía en la mano.

—El timbre no funciona.

—Le diré a Damián que le eche un vistazo.

—Pues la casa del médico sin timbre, ya me dirás.

—Todavía no ha terminado de repasar la instalación eléctrica.

—Y sin teléfono.

—Aún no me lo han puesto.

—Vaya desastre.

—¿Cómo? —Nieves está desconcertada, cree que no ha entendido bien. Siguen ahí paradas en el zaguán.

—¿Vamos dentro? Hace frío —propone Jacinta, o más bien ordena.

—Sí... Donde quieras ¿La cocina? ¿El salón?

—¿Dónde estabas tú?

—En el despacho. Estaba trabajando.

—¿Trabajando? ¿Trabajando en qué?

«¿Qué le pasa a Jacinta que está tan agitada?». Nieves ha aprendido que no son raros los altibajos anímicos en ella, que es parte de su duelo, se los toma con paciencia, pero esta manera de mirarla, como escudriñándola, desconfiada, es nueva.

—Vamos a la cocina. Creo que tengo alguna cerveza.

—No quiero beber.

Otro desplante. Nieves la encara:

—¿Pasa algo, Jacinta?

—Lo que te quiero decir prefiero decírtelo con la mente despejada, para que no se me olvide nada.

Y allí mismo, en el principio de la escalera, sin esperar a pasar al despacho ni a subir al salón ni a la cocina ni a nada, lo suelta:

—Me ha llamado Palomero.

De primeras, Nieves no cae en quién es Palomero ni en por qué tiene Jacinta esa expresión tan grave cuando lo menciona.

—¿Palomero?

—El médico. ¿No sabes quién es Palomero? Pues le has quitado un paciente.

A Nieves casi le da risa, de puro exagerado es cómico.

—Ah. El doctor Palomero. Don Félix.

—Sí, Félix Palomero.

—Vamos al despacho, anda, que se está más calentito. Encendí la estufa.

Entran, y en cuanto Jacinta ve los dibujos sobre la mesa, la cara se le descompone. Nieves decide ignorarlo:

—¿Te ha llamado para contarte que le quité una paciente? Porque a mí me dijo que le parecía fenomenal.

—¿Qué te va a decir? Es que eso no se hace.

—Pues me podría decir exactamente eso: «No, lo siento, pero no». ¿Y por qué no se hace?

—Porque es un insulto.

—¿Un insulto?

—Un insulto, sí. A su capacidad. Y una temeridad también.

—Yo no dudo de la capacidad del doctor Palomero. No tiene nada que ver con eso. Tú sabes quién es la paciente, ¿no? Se lo habrás explicado.

—Estás poniendo la comarca patas arriba.

—Jacinta, no te entiendo. ¿Qué te pasa? ¿Quieres que llame mañana a Palomero y aclare las cosas? ¿Sois muy amigos?

Jacinta se sienta y suelta aire.

—Ahora sí que me tomo la cerveza.

Nieves sube a por ella. Decide servirse una también, no vaya a pensar Jacinta que no acompañándola la está llamando borracha. «Así empiezan los bebedores sociales», se dice y sonríe. Ya no tiene miedo a los reproches de Jacinta, está muy tranquila. Tras escuchar a Clementina se ha convencido de que hace lo correcto.

Jacinta pega un buen sorbo y eructa. En otras circunstancias Nieves se habría reído. Es tan impropio de Jacinta, siempre tan señora, esto de eructar..., pero ahoga la carcajada.

—Perdón, es que no he cenado. Estaba pensando qué me preparaba cuando me ha llamado Palomero.

Nieves asiente, comprensiva. Jacinta se frota la frente buscando las palabras. Nieves aprovecha:

—Yo también quería hablar contigo. La abuela de Micaela me ha contado que de niña dibujaba y me pregunto si quizá en la escuela o

en el ayuntamiento, no sé, se te ocurre que se hayan conservado dibujos de los alumnos de los años cuarenta.

—¿De los años cuarenta?

—Sí. De los años cuarenta. A lo mejor tu antecesora, esa que dijiste que era una depurada, guardó algo.

—¿Qué clase de dibujos?

—Banderas republicanas y cosas así de la posguerra.

—¿Pero tú no comprendes que a la gente la metían en la cárcel si dibujaba banderas republicanas?

—Sí, por eso digo que a lo mejor las escondió.

—Vamos a ver, Nieves. Micaela ha dejado de ir a clase. Hace semanas que no pisa la escuela.

—Tampoco tanto.

—Semanas. Eso en un curso escolar es muchísimo. Podría perderlo.

—Ya te encargarás tú de que no sea así. ¿Verdad, Jacinta?

Jacinta no atiende y continúa:

—El doctor Palomero me ha llamado para contarme que le has quitado una paciente, y nada menos que esa señora. ¿Y para qué? Para enredar en esa historia en la que te has empeñado en enredar no se sabe por qué.

—Para tratar a una niña que claramente tiene un trauma que claramente le causa unos episodios muy graves.

—Pues si tan grave está, que se vaya a un hospital, porque aquí, en este pueblo, en ese consultorio tuyo, ya me contarás.

—Es que no entiendo cuál es el problema.

Jacinta deja el botellín sobre la mesa, contempla las notas y los dibujos y calla, sopesando su contrargumento.

Nieves se queda mirándola. Esta mujer madura, solitaria, fuerte y un poco perdida le produce algo parecido a la ternura.

—¿Te preparo cena? ¿Un poco de queso? ¿Una tortilla?

Jacinta niega, Nieves se arma de paciencia y continúa:

—He conocido a la abuela de Micaela, sí. Hemos estado hablando casi toda la tarde. Me ha contado bastantes cosas de su familia y de la vida del pueblo después de la guerra. Y unas cuantas tienen que ver con los dibujos y las fobias de tu alumna. Por ejemplo, las ovejas.

—Las ovejas... —repite Jacinta, burlona—. Ya ves tú. ¿Cuántas ovejas habrá en esta provincia? ¿Cien mil? ¿Doscientas mil? ¡Que son pueblos ganaderos, Nieves, por Dios! ¡Que no es nada original que una niña hable de ovejas y su abuela también! ¡Que todos tienen ovejas!

—¿Tú sabías que a Micaela se le ha agudizado el insomnio? Se desvela y despierta a toda la familia. Si no duerme ella, no quiere que duerma nadie.

Jacinta suelta otra de sus ironías:

—Si quieren descansar, que me la manden. Yo también tengo insomnio. Repasaremos las tablas de multiplicar.

—Micaela se cayó por las escaleras aquí en mi casa.

—¿Se ha hecho algo? —pregunta Jacinta, preocupada.

—No. Pero se lo conté a la abuela y me dijo que así se quedó coja ella, a la misma edad.

—Mira tú qué casualidad.

—No es casualidad. Los estudios dicen que a menudo las personas repetimos inconscientemente acontecimientos que...

Jacinta la corta:

—Ya estamos con los esoterismos. Hay que ser más racional y más práctica, Nieves, que parece mentira que hayas estudiado una carrera. ¿Micaela sabe cómo se quedó coja su abuela? ¿A que no?

—La infancia de la abuela es uno de esos temas que en la familia no se tocan.

—¿Y entonces? ¿Cómo va a repetir algo que no conoce?

—Cuanto más nos empeñamos los adultos en tapar algo, más lo captan los niños.

—¿Y para qué iba a repetir la caída de su abuela? ¿Qué gana con eso? —insiste Jacinta.

—No lo sé muy bien. A lo mejor llamar la atención, o provocar para que alguien resuelva sus miedos por ella. Son llamadas de socorro. ¿Tan mal te parece que lo investigue?

—Te estás montando una película por culpa de tu amiga la psiquiatra. ¿Por qué no consultas con otro profesional? ¿Por qué no le contaste lo que le pasa a la niña a Palomero, por ejemplo? Tiene mucha experiencia, ha hecho toda su carrera aquí. Sabe mucho de la vida de la gente.

—Vaya, veo que no nos vamos a poner de acuerdo.

—De todo eso que te cuenta a ti, conmigo en clase nunca ha comentado nada. Pero claro, como ya no viene a la escuela...

—Jacinta, Micaela no está bien.

—¿No has pensado que desde que la tratas está peor?

Esta idea sí hiere a Nieves, pero se lo guarda:

—Las ausencias, el insomnio y todo lo demás son su forma de hablar de un malestar muy profundo. O nos ocupamos o irá a peor.

—Nieves, le has abierto una puerta y ha entrado. Por hache o por be, confía en ti y baila al son que le marcas. Quiere complacerte,

punto.

—¿Crees que la estoy manipulando? ¿Crees que soy yo la que está majareta?

Jacinta suspira con un gesto de cansancio.

—Creo que en estos pueblos a la gente le ha costado mucho salir adelante y olvidar y que no tienes derecho a hacerles pasar de nuevo por lo mismo para que vuelvan a estar enfrentados entre ellos, porque eso no sirve para nada, Nieves, para nada. No sirvió entonces y no servirá ahora.

Jacinta se termina la cerveza, se pone el chaquetón y coge su bolso.

—Manda a la niña al colegio, haz el favor. Si no, tendré que avisar a la inspección.

Se encamina a la puerta, pero Nieves la retiene:

—He encontrado unos cuadernos, anotaciones de un médico que vivió en esta casa. Quiero que los veas.

16 de febrero de 1947

El otro día tuve que salir a Cañada a atender un parto de mellizos. Al amanecer volvía cansado por la tensión y porque en estos pueblos, con tal de agasajarte, se empeñan en que te tomes una copita quieras o no, con lo mal que me cae a mí el aguardiente. Si no me ven, lo tiro, pero esta vez no podía hacerles el feo. Y encima dos copas, una por cada niño. En la curva donde está el desvío para la almazara, me salió al paso uno de ellos. Tuve que acompañarle bosque adentro, más allá del mas que llaman del Llop y donde se rumorea que les dan cobijo. Dos horas de caminata después de la noche que llevaba. Un chaval se había volado dos dedos de una mano manipulando explosivos. Parece que es un campo de entrenamiento, una especie de escuela guerrillera. El que mandaba era uno con gafas al que decían Pepito. Pero creo que era el joven el que enseñaba a fabricar fulminantes y detonadores, sólo que salió mal, a pesar de que me contó que él viene de trabajar en las minas. Parece que el que le ha captado es uno que llaman el Cona, un puntal de la organización. Según me ha contado Fermina esta mañana, el tal Cona tiene un tío muy de derechas, pero como la familia está por encima de todo, el tío no sólo no le delata, sino que en alguna ocasión le lleva comida al monte. Dicen que el año pasado metieron preso al tío una temporada. La causa oficial era el estraperlo, pero se rumorea que pesó más lo otro.

Por la descripción que hacen de él, el Cona parece un fuera de serie. Es de la zona, ha ido poco a la escuela, pero es un hombre formado. En esos campamentos, los más instruidos enseñan a los otros, y no sólo doctrina política, también alfabetizan al que no sabe leer. En el rato que estuve allí, el Cona me contó que su principal ocupación no son las acciones militares contra

el enemigo, sino subsistir. Se les van hasta dos terceras partes del tiempo en procurarse lo imprescindible. Yo oigo que roban y no son pocos los masoveros que se quejan y que están aterrados, pero tanto el Cona como el tal Pepito juran y perjuran que no les interesa pasar por bandoleros porque, más allá de ideologías, necesitan el sostén de la gente de los mases y por eso, cuanto incautan y consumen, sea comida, ganado o incluso ropa o calzado, lo pagan. Si la financiación estuviera resuelta, sus acciones políticas se triplicarían, dice, y alcanzarían antes sus objetivos, que son crear inestabilidad para derrocar al Régimen.

No quise contradecirle, pero ganas tuve de explicarle que ni con el triple de hombres acabarían con Franco, que la dictadura está sólidamente asentada y asumida por la población. Me habló luego de los atracos a los recaudadores de la contribución y a los funcionarios de abastos. Los llaman «recuperaciones», dinero del pueblo que vuelve al pueblo. Le advertí de que los secuestros y los robos a campesinos, aunque sean ricos, son impopulares, porque meten miedo a todos los demás. Luego me arrepentí de dar consejos. No debo meterme en camisa de once varas y menos con estos, que viven tan fuera de la realidad. Por mucho que compartamos algunos valores, si nos pusiéramos a hablar, nuestro análisis de la situación sería diametralmente opuesto. Tengo que aplicarme el cuento del boticario, que es tan cínico y le va tan bien. Cuanto menos se moje uno, mejor, tanto con los unos como con los otros, no vaya a ser que, cuando caigan y los torturen (y antes o después caerán como hemos caído los demás. No hay más salida para un rojo que la cárcel o el exilio), nos mezclen en sus andanzas. Así se lo tengo advertido también a Fermina, que no meta a Araceli por medio. Lo que tenga que pedir, que me lo pida a mí sin pasar por ella.

20 de marzo de 1947

Cada San José que paso aquí me pesa más haber arrastrado a Araceli a esta situación. Ayer estuvo todo el día pendiente de la centralita. Había pedido una conferencia con Granada para felicitar a su padre y no hubo manera. A veces me pregunto si el idiota del jefe local de la Agrupación de Falange impone a la telefonista que no nos comunique. No me extrañaría. Además, aunque no lo

digan, están nerviosos. Las acciones de la guerrilla van cada vez más lejos, tal y como me advirtió el Cona, reaccionan para no parecer débiles.

He oído que hace unos días los guardias atacaron la escuela guerrillera. La mayoría pudo huir, pero a dos los detuvieron. El imbécil del falangista presumía a voces de que los fusilaron sin pasar por el consejo de guerra, aplicándoles la Ley de Fugas, que les vale para todo, hasta para saltarse el *habeas corpus.* ¿Sería alguno el chico al que curé la mano? No he tenido que firmar ningún certificado de defunción. No sé dónde entierran los cuerpos. De todo me entero extraoficialmente, nunca se sabe qué es cierto, qué es fanfarronada y qué oculta una verdad peor. A los dos días ha aparecido muerto un cabo del acuartelamiento. Tal como me dijo el Cona, si los atacan, responden.

27 de marzo de 1947

Estoy desolado. La Guardia Civil ha fusilado a varios vecinos de Manzanera, entre ellos al médico y al dueño del molino. ¡Al médico! No creo que hiciera más que cumplir su juramento hipocrático y asistir a un herido sin mirar de qué bando era. Voy a hacer todo lo posible por que Araceli no se entere.

29 de marzo de 1947

Ahora ha sido un mediero de Palomar de Arroyos el que ha caído a manos de la Guardia Civil por no dar parte de que los guerrilleros habían cogido la costumbre de hacer noche en su mas.

2 de abril de 1947

Ya llegan las represalias de la otra parte. Los guerrilleros han volado un tren entre Sarrión y Barracas. Han muerto el fogonero y el maquinista. Hay mucha intranquilidad en toda la provincia.

20 de abril de 1947

He logrado hacerme con un periódico. Me ha costado Dios y ayuda porque todos querían leerlo y no lo soltaban. Hace dos días Franco ha declarado la guerra al maquis y a todos los que tengan el más mínimo contacto con él. Ha promulgado un decreto ley para la represión del bandidaje y el terrorismo. También he leído que ya puso fecha al referéndum que quiere hacer para lavar la cara al Régimen y hacer creer a Europa que los españoles podremos votar y que elegiremos libremente la continuidad del franquismo. «Referéndum por la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado» se llama la parodia de elecciones en la que nos va a obligar a participar. Será el 6 de julio.

7 de mayo de 1947

Ha descarrilado el ferrocarril entre Barracas y Rubielos. La prensa no explica nada, lo da como un accidente mecánico, pero ha sido un sabotaje de los maquis, estoy convencido. Quieren agitar las aguas antes del referéndum. Hacer ruido, que se sepa que no todos los españoles están conformes con la dictadura. Lástima que ningún corresponsal extranjero se pasee nunca por aquí. Estamos olvidados de todos, olvidados de nosotros mismos.

17 de junio de 1947

Una partida de guerrilleros ha asaltado varias masías. Me ha dicho el boticario que querían recuperar una máquina de escribir, una multicopista y otros aparejos de propaganda que les habían incautado los guardias cuando atacaron el campamento. Me parece increíble que, en esas cabañas que no son más que madrigueras, tengan ánimo y capacidad para redactar e imprimir nada.

29 de junio de 1947

Han detenido al practicante de Cedrillas por asistir a guerrilleros. La pobre Araceli me ha regalado unos cuantos números de *La Codorniz* que le han mandado sus padres por mi cumpleaños. Me ve preocupado y me quiere hacer reír. Le gusta que leamos juntos por las noches en el jardín de atrás. Las noches empiezan a ser muy agradables. El mundo que retrata *La Codorniz* fue un día el mío. Hoy me resulta lejano.

17 de julio de 1947

Ha aparecido asesinado otro hombre. Sobre el cuerpo había un mensaje: «Ajusticiado por delator de las guerrillas y como ejemplo». Ha sido una suerte que no haya sido en los pueblos que atiendo. El levantamiento del cadáver le ha tocado a otro. La situación se hace insoportable. Menos mal que he convencido a Araceli de que se vaya unos días a Granada a ver a sus padres. Al menos allí se olvidará temporalmente de esto.

19 de julio de 1947

Fermina está que no cabe en sí de gozo. Ha llegado temprano con su cesto de huevos. Le he dicho que ahora que no está Araceli no me traiga, no soy capaz de consumirlos. Entonces ha abierto el cesto y me lo ha enseñado: iba vacío. Quería contarme lo que pasó ayer en La Cerollera. Por lo visto, se presentó en el pueblo un grupo de guerrilleros armados hasta los dientes y dieron orden de que saliera un hombre de cada familia a la plaza. Allí acudieron todos con más miedo que vergüenza, pensando que los acribillaban. Pero en la plaza los esperaba una bandera de la República y una pancarta que decía «Campesino: los guerrilleros de Levante te protegen». Entonces han contado que eran miembros del Ejército de la República. Acto seguido, han tirado por el balcón del ayuntamiento los retratos de Franco y José Antonio y los han prendido fuego. Cuando han terminado, han obligado a todos los hombres a acompañarlos al cementerio y allí han dado un homenaje con salvas de honor a varios maquis caídos. Fermina estaba tan contenta que me ha cantado el «Himno del Guerrillero» que entonaron. He tenido que pedirle que bajara la

voz. Dice que lo mejor fue la cara que se les quedó al alcalde y al juez de paz cuando los guerrilleros les estrecharon la mano con toda diligencia antes de largarse de vuelta al bosque.

¿Qué pensará de esto el nuevo gobernador civil que nos han asignado? Es coronel, pero según el sargento en poco tiempo será general. Viene de acabar con los maquis en León y en alguna provincia del sur. Manuel Pizarro se llama. El nombre de conquistador lo tiene.

21 de julio de 1947

No sólo fue en La Cerollera. Me entero en el café de que los guerrilleros repartieron propaganda, octavillas, pancartas y banderitas republicanas en varios pueblos. Vamos, que se dieron el gusto de dar mítines en tan señalada fecha. En Teruel sabotearon la Sociedad Teledinámica Turolense, y en la zona de Utrillas colocaron algún explosivo y lanzaron propaganda en las minas. El sargento me ha dicho que el nuevo gobernador trae nuevas ideas y que las «personas de orden» como yo somos los primeros que vamos a tener que colaborar, para eso tenemos estudios superiores y una situación privilegiada. Privilegiada. Le regalaba yo todos mis privilegios de depurado. Están rabiosos, se les nota. Han hecho un papelón en todas las comandancias dejando que los guerrilleros se les subieran a las barbas el 18 de julio. Ahora quieren averiguar quién los ha ayudado. Están convencidos de que no actuaban solos. Ya estaba hablando con unos y con otros para que se tomen en serio los somatenes.

1 de agosto de 1947

En Rubielos de Mora han detenido a Alfredo, el médico, buen compañero y desterrado como yo. El argumento fue que había curado a tres rebeldes heridos. Me han contado que en una masía de Nogueruelas han fusilado al masovero por dar cama y comida a un guerrillero enfermo. Y por si eso fuera poco, a los guerrilleros no se les ha ocurrido mejor cosa que contraatacar y

dar un escarmiento en Albentosa. Han ido contra el médico y el secretario del Ayuntamiento por falangistas y por traidores. Así van las cosas.

3 de agosto de 1947

Pizarro, el nuevo Gobernador Civil ha declarado Teruel zona de guerra. Toda la provincia entra en estado de excepción: hay toque de queda, está prohibido circular por los caminos después de las ocho de la noche y, a quien no responda al alto de la autoridad, le dispararán. Desde hoy masoveros y medieros tienen que desalojar las masías aisladas en el monte, buscar alojamiento en los pueblos y entregar las llaves de sus casas al caer el sol. Sólo podrán regresar durante el día para trabajar el campo. Esas son las órdenes. ¿Y si tengo que atender a un enfermo de urgencia en plena noche? Me han dicho que me haga con un farol, haga señales y espere a una pareja de la Guardia Civil. Esa ha sido la contestación. Más que protegerme, quieren saber a quién atiendo.

No en todos los pueblos hay cuartelillo, le he dicho al sargento. Los habrá, no se preocupe, me ha contestado con esa sonrisa de suficiencia que detesto. Aunque, bien mirado, si han obligado a los masoveros a dejar las masías, los pacientes me van a llegar a mí. No todos tienen familia, ni mucho menos casa en el pueblo. Alguno, por no dejarlo solo y sin atender, se trae el rebaño. Con las calles como corral, el pueblo se va a convertir en invivible. Eso si no corren las enfermedades, hacinados como están, sin las mínimas condiciones de higiene.

29 de agosto de 1947

Unos hacen y otros deshacen. Cuando se cobran con una vida las deudas, reales o imaginarias, es difícil justificarlos, aunque supuestamente compartamos ideas y seamos represaliados como ellos. Para mí, es incompatible matar y ser de izquierdas. El espíritu republicano, tal y como yo lo entiendo, se construye sobre el humanismo. Por mucho daño que te haga otro ser humano, quitarle la vida no es admisible.

Una mujer ha aparecido ahorcada en su masía de Mosqueruela. A sus pies habían pinchado un mensaje: «El que toque este cadáver será condenado a la horca. Ha sido ajusticiada por delatora, espía y agente de información del enemigo». Si verdaderamente han sido los guerrilleros, no tienen perdón. El asunto no está claro. Los hay que sostienen que en realidad la ha matado un vecino por una rencilla sobre unas lindes y que ha dejado esa misiva para alejar las sospechas. Por si acaso y como cada acción tiene su reacción, los Guardias han detenido a tres masoveros por encubrir y auxiliar a bandoleros. ¿Qué será de ellos?

30 de septiembre de 1947

Se cumple un año del asesinato de Felisa, la mujer del Pinchol, a manos de la Guardia Civil, aquella señora que dijeron que se había suicidado y que tanto apenó a Fermina. La noche de San Miguel un grupo de guerrilleros ha asaltado Gúdar y ha cometido una atrocidad aún mayor. Han disparado sobre una familia de nueve personas, entre ellos dos niños. Sólo ha sobrevivido un bebé que su madre tenía puesto al pecho. Una venganza sanguinaria, repugnante. Si el tal Pinchol la ha organizado, no sé cómo los demás guerrilleros lo han secundado. Me extraña que eso sea admisible en una organización que dice recibir órdenes directas de dirigentes en el exilio. Les suponía más cabeza y más templanza. La guerra no se hace así y, si esa es la revolución que tienen en mente, la rechazo. Ha debido de ser terrible. Quien haya entrado primero en la casa y haya descubierto los cuerpos, no sé si alguna vez podrá borrar la escena de su cabeza. En estas situaciones doy gracias de que no me haya tocado a mí.

Pero no acaba ahí el escarmiento, también han colocado una bomba en el cuartel. Se ha llevado por delante a varios guardias y a la mujer de un cabo con su niña. Aseguran que la familia asesinada era la que había delatado a Felisa un año antes, pero ¿qué culpa tienen los niños? Vaya regreso para Araceli. Me mira perpleja y desolada. Y eso que he logrado que no se enterara de todos los médicos y practicantes que han detenido o fusilado este verano.

5 de octubre de 1947

Domingo, por fin tengo un momento para abrir este cuaderno. Araceli se ha ido a misa. Ella da la cara por los dos. Dice que al final hasta le va a coger gusto a eso de la religión, porque es el único momento de paz de la semana. La venganza sanguinaria ha tenido su respuesta. Estos maquis no sabían a quién se enfrentaban cuando perpetraron el horror de Gúdar. Pizarro no es un gobernador civil como el anterior. Es un militar, un estratega que ha venido a librar una guerra con mentalidad de guerra. Tiene permiso de Franco para proceder como considere. Es libre de tomar las decisiones que quiera, se ajusten a la ley o no, porque la ley en este momento la dicta él a conveniencia. Es como volver diez años atrás, a lo peor de la guerra. Se respira rencor.

Los españoles no sabemos disentir y si además se mete por medio el ejército, sólo puede acabar en desastre. En Gúdar han detenido a once vecinos. Imagino que eran sospechosos de ser enlaces o confidentes de los guerrilleros. Se ve que once les parecían pocos, así que tengo oído que mandaron sacar a otros once de la cárcel de Aliaga. Está claro que han echado cuentas y han decidido cobrarse dos vidas por cada una que se llevó el maquis. A todos los han fusilado, salvo uno que se ha salvado, quién sabe cómo y por qué. Es el que lo ha contado. Veintidós personas que ni siquiera eran soldados, simples vecinos.

Cuando me desterraron, le dije a Araceli que peor que la guerra no sería. Cómo me equivoqué. Este nivel de crueldad no se veía ni el frente. Gúdar está lejos de aquí. Si tuviera que ir a caballo o con la bicicleta, echaría una jornada completa, pero lo siento como si estuviera al lado. El pánico no tarda en extenderse como mancha de aceite.

19 de octubre de 1947

Fermina está muy alterada. He tenido que darle un tranquilizante. Ha llegado a la carrera. Ayer detuvieron a un vecino de su pueblo. Se lo han llevado a la cárcel de Alcañiz. También se han llevado a otro en el pueblo de al lado. Estos

sí que son mis pacientes, la gente que yo atiendo. Parece que el primer hombre es mayor y pariente del Cona. El otro, labrador, pastor, trabajador de las minas, en fin, que se gana la vida como puede saltando de oficio en oficio (como casi todos aquí), es joven. Dicen que es hermano y tío de dos guerrilleros. Esas son sus culpas: tener parientes. Ah, y haberse declarado partidarios de la República en el 32, claro.

20 de octubre de 1947

Siguen llevándose vecinos. Esta vez ha sido la señora Micaela. Eso sí que no me lo explico. Por lo visto, el hombre joven que detuvieron el otro día es su hermano, el que la ayuda con el horno desde que el marido huyó al monte. He tenido que sujetar a Fermina, quería plantarse en casa del alcalde a clamar por su inocencia. No creo que él vaya a ayudar en nada. Más bien lo contrario. Es un hombre demasiado cobarde, pusilánime. Dice Fermina que han registrado la casa de Micaela de arriba abajo buscando al marido y al hijo, que según los guardias pernoctan allí casi todas las noches. Al no encontrarlos, se la han llevado a ella. Está presa en Mas de las Matas. No me quiero imaginar el interrogatorio. Pero eso ahora no es lo que más inquieta a Fermina. Lo que la tiene fuera de sí es que han herido a una niña, la hija menor de esta familia, una chiquilla de nueve años. Me la va a traer ahora.

Nieves cierra el cuaderno, sobrecogida. Es la última anotación. Mira a Jacinta. Está muy seria, no dice nada.

—Lo encontré escondido en la cómoda. También hay informes, circulares, partes... Para mí que esa niña es Clementina, la abuela de Micaela. ¿No crees?

Jacinta se toma unos instantes antes de contestar:

—Vas a revolucionar a toda la comarca.

Se levanta, recoge su bolso para marcharse. Nieves va tras ella.

—Espera un momento. No te vayas.

—No puedo ayudarte, Nieves. No me corresponde. Si quieres tirar adelante, allá tú, pero yo me lo pensaría. Creo que te estás metiendo en algo que nos queda grande.

La bandeja del café y las pastas estaban ya en la mesa cuando ha llegado. Pero Nieves no se ha sentido bienvenida. La Clementina que dejó ayer era doméstica, una Clementina de interior, mientras que hoy no viste la bata de andar por casa, sino vestido y rebeca, como si se presentara delante de extraños y tuviera que protegerse. Nieves no comenta nada, saca su cuaderno, dispuesta a anotar.

—¿Le parece que sigamos hablando de su madre, Clementina? Me decía ayer que tenía mucho valor.

—Es que... —Clementina no acaba la frase.

—¿Qué?

—Que todo esto que le estoy contando... ¿Qué va a hacer usted con ello?

—Le expliqué que es por Micaela. Bueno, y por usted también. ¿No le alivia un poco hablar?

Con el mismo gesto de Micaela, Clementina se encoge de hombros.

—No quiero que en el pueblo se hable de mí. Y de ellos menos.

—No se lo voy a contar a nadie del pueblo. Le di mi palabra. Lo que pensaba proponerle cuando acabemos es que se lo contemos a su hijo y a su nieta. ¿No cree que sería bueno que lo supieran?

—Yo qué sé. Lo que alivia a unos hace daño a otros.

—No vamos a consentir que nadie les haga daño. Ni a la niña ni a usted. Mi obligación es protegerlas.

Clementina sopesa unos instantes. Nieves respeta su silencio.

—Mi madre era una mujer como no he visto igual.

—Ayer no me contó cómo murió.

Clementina suspira para tomar fuerzas.

—Era octubre. Estaba oscuro, los días para esas fechas son más cortos. En la cocina estábamos mi madre y yo. Mi tío se había ido a atender a sus animales. Habíamos cenado y ella me enseñaba a hacer punto. Como en casa solo había una bombilla, allí era donde nos juntábamos. Tenía yo ilusión por mandarle unas manoplas a mi padre. Las manoplas son más sencillas que los calcetines y se tejen deprisa. Tocaron a la puerta con unos golpes muy fuertes: «¡Guardia Civil, abra!». Mi madre me mandó para dentro y salió a abrir. Eran dos guardias con algunos del somatén. Desde la alcoba oía los pasos.

—¿Por qué tantos hombres? ¿Era normal?

—Los guardias le habían cogido prevención a ir solos. Se hacían los valientes, pero tenían más miedo que vergüenza. Yo había aprendido por las malas que cuando la gente tiene miedo es más peligrosa. Preguntaron por mi padre y por mi hermano. Y ella venga a decir que no estaban, que registraran la casa si querían. Ellos sabían que los escondíamos muchas noches. «¿Para quién estás haciendo esos guantes?», le preguntaron. Así, tuteándola, sin respeto ninguno; a mi madre, que era una mujer de cincuenta cumplidos. Yo había dejado la labor sobre la mesa, sin cuidarme de esconderla.

Hay pesar y culpa en los ojos de Clementina. Cuántas veces a lo largo de su vida le habrá dado vueltas a ese detalle.

—En la alcoba, escondida debajo de la cama, pensé en la otra vez cuando había acompañado a mi padre a los almendros y los guardias lo habían abofeteado. Esta vez no iba a quedarme quieta. Salí derecha a la cocina. La tenían agarrada por un brazo. Uno la zarandeaba y otro le daba capones, como a un niño chico, porque nada de lo que les respondía les gustaba. Mi madre me miró. Quería que me quedara escondida, pero yo dije: «El punto es mío, las manoplas son para mí». «Enséñame las manos», dijo uno, y se las enseñé, otro me dio un sopapo en ellas bien fuerte. «¡Embustera!», dijo y todos se rieron. Debí ponerme colorada de la vergüenza y del coraje. Mis manos eran demasiado chicas para esas manoplas. «Anda, enséñanos por dónde entran tu padre y tu hermano». No me moví. No me moví porque no lo sabía. Ya se encargaba mi madre de que yo no me enterara. Lo único que sabía era que no pensaba dejarla sola, no iba a consentir que la trataran como a un perro. Intentaron engañarme a ver si picaba: «Si lo sabemos, si tu tío nos lo ha contado».

—¿Era verdad? ¿Se lo había contado?

—Qué va. Cualquiera que conociera a mi tío sabía que en la vida hubiera delatado a su cuñado y a su sobrino. Era un hombre buenísimo, alegre. Lo querían todos. Ni en la guerra se metió con nadie. Le parecían mal los que quemaban iglesias y curas y todas esas barbaridades que hicieron algunos. Lo único que hacía era echarnos una mano a nosotras, pero en política no se metía. Tenía sus ideas, como todos, porque el apolítico no existe y menos por estos pueblos, pero mi tío no había hecho mal a nadie.

—Y ¿entonces?

—Pues eso. Ellos, venga, erre que erre con que mi tío había cantado. Me ardía dentro la rabia de ver cómo maltrataban a mi madre, les contesté: «Mi tío lo único que canta son las jotas mejor que nadie». Y ellos otra vez a reírse. Como ni mi madre ni yo contestábamos lo que ellos querían oír, uno que mandaba más que los otros preguntó: «¿Qué otras puertas tiene esta casa?», y me miró a mí, para que se las enseñara. Como no me movía, me agarró por el cuello y me arrastró hasta la escalera. La de días que tuve esos dedos marcados en el cuello.

Clementina hace una pausa y mira la taza de Nieves.

—Se le va a enfriar el café.

—No pasa nada, luego lo calentamos. Siga contándome.

—No es bonito de recordar.

—Lo sé.

—Se lo cuento porque dice mi hijo que con usted se puede hablar, pero a nadie se lo he contado así.

—¿Así cómo?

—Pues entero, con los detalles. ¿Para qué? ¿Usted cree que me iban a creer? Mi hermana lo sabe, y mi cuñado, que es el que me encontró, pero los otros...

—Vamos a volver atrás. Nos hemos quedado en que uno la agarró a usted del cuello y la llevó para la escalera.

—Eran varios, y entre que ellos me zarandeaban y que yo me defendía, me caí rodando.

—¿Se cayó o la tiraron?

—No lo sé. Puede que sí, puede que el bestia aquel me empujase, pero la cuestión es que tampoco logré agarrarme. Mi madre oyó el

golpe y me llamaba, porque moverse no podía, la tenían atada en la cocina. Ellos bajaron, revolvieron todo lo que quisieron y rompieron otro tanto, igual que hicieron arriba, como si lo que les interesara fuera que en aquella casa no quedara una silla en pie ni un colchón sin reventar ni una tinaja sin hacer añicos. Todo lo destriparon por ver si escondíamos papeles o armas o qué sé yo.

—¿Y usted?

—Pues abajo, tirada al final de la escalera. No podía moverme.

—¿No la levantaron? ¿No la ayudaron?

Clementina niega.

—Pero ellos eran adultos y usted una niña.

—Bueno. Hija de rojos. Se pensarían que me quejaba por quejarme, como si fuera una artimaña para distraerlos.

Clementina calla, recreándose en su recuerdo.

—¿Y después?

—Nada más. Oí la puerta, oí a mi madre, que me llamaba mientras se la llevaban. Ya se hizo el silencio y entonces, de lo que me dolía o yo qué sé, debí de perder el conocimiento. Moverme, de todos modos, poco me podía mover.

—¿Y su tío?

—Lo habían prendido antes. Lo tenían encerrado ya.

—¿Y la dejaron a usted sola allí?

Clementina asiente y se incorpora.

—Vamos a calentar ese café. ¿O prefiere que le haga uno nuevo? A Joaquín no le gusta el café recalentado. Es muy puñetero para eso. A mí no me importa.

—A mí tampoco.

Nieves la sigue. La observa entre cacerolas y fogones.

—¿Y entonces qué hizo usted? ¿Quién la encontró?

—Por la mañana se presentó Cosme, mi cuñado, buscando a mi tío porque había quedado en pasarse para echarle una mano con una cabra preñada, mi tío se daba mucha maña con los animales, más que el veterinario este de ahora, y no había aparecido.

—¿Seguía usted en el suelo?

—Si no podía levantarme. Y la casa, patas arriba. Me recogió y me llevó a su casa en brazos.

—La rotura sería dolorosa.

—Mucho, tenía rota la pierna por varios sitios y algo en la cadera y el hombro roto también.

—¿La vio algún médico?

—Una que se llamaba Fermina, la huevera... Ya murió Fermina. Diez años hará lo menos. Era amiga de mi madre, aunque mi madre siempre nos advertía que ojo porque era chismosa, pero con nosotros se portó bien. Fermina me llevó al médico.

El médico. Nieves sabe qué médico.

—¿Cómo era?

—Muy fino. Su mujer muy guapa. No eran de por aquí. Hizo lo que pudo, pero dijo que lo suyo era que me llevaran a Teruel con urgencia, que me tenían que hacer radiografías y operarme para poner unos clavos.

—¿Y la llevaron?

—Los de la Falange del pueblo no consintieron, por seguridad, dijeron, por si hacía falta interrogarme como testigo.

—¿Y de su madre y su tío? ¿Le dijeron algo a su hermana? Dónde estaban, por qué se los habían llevado...

—No daban explicaciones. Mi padre y mi hermano estaban en el monte. Con eso bastaba. «Si se los han llevado, algo habrán hecho», dijo el alcalde. Y esa era toda la explicación. Mi hermana estaba tan asustada que no sabía ni dónde meterse. Esto ya está. Traiga.

Nieves acerca su taza. Clementina la colma de un café dulce y caliente.

—¿Le gusta la nata o la quito?

—Me gusta. ¿Y dónde se llevaron a su madre y a su tío?

—No te lo decían. No sabíamos dónde los habían metido. Mi hermana puso un telegrama a Logi y a Salva, mis otros hermanos. Se presentó Logi. A Salva no le dieron permiso en el Parque Móvil y menos para una cosa así que no se podía contar. Con tan mala pata o tan buena, según se mire, que, según Logi llega con la camioneta a Alcañiz, ve cómo de un camión bajan a unos cuantos para meterlos en la cárcel. Una era nuestra madre y otro nuestro tío.

—¿En serio? ¿Y qué hizo?

—Pues echar a correr, eso es lo que hizo. Los llamó, la vieron, pero no pudo hablar con ellos, no consintieron los guardias. Dice que iban atados los dos, con cara de no haber ni dormido ni comido en todos esos días. No iban solos. Siete u ocho eran. Iba otra señora que luego se amigó con mi madre, Aurora; otro que era pariente de ella o de su marido, el Cona, vecinos del pueblo de mi tío; otra chiquita más joven y un par de hombres más. Cuando mi hermana vio a mi madre y a mi tío presos como delincuentes y que cerraban el portón tras de ellos, casi se cae redonda.

—Una vez que supieron dónde estaban, ¿qué hicieron? ¿Se sabía de qué los acusaban?

—¿No ve que estábamos bajo el decreto del bandidaje? Eran juicios militares, hacían lo que querían. Mis hermanas se organizaron para llevarles ropa limpia y comida. Todos los días iban.

—Alcañiz está a una buena tirada.

—Sí, todos los días. Cinco horas andando. Cinco de ida y cinco de vuelta para verla a lo mejor un cuarto de hora.

—¿Quién se ocupaba de cuidarla a usted?

—Mi hermana y mi cuñado me tenían con mi pierna entablillada. El doctor me la compuso como pudo. Aunque él sabía mucho, la rotura era muy mala y... Yo solo quería ver a mi madre. Y mi madre por lo visto otro tanto, porque lo último que había sabido de mí era que me había caído por la escalera. Cuando le decían que estaba bien, no se lo creía. «Si está bien ¿por qué no viene a verme?». Y un vecino me llevó en el carro.

—¿Y pudo verla?

Clementina asiente, conmovida.

—Se quedó tranquila. Yo estaba hecha una pena con el brazo en cabestrillo y la pierna escayolada, pero para dar mejor impresión mis hermanas me habían arreglado y hasta me habían hecho un vestido con unos retales. Y ese consuelo nos quedó, que por lo menos, donde la llevaran después, fue tranquila porque sabía que yo estaba cuidada.

—¿No volvió a verla?

—Al otro día, cuando volvió mi hermana se dejó caer en la silla. Le costaba hasta hablar. «Que ya no están». «¿Y dónde están?», preguntamos nosotros. «Que los han soltado». «¿Y si los han soltado cómo es que no están aquí?». Logi se echó a llorar. «¿Y los otros? ¿Le has preguntado a Aurora? Igual nos dejó recado con

ella», dijo Sabina. «Aurora tampoco está. Ninguno de los que entraron con ellos está». Las manos le temblaban.

—¿Y usted qué pensó?

—Regañé a mis hermanas: «¡No lloréis! ¡No lloréis! ¡Marchad a buscarla!». Mi cuñado dijo que tenía yo razón y que a lo mejor habían huido al monte con mi padre y con mi hermano Joaquín.

—¿Fue así?

—Buscamos y preguntamos, lo que podíamos y a quien podíamos. Y ahí nos ayudó Fermina, porque, con lo de vender los huevos por las casas, tenía mucho movimiento y podía hablar con unos y con otros, que a nosotros los del somatén no nos quitaban el ojo de encima. Y los que no eran del somatén, pero como si lo fueran.

La luz está bajando. Es la hora que le gusta a Micaela. Nieves calla. Tiene los dedos rígidos. Ha debido de agarrar el bolígrafo con demasiada tensión. Clementina también guarda silencio y suspira.

—No ha tenido más hijos que Joaquín, ¿verdad?

—Me hubiera gustado, pero no vinieron.

—¿Y con sus hermanos? Quiero decir, ¿hablan ustedes de sus padres?

—Unos siguen en Barcelona y la otra, ya se lo conté, en Barbastro con el marido. Todos se fueron. Mejor. Una se cansa, ¿sabe? Hasta de los recuerdos se cansa, y de que la miren mal no le digo.

—¿Se juntan alguna vez?

—Poco. Si nos juntamos, pasa eso, que todos lo pasamos tan mal que para qué.

—Entonces, ¿de su madre y de su tío no volvieron a saber nada?

—Les darían el paseo y los enterrarían en una cuneta. Como a tantos. Por eso lloraban mis hermanas. Porque sabían que cuando

alguien desaparecía de la cárcel, malo.

—¿Y se lo pudieron contar a su hermano y a su padre?

—Yo ya no estaba aquí. Al poco, el tribunal de menores de Alcañiz me mandó al hogar del Auxilio Social en Zaragoza.

—¿Y eso?

—Lo llamaban hogar, pero si aquello era un hogar que venga Dios y lo vea. Palo y tentetieso, así era la educación. Cinco años estuve. Y luego me mandaron a servir.

—¿Entonces tampoco volvió a ver a su padre?

Clementina niega.

—Al año apareció muerto mi hermano y mi padre huyó a Francia. De eso me enteré muchos años después. En el Auxilio Social no nos contaban nada. Las cartas las abrían y si les parecían mal no te las daban, o las ponían llenas de tachones.

—Perdió a la mitad de su familia de un día para otro.

—Sí, hija, sí. De ciento en viento, si un compañero en Francia venía para España mi padre le daba una carta para mis hermanos. Estuvo allí poco más de seis años y luego le salió un cáncer y se murió. No, no volví a ver a ninguno.

Nieves mira a Clementina. Hace rato que no toma notas. Piensa en esas cuatro sombras sin rostro ni lápida: un padre, una madre, un hermano, un tío.

—Lo siento muchísimo.

Clementina asiente y suspira:

—¿Me prende la lámpara, hace el favor? —Nieves enciende—. Saber que estaban muertos, pero sin saber dónde están enterrados, sin poder preguntar ni mentar sus nombres en alto porque no sabes quién te puede estar escuchando... Eso hay que vivirlo.

—¿Te apetece dar un paseo?

Micaela se encoge de hombros.

—Vamos a andar un poco. Ponte la chaqueta —dice Nieves y se pone el abrigo—. Hay que aprovechar este sol.

La niña la sigue como un autómata. Cruzan la plaza y enfilan hacia la iglesia. Yolanda le ha recomendado que no la deje sola, aunque no quiera dibujar, aunque esté poco comunicativa. Jacinta en cambio la ha llamado a capítulo: la niña tiene que volver a clase. Entre una y otra, Nieves se debate.

—Micaela, he estado pensando que igual podemos ir juntas a ver a tu abuela. ¿Sabes que cuando tenía tu edad le ocurrió una cosa muy importante?

Micaela no contesta. Nieves no se desanima:

—He ido a verla varias tardes y me ha contado cosas de cuando era pequeña. Algunas son difíciles, porque eran tiempos muy duros, vivían de una manera muy diferente a como vivimos ahora.

—Ya, porque había una guerra. No pienso ir —zanja Micaela, categórica.

Han llegado junto al coche, el Mini rojo que tanto le gusta a Micaela.

—Sube.

A pesar de que es muy tentador (desde que fueron juntas al hospital para las pruebas no ha vuelto a subirse al Mini), Micaela no parece dispuesta a aceptar.

—No te preocupes, que no vamos a casa de tu abuela, vamos a dar una caminata. Necesito estirar un poco las piernas, llevo todo el día sentada. ¿Tú no?

Nieves aparca en el mismo lugar de la otra vez. Caminan bajo las copas de los árboles por senderos apenas dibujados, Nieves busca hitos que le recuerden el camino. Intenta alimentar la conversación:

—Cuando éramos pequeños, mi hermano se apuntó a los scouts, pero yo no. No era muy aventurera. Bueno, y me daba un corte terrible hablar con los otros niños. Era tímida, ¿sabes?

—¿Qué son los scouts?

—Unos clubs para hacer excursiones y acampadas. Ahora me arrepiento. Seguro que conocería los nombres de todas estas plantas.

—Esto es un enebro y esta una carrasca. Eso es salvia y esto lentisco —Micaela va señalando.

—La carrasca la reconozco. En Madrid la llamamos encina. En la Casa de Campo hay muchas.

—Esa es la brufolaga —indica Micaela.

—¿Cómo?

—Bru-fo-la-ga —repite la niña—. Sirve para curar a las ovejas. Cortas un poco, se lo atas al morro y se curan.

—Cuánto sabes. A lo mejor te gustaría ser veterinaria.

—Se lo veía hacer a mi abuelo.

—¿Le echas de menos?

Micaela asiente.

Por fin alcanzan la muela. Nieves se detiene. Observa si la niña reacciona al paraje, a los pliegues y cuevas donde se erigía el campamento maquis.

—¿Conocías este sitio?

—No lo sé. Me asusta. Es triste.

—¿El qué? ¿Las rocas? ¿Las rocas te parecen tristes?

—Estamos muy lejos del coche. Vámonos —pide Micaela.

—Enseguida, no te preocupes. Solo quiero que hablemos de tus dibujos y que me expliques si estas rocas te recuerdan a ellos.

La niña está paralizada.

—Quiero ayudarte, Mica. Creo que, si hablamos de tus dibujos, te ayudará a dormir por las noches. ¿No tienes ganas de volver al cole, a los amigos...? Doña Jacinta te echa de menos.

—Dame la mano, agárrame fuerte.

—No nos va a pasar nada, te lo prometo. Estamos juntas.

Micaela tira de ella.

—No quiero perderme. No quiero que me encuentren y me lleven.

—No te vas a perder, estás conmigo.

Al fin, la niña se deja conducir, aferrada a su mano. Le muestra lo que Joaquín le mostró:

—Aquí tenían la cocina. Contra ese muro se hicieron una cabaña donde dormían. Mira, y esta era la despensa... ¿Y sabes que también tenían una escuela? Los que sabían enseñaban a leer y a escribir a los que no.

Intenta darle cuerpo, realidad a la fantasía, como le ha indicado Yolanda. Le dice que el padre de su abuela y su hermano vivieron un

tiempo aquí escondidos. Y que la abuela hacía dibujos que adornaban esas paredes. Micaela no quiere escuchar.

—Vámonos...

—El hermano de la abuela se llamaba Joaquín, como tu padre. Tu abuela le puso su nombre porque lo quería mucho.

—Vámonos, por favor.

A Nieves le duele la mano de la fuerza con la que la agarra Micaela. Sin embargo, esta agitación no anuncia una ausencia. La niña está bien presente.

—Solo hay una manera de no tener miedo, Micaela, conocer la verdad y comprenderla. Entonces, lo que parece un monstruo gigantesco se hace pequeño y, aunque sea igual de triste, no nos devora.

En el Mini rojo de vuelta al pueblo, Micaela parece más segura y relajada. Mira pensativa el paisaje por su ventanilla y, de golpe, pregunta:

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Ese otro Joaquín, ¿dónde está ahora?

—¿El hermano de la abuela? Murió, pero no sé con seguridad cómo.

—¿Y los demás? ¿Por qué se fueron del campamento?

—Sé que hubo un incendio y los hombres huyeron. Bueno, unos huyeron y otros murieron y otros acabarían en la cárcel. Tenemos que preguntárselo a tu abuela.

—¿Se quemó todo?

—Creo que sí.

—¿Los dibujos de mi abuela también?

—Me imagino.

La niña calla, sopesando. Nieves sugiere:

—A lo mejor un día podemos dibujar con ella. Y le preguntamos por ese Joaquín que era su hermano.

La niña no responde, pero tampoco niega.

Cuando la deja en casa, Nieves piensa que no está haciendo las cosas tan mal.

—¿Cómo está, Clementina?

—Pase, pase.

—Hoy vengo más tarde porque he subido al monte con su nieta a ver los restos del campamento guerrillero.

—¿Todavía están allí?

Nieves asiente.

—¿Querría usted venir un día conmigo?

—Uy, tal y como estoy... Pero sí, algún día me gustaría. ¿Y cómo va la Mica?

—La veo mejor. Creo que le ayudaría mucho que usted le contara su historia como me la ha contado a mí.

Para no contestar, Clementina agarra su muleta y se mete en la cocina.

—Voy a poner el café.

Trastea entre pucheros, saca un pañuelo del bolsillo y Nieves ve cómo se seca los ojos. Cuando regresa con la cafetera y las pastas, no tarda en responder:

—No son cosas que se puedan contar a una niña y menos si está delicada.

—Micaela ya las sabe. Las ha imaginado cogiendo un poco de aquí y un poco de allá. Si la niña lo oye de sus labios, la aliviará.

Clementina calla, no está convencida. Nieves deja sobre la mesa una carpeta.

—Le voy a enseñar unos dibujos que ha hecho...

Clementina mira los dibujos, en silencio: el carro del que cae sangre..., las chicas bailando entre ellas porque no hay hombres..., las agujas y el ovillo para tejer..., el fuego que abrasa el campamento..., la casa en la que no se puede entrar porque hay que entregar las llaves...

—Muchas cosas las entiendo después de lo que usted me ha contado, pero hay otras que no.

Clementina toma el del carro.

—Habría pasado una semana o así y seguíamos sin saber nada. El médico le había dicho a mi hermana que para mis huesos era importante que me diera el sol, conque todos los días me sacaban un rato a la calle. Me entretenía copiando las tareas de la escuela, aunque enseguida me distraía dibujando porque entonces era yo muy fantasiosa y me gustaba pintar más que las sumas y las restas.

»Un día, por ver lo que dibujaba, se me arriman otros niños. Zagales del pueblo. Y en esto que noto que dos cuchichean no sé qué de un carro, conque los llamo y echan a correr. Pero una que se había quedado, que era más amiguilla mía, los había oído. ¿Y sabe usted lo que andaban diciendo? Demonio de críos, el daño que pueden hacer. Que mi madre y mi tío estaban muertos. Uno de ellos era de Rovelo y se había cruzado con un carro que cargaba unos

fardos tapados con una lona. Pero de los fardos asomaban faldas y piernas con pantalones y por donde pasaban dejaban un reguero de sangre. Debajo de la lona sobresalían unas botas muy brillantes. Eso contó el de Rovelo.

—¿Unas botas? Micaela se asustó mucho cuando vio unas botas en mi casa.

—A mi tío, ya le dije que era soltero, le gustaba ir muy curioso. Llevaba siempre las botas relucientes como un espejo. Hasta en la cárcel me figuro que se lustraría los zapatos. Por ese detalle supe que lo que contaba el zagal era verdad. Uno de esos fardos era mi tío. Una cosa así no se inventa.

—¿Y le dijo dónde iba el carro?

—Decían que al cementerio de Rovelo.

—¿Y usted qué hizo?

—Nada. En ese momento, nada. Callarme y meterme en la cama. «¿No tienes ganas de comer?», me preguntaba mi hermana, extrañada porque en aquel entonces hambre siempre había. Me puso la mano en la frente, pero fiebre no tenía. Lo que tenía era pena y angustia. Así que esa es la historia del carro.

—¿Y cuándo lo contó?

—«¿Y qué te pasa?, ¿y qué te pasa?». Al final me lo sacó. Tuvo que sentarse, casi se desmaya.

—Y fueron a reclamar los cadáveres, me imagino.

—Eso era impensable. ¿A quién? Los guardias nos habían dicho por activa y por pasiva que los habían soltado y que, si no volvían, era porque no les daba la gana. Que se habrían escapado con mi padre y con mi hermano, que eran todos bandoleros. De ahí no los sacabas.

Clementina calla unos instantes, vuelve a mirar el dibujo.

—Hasta que no lo he visto..., no he vuelto a acordarme. A los pocos días fue cuando una del Auxilio Social vino con el cura y se me llevaron. Según ellos, mi hermana y mi cuñado no eran moralmente aptos para educarme.

—¿Esos fueron los argumentos?

—Sí, hija. Eso dijeron. Moralmente aptos. Mi hermana se lo puede confirmar, porque, como a mí, no se le olvidará nunca.

—Qué duro para una niña encontrarse allí sola. Lloraría mucho.

—En el hogar te enseñaban a no llorar. Si llorabas era peor. Aparte de que, para que las lágrimas sirvan, tiene que haber alguien a quien le den lástima, ¿no? Me volví como una piedra. Así tenía que ser.

Nieves asiente.

—¿No tiene ninguna foto? Sería bueno para Micaela ponerles cara a sus familiares.

Clementina respira hondo y calla.

—Aunque sea una foto pequeña, de carné, no sé, de la documentación que dejaran... ¿No guarda nada de nada?

—Mire usted ahí.

Clementina indica un mueble con platos de cerámica, recuerdos, adornos y unas guías telefónicas.

—Suba, súbase a la silla, sin miedo, que no se rompe. Está usted muy delgadita.

—¿Aquí?

—Más arriba. No. Detrás de las guías. Mueva un poquito la figura.

Nieves rebusca en el estante más alto. Oculta tras las guías, hay una caja de latón con los picos oxidados y un pequeño candado.

—¿Esto?

Clementina asiente.

—Deme. La llave la llevo siempre encima.

Nieves le entrega la caja. Clementina la coloca cuidadosamente sobre la mesa, tira de una cinta que lleva bajo la blusa. Una llavecita cuelga de ella. La introduce en la cerradura. Son fotos antiguas de bordes festoneados. Las va extendiendo con mimo, contenta de reencontrarse con los ausentes.

—Fíjese. Mire. Mi padre. Y este mi hermano Joaquín. Qué ojos, ¿verdad? Mi madre. Y este mi tío. ¿Lo ve cómo era de presumido? Pues ahora ya lo sabe todo.

A los de Rovelo les gusta presumir de que está cerca del cielo y allí es donde mira mientras asciende por las empinadas calles que llevan a los restos del castillo, ese que se dice que fue morada del mismísimo Cid Campeador. El cementerio está delante de la iglesia de la Asunción y tiene un cierto aire europeo. A diferencia de los abigarrados cementerios madrileños que conoce, verdaderos barrios de los muertos, aquí las tumbas disponen de distancia entre ellas y el amplio espacio se cubre de hierba en verano y de nieve en invierno. Mientras pasea entre las lápidas y lee los nombres, Nieves recuerda algo que ha leído en algún manual de psiquiatría: «Una estrategia para sobrevivir en circunstancias adversas es dejar de lado las emociones dolorosas sin traducirlas a palabras para que no cobren cuerpo. Así quedan congeladas en nuestro interior, con el inconveniente de que tienden a rebrotar cuando menos lo esperamos, habitualmente en la siguiente adversidad». ¿Puede ser eso lo que le ha pasado a Clementina?, ¿que la muerte de su marido ha despertado pérdidas más antiguas? ¿Es eso lo que Micaela percibe en su abuela, un gran desorden interno, al que ha aprendido que es mejor no asomarse?

Tiene que planteárselo a Yolanda la próxima vez. Callar lo incómodo, olvidar y tirar para adelante. ¿Acaso no hacemos eso la

mayoría? ¿No es el mecanismo del olvido una bendición sin la que vivir sería imposible? Jacinta procura hablar poco de su marido y de cómo se adapta a esta etapa sin él. Ella misma no le ha hablado a Jacinta de la penosa decepción que supuso la marcha de Manuel, de los días tan malos que pasó sola en la insípida casa común, de lo que le costó presentarse en la consulta al día siguiente y de cómo escondió tanto tiempo como pudo la verdad a sus padres y a Loreto, la enfermera, por vergüenza, nada más que por ahorrarse el bochorno. No le ha confesado a nadie cómo, cuando ya no pudo estirar más la situación, mintió, les contó que Manuel se había ido a un curso y que volvería. Y lo hizo, no porque ella creyera que iba a regresar, desde el principio entendió que no habría reconciliación, sino porque dar explicaciones, escuchar otras opiniones, interpretaciones y análisis, recibir consejos y rebatir comentarios, hubiera sido obligarse a pasar otra vez por ello e incluso, tal vez, volver a discutir con su padre, algo de lo que no tiene gana ninguna y menos en aquel momento. Se basta sola para dar vueltas a sus debilidades, no necesita público. Eso se dice y despeja a Manuel y a su padre de la cabeza según echa un vistazo a las últimas lápidas y termina el recorrido por el cementerio.

No ha encontrado una sola tumba que ofrezca una pista. Se acerca a la pequeña construcción que hace las veces de oficina y toca con los nudillos. La puerta parece abierta y cede. Cuando entra, solo hay un hombre mayor con un perro negro al calor de una estufa de butano. Tiene en la mano un transistor que escucha con ojos cerrados y un auricular colgando de un solo oído. No se percata de su presencia; si no es sordo, le falta poco. Nieves se hace notar dándole unos golpecitos en el hombro.

—Buenas tardes, ¿me podría atender?

El hombre se sobresalta. Se quita el auricular y se pone en pie, servicial. Por lo humilde de su atuendo, Nieves deduce que se trata del conserje o del enterrador; si no son las dos cosas una sola.

—Buenas tardes —musita, poco acostumbrado al trato con el público, y menos en día de diario.

—Ando buscando el registro de un enterramiento que se hizo aquí en el año 1947. ¿Se pueden ver los archivos?

—¿Archivos? —responde el hombre completamente desconcertado —. El archivo soy yo.

Nieves sonríe, intentando que no se note lo estrambótica que le ha resultado la respuesta.

—Preferiría ver el libro o los documentos que guarden ustedes. Año 1947. Noviembre.

El hombre permanece quieto, como su perro, que tampoco se ha inmutado ante la presencia de Nieves y continúa plácido su siesta.

—¿Los tiene? ¿Se pueden ver? Perdone, no me he presentado. Soy médico. Estoy intentando localizar los restos de los familiares de una paciente.

—Pues si son del año 47 estarán más secos que la mojama.

Otra vez Nieves se sonríe. El hombre logra poner humor negro a su negro oficio.

—Sí, me imagino. ¿Dónde podrían estar esos registros?

El hombre se agacha y saca una llave de un cajón del desvencijado escritorio. Parsimonioso, hace apartarse al perro.

—Quita, Fenómeno.

El perro se retira, lento y sufrido como su dueño, y el hombre abre la puerta de un archivador metálico. Rebusca entre los libros de

asiento y al fin elige un grueso tomo. Lo deposita sobre la mesa y Nieves repara en sus grandes manos, cuya piel está completamente cuarteada. En algunos puntos, las grietas están en carne viva.

—Eso tiene que dolerle.

—A todo se acostumbra uno —responde, y empieza a pasar páginas mojándose cada tanto el índice en su gruesa lengua rosada.

Nieves no puede evitar acordarse de una película que vio con Manuel, *El nombre de la rosa.* Ese era el método de los monjes para proteger un libro prohibido y envenenar a sus lectores. Algo en este ambiente lúgubre remite a tiempos medievales. El hombre pasa páginas y más páginas.

—¿Hace mucho que tiene así las manos?

—Ni me acuerdo.

Pero Nieves tiene que dejar sus preguntas de médico porque ve cómo 1947 escapa y el hombre va por los asientos de 1950, 1951, 1952...

—¿Le ayudo?

—Es que hoy no me he traído las gafas —se disculpa el hombre según gira el libro y se lo ofrece.

Nieves retrocede hasta la fecha que le interesa. Son pocos los registros en el mes. Apenas tres. Un neonato y dos ancianos. Lo habitual en un pueblo de esas dimensiones para aquella época, calcula Nieves. Y ni los nombres ni las fechas de nacimiento coinciden.

—¿Solo existe este libro?

El hombre no contesta. La mira sin entender. Nieves repite la pregunta alzando la voz:

—¿No hay otro libro? ¿Otro cuaderno donde se anotaran las inhumaciones?

El hombre niega.

—¿Existe algo así como una fosa común? —insiste Nieves.

—A los que van a la fosa porque no tienen cuartos para pagarse la sepultura también se los apunta. A todos se los apunta.

Nieves cierra el libro, contrariada. Piensa unos instantes y luego pregunta:

—¿A todos? ¿Y se puede ver?

—¿La fosa?

Nieves asiente.

—¿De verdad es usted médico? Perdone que se lo pregunte.

Nieves saca el carné del colegio de médicos.

—Mucho que ver no hay, pero si quiere la acompaño. Vamos, Fenómeno.

Hombre y perro salen y Nieves los sigue. Detrás, en una zona discreta donde descansan las herramientas necesarias para cavar las zanjas y bajar los féretros, hay un sector limitado por un cerco de ladrillos que sobresalen de la tierra.

—¿Es eso?

El hombre asiente.

—¿Y cuántas personas cree que habrá?

—Personas, ninguna, cuerpos pocos. Afortunadamente en este pueblo quien más quien menos tiene cuatro perras para que lo entierren como Dios manda y no lo echen al hoyo como se entierra un carnero.

Nieves observa pensativa el cuadrilátero de tierra sobre el que crece espontánea y descuidadamente la hierba como en el resto del

cementerio.

—¿Algo más? —pregunta el hombre y se arrebuja en su zamarra, la tarde empieza a caer, y con ella el frío.

Nieves saca unas monedas del bolsillo y se las da.

—Muchas gracias. Si no le importa, me quedo unos minutos.

El hombre asiente de nuevo y se marcha.

—Fenómeno, vamos.

Pero Fenómeno quiere dejar su marca antes de irse (o quizá sea su particular homenaje a los difuntos), y vacía la vejiga sobre el reposo eterno de los esqueletos anónimos. Nieves vuelve a sonreír y tras echar un último vistazo al conjunto del cementerio, a las tapias, que le parecen bastante bien compuestas y arregladas, se marcha.

Están en el viejo despacho, los ha convocado para hablar abiertamente, sin los niños. Joaquín de pie, nervioso, alterado. Celia y ella sentadas.

—Mi madre no va a querer. Eso se lo digo desde ya.

—Tu madre también estaría mejor si pudiera dar sepultura a su madre y a su tío. Toda la familia lo estáis sufriendo. Micaela no es la única que está mal. También tu madre. Y no me extraña. Me pasaría lo mismo.

—Perdone que le diga, doctora, no seré yo quien quiera enmendarle la plana, pero estábamos bien hasta que se metió usted por medio. Y conste que sé que lo hace con la mejor voluntad, pero a veces me pregunto si...

Joaquín ha vuelto al usted, ajeno a la proximidad que tenían. ¿Es porque está delante su mujer? Celia le lanza una mirada y Joaquín no termina la frase. Nieves lo hace por él:

—Si no soy yo la que está perjudicando a Micaela en lugar de ayudarla. ¿Eso crees, Joaquín? ¿Y tú, Celia? ¿También lo piensas?

Celia intenta mediar:

—No es eso, doctora. No es eso. Es que a mi marido nunca le ha gustado meterse en política.

Joaquín vuelve a saltar:

—Me aseguró que lo que le contara mi madre no saldría de allí. ¿Y ahora quiere que se entere el pueblo entero?

—No es política, es humanidad.

Joaquín evita mirarla, su pie se mueve nerviosamente. Celia le toma la mano, la acaricia para calmarle, pero no surte efecto. Nieves envidia el gesto tan familiar:

—Podríamos hacerlo discretamente. Joaquín, no perdemos nada por probar.

—¡Ya le enseñé el campamento! ¡La llevé a ver a mi madre! ¡La convencí para que le contara! ¡¿Qué más quiere?! ¡¿Por qué no le basta?!

—Lo que va a ayudar a Micaela y a tu madre es conocer la historia hasta el final, lo que fue y lo que no.

Joaquín no soporta más y sale. Cuando oyen el portazo, Celia mira a Nieves.

—Mi suegra tiene miedo, no quiere significarse. Y Joaquín tampoco. Cree que le puede perjudicar en el trabajo. Sus jefes son muy mirados para estas cosas.

—¿Y tú qué crees, Celia?

—¿Se hace usted idea de lo que es abrir una fosa? No va a encontrar más que un montón de huesos, y esos huesos no van a devolverle a Clementina ni los años ni la salud ni el cariño que le robaron.

—Mejor estarán con una lápida donde podáis llevarles flores que ahí escondidos sin nombre, como los que no tienen quien les llore. ¿O en eso tampoco estás de acuerdo?

Celia duda. Nieves continúa:

—No hicieron nada para que los trataran como criminales. Cargáis con una vergüenza que no os corresponde.

Celia se levanta para irse.

—La verdad es que desde que se la llevó de paseo, Micaela ha dormido mejor. De un tirón.

—Pues entonces mándala a la escuela. Quedan pocas semanas de curso y es mejor que retome el hábito. Y no te preocupes, la maestra estará pendiente de ella.

—De acuerdo. Si consigo convencerla, la llamo.

La tensión de este largo día empieza a pesar y, aunque está cansada, se sube en el coche. En la carretera va madurando sus argumentos para una conversación difícil como la que ha tenido con Joaquín. Tendrá que manejar los términos con cuidado. Clementina la recibe en la puerta. Hoy sí viste su bata y su delantal, lleva un trapo en la mano y sonríe.

—Me ha pillado limpiando. No la esperaba.

En cuanto pasan a la sala, Nieves le suelta la propuesta a bocajarro:

—Clementina, estuve en el cementerio. Me parece importante localizar los restos de su madre y de su tío para darles sepultura. Tiene usted derecho. Se puede presentar un escrito al ayuntamiento y...

Clementina la interrumpe:

—Ya me ha llamado mi hijo.

Tenía que habérselo imaginado. Joaquín ha prevenido a su madre.

—Mire, Clementina, comprendo que solicitar la excavación de la fosa no es una decisión fácil y que querrá consultarlo con sus hermanos, pero tenga en cuenta...

Se interrumpe, porque Clementina se ha levantado, saca de un cajón papel y bolígrafo y se los tiende.

—No tengo que consultar nada. Escriba lo que tenga que escribir que yo lo firmo.

Nieves se sorprende. No esperaba una cooperación directa, sin condiciones.

—Mis hermanos podrán decir misa, pero yo quiero enterrar a mi madre y a mi tío como es debido.

—¿Está segura?

—¿Qué tengo que perder? ¿Echarme mala fama? En este pueblo saben todos de quién soy hija. Si Joaquín no quiere que le cuelguen el sambenito, bien está, que no se junte conmigo, que diga que son manías de vieja. Venga, escriba.

Nieves sonríe:

—Esta noche lo preparo a máquina y mañana se lo traigo para que lo firme. Y, Clementina, usted no es vieja. Le queda mucho por vivir.

Se ha despertado muy temprano. No puede encerrarse en la consulta. La impaciencia le hierve por dentro. Se calza las botas y sale por la zona de las huertas. Deja atrás el pueblo, a buen paso, carretera adelante. Hace tres días que entregó personalmente la solicitud en el registro del Ayuntamiento de Rovelo y todavía no hay respuesta. ¿Tanto trabajo tienen? ¿Y si llama para preguntar? Casi ha llegado al puente que conecta con el siguiente pueblo, mira el reloj y se da la vuelta. De cara viene otro paseante, bastón en mano y sombrero en la cabeza, buenas botas y traje de pana. Cuando se cruzan le reconoce. Es el veterinario. Se detiene, contenta de poder charlar con alguien de trivialidades y evadirse de sus pensamientos.

—Buenos días.

—¿Qué? ¿Dando un paseíto? —responde él.

—Estirando un poco las piernas, sí.

—¿Y no le ha explicado nadie, doctora, que entre las funciones de un médico rural no está la de sembrar cizaña?

La onda expansiva de su desprecio se clava en Nieves como un navajazo. Es hipersensible, apenas está aprendiendo a lidiar con la agresividad ajena. Incapaz de reaccionar, palidece. El tipo lo advierte.

—Pues piénselo bien, porque la cosa puede ponerse fea. Como los vecinos se quejen al Ministerio, le abren expediente y la ponen a usted de patitas en la calle.

Sin esperar respuesta, el veterinario continúa su paseo.

A esta hora aún no entra mucha luz en el dispensario. Se siente inestable, como si el zarpazo hubiera sido físico. Por suerte, Loreto, que suele llegar tarde, hoy ya está allí. Qué alivio encontrar una cara conocida.

—Buenos días, Loreto.

—Buenos días, Nieves. Si tienes un momento, me gustaría hablarte de una cosa.

—Claro —le dice mientras se pone la bata, saca el fonendo y enciende el flexo—. ¿Quieres que nos vayamos a tomar un café? Te invito. Queda un cuarto de hora para la primera cita ¿no?

—Prefiero hablarlo aquí si no te importa.

El tono formal sorprende a Nieves y repara en que Loreto va muy arreglada y está muy seria.

—Pedí el traslado más cerca de Zaragoza y me lo han concedido.

La noticia pilla a Nieves fuera de juego.

—¿Te vas?

Loreto asiente.

—Pero... Pensaba que estabas bien aquí. ¿Y tu marido? —pregunta, descolocada.

Loreto adopta un tono profesional y mecánico desconocido para Nieves:

—El mayor empezará pronto el instituto y preferimos que lo haga en Zaragoza. Además, allí viven mis suegros. Pepe se pedirá plaza en la central de la Caja de Ahorros.

—Pero ¿cuándo has pedido este traslado? ¿Es inmediato?

Loreto vuelve a asentir, grave. Nieves no comprende qué ocurre, pero hay mar de fondo, su enfermera hoy no gasta bromas ni usa ese tono irónico que desmantela todo ceremonial. No parece la misma que la recibió con brazos abiertos y fue tan cariñosa cuando Manuel la plantó. Para no dar respuesta a su mirada perpleja, Loreto pasa a lo concreto:

—En cuanto entre el fax del laboratorio con las analíticas te las paso. ¿O quieres que llame y me canten los resultados?

—¿Pasa algo? —pregunta Nieves directamente, venciendo el impulso contrario al le dictan sus tripas: callarse y meterse en su consulta a devanarse los sesos con qué ha hecho mal. Eso habría hecho unos meses atrás, hoy no. Dos golpes seguidos son demasiados.

Las pupilas de Loreto vibran nerviosamente, se toma su tiempo, ha perdido su desparpajo, por una vez le cuesta hablar. Al fin lo suelta:

—Ayer llamaron para anular las citas.

—¿Quiénes?

—Ahí tienes la lista —le pasa un papel. Nieves ni lo mira—. Muchos no queremos que se hable de ciertas cosas y se reabran las heridas. Debes andarte con ojo o habrá quejas. Ya te lo dije una vez: es mejor no dejarse enredar en las cuestiones de los pacientes. Es solo un consejo que te doy, aunque me parece que ya es tarde.

Nieves se queda helada. «Que se reabran las heridas». Otra de esas expresiones como «remover el pasado» que está empezando a detestar. ¿Qué heridas se van a reabrir? Heridas que siguen infectadas, que no cicatrizaron porque nadie se molestó en limpiarlas, como las manos agrietadas del enterrador. Heridas a las que no les dio el aire ni el sol y que se han ulcerado. Nieves mira el listado. Los tres primeros pacientes están tachados. Coge su zamarra.

—Voy a tomar un café.

Pero pasa de largo del bar de la plaza. Sus sienes palpitan. La rabia le hierve en el estómago. Un pie tras otro, los puños apretados en los bolsillos de la cazadora sobre la bata blanca que no se ha quitado. Aún hace frío; aunque estemos en primavera queda nieve en las calles y tal vez les espere alguna última nevada. El frío la empuja en su ansia de moverse, de poner en uso sus piernas vigorosas, sus músculos, su fuerza. Si supiera, golpearía algo, pero no sabe. Es una olla exprés que silba. De pronto se ve frente a la escuela. No lo piensa y entra.

Los niños colaboran entre ellos, tranquilos, laboriosos, en aparente armonía, ajenos al mundo oculto de sus antepasados que late enterrado en el corazón mismo del pueblo. Es la hora de manualidades y trabajan con arcilla en grupitos. Nieves se queda observando en el vano de la puerta. Para no mancharse, los pequeños se cubren con camisas viejas de sus padres. Les llegan por las rodillas, las mangas remangadas. Están graciosos. La de Micaela es del verde desvaído del uniforme de forestal de Joaquín.

Jacinta descuella entre los críos. Está de espaldas, supervisando, no repara en ella hasta que un crío pequeño tira de su manga y la señala. Jacinta la mira, interrogante, sin acudir a recibirla.

—Necesito hablar contigo —anuncia Nieves.

Jacinta sale al pequeño pasillo.

—¿Qué es mejor?, ¿callar y vivir a oscuras?, ¿o saber lo que dejaste atrás y poder mirar adelante?

Para responder, Jacinta no necesita más datos que las lágrimas de frustración que asoman en los ojos de Nieves.

—¿Te lo advertí o no te lo advertí?

—Jacinta, has leído los diarios del médico conmigo. Mejor que nadie sabes que no son fantasías mías, ni de Yolanda, ni de la niña. Son hechos. Lo has visto con tus propios ojos.

—Ha corrido como la pólvora. Está el pueblo revuelto. En la puerta de la escuela los abuelos no hablaban de otra cosa. Entre susurros, eso sí. ¿Y al bar has ido? Prueba y entra a tomarte un café, verás cómo te miran.

—Pero ¿por qué? ¿Qué más les da?

—¿Quién te dice que no hay vecinos metidos en esas detenciones?

—El que no ha hecho nada, no tiene que temer. Lo único que pide Clementina es dar sepultura a sus muertos. No reclamamos una investigación, ni responsabilidades.

—¿Lo ves? Ya hablas en plural.

—Es una forma de expresarme, Jacinta.

—No, Nieves, hace tiempo que has dejado de ser su médico para ser...

—¿El qué?

—No lo sé bien. Otra cosa.

—No me puedo creer que haya vecinos que están molestos. ¿Quién les ha ido con el cuento? ¿Ha sido el alcalde? ¿El veterinario?

—Te dije que quemaras esos cuadernos. La gente no quiere saber.

—Y sin embargo saben.

—Prefieren olvidar.

—No olvida el que quiere, sino el que puede. Es inhumano no saber dónde están enterrados tus muertos, qué se hizo con sus cuerpos.

—Ya sufrieron bastante, no quieren ni oír hablar de esa época. Eso a los que les tocó perder. A los que son de derechas, comprenderás que les hace todavía menos gracia tu ocurrencia.

—¿Y tú estás de acuerdo?

—Remover el pasado no sale gratis, es lo que intento decirte desde el primer día que empezaste con este disparate.

—Decís remover como si fuera tomarse la revancha. Solo pedimos algo elemental.

—Ellos no lo ven así y tienes que respetarlo. Eres la médico de todos. No sé cómo te has metido en este fregado, con lo prudente que tú eres.

—Se remueve para oxigenar, como se oxigena la tierra antes de sembrar. No voy a recular, Jacinta.

—A veces nos atrae lo que no tenemos. ¿No será por el padre por el que has armado todo este circo? Haz examen de conciencia, Nieves.

—Mejor me marcho.

Dolida, Nieves deja la escuela.

A la casona donde vive, todos en el pueblo, incluida ella misma, la llaman la casa del médico, en masculino. A ella no le molesta, al contrario, refleja cómo se siente: heredera inesperada de un bien que no imaginaba merecer. El resto le da lo mismo. Sabe quién es, va sabiéndolo más y mejor cada día. Antes, una chica aplicada, estudiosa, obediente. Ahora, alguien que está aprendiendo que las reglas pueden romperse, pero que se paga un precio. Está por ver si valdrá o no la pena.

Sentada en la cocina, en el fogón el cazo aún despide humo, se acaba de servir un café con leche muy caliente. Rodea la taza con las manos y siente cómo el calor irradia desde las palmas hasta su interior. Procura encender la calefacción lo imprescindible. Consume mucho gasoil, tanto dispendio para una sola persona le parece innecesario y se maneja con la estufa. Su modestia, su recato, su sentido de la medida no la abandonan. Tampoco está acostumbrada a ser el centro de atención. Al volver a la consulta después de hablar con Jacinta, se tuvo que esforzar para no parecer intimidada por las miradas tras las ventanas del bar, del ayuntamiento, de la parroquia. La vigilan. Algunos han dejado de saludarla.

Pero ahora está en casa, en su pequeño dominio, con Silans sobre las rodillas. Los ojos cerrados le dan a la gata un aire chinesco.

Acaricia su pelo suavísimo y por el ventanal que le agrandó Damián contempla la vega con sus colores cambiantes. Los almendros ya florecieron, lentamente las flores se irán convirtiendo en frutos. Pensar en ello la calma. La vida buscará su camino. Ella ha emprendido el suyo en la oscuridad y a tientas, pero se siente mejor que antes, cuando creía que lo que veía era lo que había. Ahora sabe que no, que hay vidas orilladas, invisibles pero reales. Que existen casas en las que falta un miembro o dos o tres, son los ausentes de los que no se habla, pero cuya sombra es la explicación de cómo conduce su vida esa familia. Que hay mujeres, como Clementina, que han dedicado su vida a ser guardianas de esa memoria, a contenerla, a disimularla, a protegerla. Como un culto secreto que solo se practica de puertas para dentro.

No le preocupan sus pacientes, intuye que las anulaciones de los últimos días son una pataleta. Sin médico no pueden estar y su relación con todos ellos ha sido siempre respetuosa y profesional. Volverán.

Necesita escuchar alguna voz amiga y llama a su madre. No le ha contado nada del caso, apenas por encima: que se llevaba una niña a casa para que dibujara y que estaba aprendiendo mucho de psicología. Ahora quiere ser franca, necesita apoyo, alguien en quien sentirse reconocida y acogida. Su madre parece que tiene prisa, no la ha pillado en buen momento:

—¿Y tú? ¿Cómo es que no estás pasando consulta? —Su madre tiene una gran intuición para detectar cuando algo no va bien. En una vida tan previsible y sistemática como la de su familia, cualquier desviación es mal síntoma. Nieves se siente pillada en precario. Le cuenta todo: el campamento, la abuela de la niña, el maquis...

Menciona a los parientes fusilados de Clementina. La madre guarda silencio. Nieves percibe que teme por ella.

—¿Por qué no lo hablas con papá?

Hablar con su padre es lo último que Nieves necesita. Se lo imagina poniendo el grito en el cielo, pidiéndole que sea sensata, cuestionando su proceder, que haya desobedecido el «no meterse donde no te llaman». Le duele que su madre no se haga cargo de que las críticas de su padre, su falta de apoyo la dañan, la han dañado siempre. ¿No tiene su madre una posición propia? La madre musita, inquieta:

—Yo no sé qué aconsejarte.

A Nieves le parece que ha bajado la voz, como si tuviera miedo de que la oyeran.

—No necesito que me aconsejes, mamá. Solo quería oírte, saber que estás ahí.

No hay mucho más que decir, se despiden y cuelgan. Parece que las separan más de los cuatrocientos kilómetros que hay hasta Madrid. Parece que las separan universos, continentes, eras. ¿Tanto ha cambiado? Nunca había considerado a su madre como una mujer de creencias inflexibles, incapaz de admitir la complejidad de la vida; es decir, como su padre. Hoy sí. Esa forma de pensar se le queda pequeña, insuficiente.

Decepcionada, hojea la correspondencia que se ha traído del dispensario. Los boletines profesionales alternan con los preceptivos estadillos del banco, recibos de la compañía de la luz... Cómo agradecería recibir alguna carta personal, piensa mientras abre una revista médica y llaman a la puerta.

Se sorprende cuando encuentra a Joaquín y Clementina, ella con expresión alterada, en una mano, la muleta, en la otra, un papel mecanografiado. Para que la mujer haya accedido a salir de su pueblo y venir hasta aquí ha tenido que pasar algo muy gordo. Siente la urgencia de darle explicaciones a Nieves:

—¡Doctora!... Ay, doctora...

—Aquí no, mamá. Dentro. ¿Le importa?

Pasan al despacho. Sin llegar a sentarse, Clementina le entrega el papel a Nieves.

—Léalo en alto, así nos enteramos bien todos.

Nieves lee:

—«... ponemos en su conocimiento la presente resolución por la que se acuerda denegar a doña Clementina Manchón Soler la autorización para la apertura y excavación de la fosa en el cementerio municipal, dado que la solicitud no cumple las normas de directa aplicación referidas, en particular no acredita suficientemente que en dicho cementerio pueda haber restos humanos más allá de los que constan en sus registros, y habiendo prescrito en cualquier caso el derecho por no haber sido presentado con anterioridad en tiempo y forma...».

Clementina interrumpe, desolada:

—No nos dejan tenerlos con nosotros. Como si todavía pudieran hacerle daño a alguien. Después de tantos años...

Nieves relee el documento una y otra vez, no esperaba una negativa. Joaquín acerca una silla a su madre, que se pasa el pañuelo por la cara, agitada:

—Siéntate, mamá, haz el favor. ¿Te traigo un vaso de agua? Le vengo diciendo que no se ponga así, que lo hemos intentado, que, si

quiere llevar flores a algún sitio, la acompaño y las dejamos, aunque sea en la tapia.

—Qué manía con el agua. No necesito agua —se defiende Clementina.

Y es cierto. Clementina tiene mejor aspecto que nunca, buen color, más movilidad. Por una vez aparenta su edad, no veinte años más. Ni quiere sentarse ni quiere conformarse. Solo mira a Nieves, que aún sostiene el oficio en la mano.

—¿Qué hacemos, doctora?

La mujer está pendiente de sus palabras con los cinco sentidos. Nieves comprende la enorme responsabilidad que ha contraído. Le ha abierto unas posibilidades con las que Clementina no soñaba y a las que ahora no piensa renunciar. Pero Nieves no tiene la menor idea de cuál puede ser el siguiente movimiento y siente que pierde pie. Vuelve su debilidad de antaño, vuelve la voz censora que acusa a la Nieves apocada, la que comete errores de bulto, la que no tiene derecho a nada. Necesitaría sentarse y beber agua. Pero ¿cómo va a mostrar esa fragilidad ante sus pacientes? ¿Y si, como dicen Loreto y Jacinta y el veterinario, se ha equivocado? ¿Y si Clementina y familia están angustiados porque siguieron a pies juntillas una receta falsa?

—No lo sé. No tengo ni la menor idea. Lo siento.

Clementina baja la mirada, sus ojos empañados reprimen las lágrimas. Nieves reconoce en ella el sentimiento que más teme: el desengaño. Les ha fallado. La mujer se encamina a la puerta.

—Estoy muy cansada. Mejor llévame a casa, hijo.

Nieves los mira mientras salen: los hombros de Clementina de nuevo cargados, su ademán cansado, su cojera acentuada, es la viva

imagen de la derrota. Sale tras ella. Es tarde para arrepentimientos. Debe reaccionar, tiene que darles algún asidero.

—¡Clementina! —La alcanza en la puerta—. Perdóneme. Tal vez le di demasiadas esperanzas, pero no se dé por vencida, no piense que esto es el final. No sé cuál será el siguiente paso, es verdad, pero no vamos a rendirnos a la primera.

Clementina la mira como calibrando si esa zagala que abulta tan poco y va vestida más como un mozo que como una señorita será capaz de ayudarla. Intercambia una mirada con Joaquín, que a su vez mira a Nieves y toma una decisión, la más difícil:

—Anda, mamá, que no se diga que para una vez que vienes al pueblo no te tomas un café con nosotros... Vamos a casa y lo hablamos en familia. Así te das el gusto y ves a los niños. ¿Se viene, doctora?

Caminan calle abajo, para ir a su casa no queda otra que cruzar la plaza. Los tres saben que los observan. Joaquín intenta disipar la tensión:

—¿Qué te parece el pueblo, madre? ¿Mejor o peor de lo que recordabas? ¿Has visto que han arreglado la fuente? Cuatro caños tiene ahora.

Clementina no contesta, enhebra su brazo en el de Nieves y se deja llevar, digna.

Celia los recibe sin sorpresa y los acompaña al cuarto de estar. Nieves la ve desaparecer en la cocina a organizar la merienda. Le parece que lo que antes tomaba por distancia o antipatía, es solidez, es la capacidad de Celia de no asustarse ante nada, es disposición a

aceptar los giros del destino sin lamentarse, echándose todo a la espalda para tirar adelante.

Joaquín pregunta por los críos.

—Fuera están, en el corral, ya sabes, jugando con la burra —dice Celia desde la cocina.

—Para mí una manzanilla, Celia, hija —pide Clementina. A pesar de su paso torpe, no se sienta, enfila la escalera directa al corral.

Nieves no ha podido preparar el reencuentro entre nieta y abuela con método como le aconsejó Yolanda. Están improvisando e improvisar siempre la inquieta. Querría mediar en las asperezas, amortiguar la desconfianza, que no se desmorone el mapa que ha conseguido esbozar con cada una de ellas y se ofrece a acompañarla.

—¿La ayudo, Clementina?

—Baja con ella —dice Joaquín retomando el tuteo, consciente de que es mucho lo que se juegan.

El pequeño está subido a lomos de la burra mientras Micaela prende horquillas y lazos en las crines. El animal, pacífico y paciente, se deja, más pendiente del heno que rumia que de los pequeños.

—Qué ganas tenía de veros.

El niño corre a abrazar a la abuela, que, como abuela que es, lo besuquea. Micaela en cambio se parapeta tras la borrica. La abuela percibe su rechazo, pero finge naturalidad, sin reclamar la atención de la niña.

—¿Y este borriquillo? ¿Sigue tan trasto como siempre? ¿Os acordáis de cuando se escapaba al vergel para comerse las lechugas?

El niño ríe. Micaela no contesta. Nerviosa, busca la mirada de Nieves.

—La abuela ha venido para que merendemos juntos —dice Nieves. Y piensa que quizá no haya sido tan mala cosa esta improvisación. Tal vez, quitarle hierro, no esperar nada, dejar que suceda era lo que requería—, para que le puedas preguntar cosas de cuando era pequeña y de lo que vimos en el bosque. ¿Verdad, Clementina? Si te apetece, solo si te apetece.

La niña agarra su mano y se deja conducir a la casa. Suben la escalera detrás de la abuela y del pequeño que va contando alegre, con lengua de trapo, los peldaños:

—Uno... do... tes... cuato...

En la cama, repasa la jornada. No piensa en Loreto, en cuántas semanas tardarán en designar una sustituta o sustituto, ni en que, hasta que se incorpore, tendrá que suplir a la enfermera y será una doble carga de trabajo. No se preocupa por el veterinario, tan vigilante, tan guardián de la rectitud y la desmemoria, tan engreído y déspota. Ni se mortifica por las citas que los vecinos cancelaron y poco a poco van recuperando, pues la mano de la doctora ha dejado de agitar las aguas y no hay riesgo de que aflore el lodo ponzoñoso que confunde lo limpio con lo sucio. Piensa en Micaela. Piensa en sus ojos inseguros pero atentos cuando escuchaba a la abuela durante la merienda, toda la familia sentada alrededor de la misma mesa, también ella. Fue mucho más sencillo de lo que imaginaba. «Cuando yo era como tú vivía en una casa con mi padre y mi madre...». «¿Y no tenías hermanos?». «Los tenía, claro que sí. El mayor se llamaba Joaquín, pero empezó una guerra...».

Piensa que hablar restaura —empalabrar el duelo, como dice Yolanda que dice su jefe—, pero más cura ser escuchado. Porque todos podemos salir adelante siempre y cuando nos tiendan una mano. Y esta tarde alrededor de esa mesa, cuántas manos se han tendido. Hasta Celia parecía relajarse escuchando a su suegra y ha apoyado la cabeza en el hombro de Joaquín para que no la vieran

emocionarse los niños. Pero los niños la han visto y han visto también cómo él le tomaba la mano. Ha sido hermoso ser testigo. Y piensa principalmente en una frase que le quita el sueño, la pregunta final de Micaela cuando Clementina se disponía a marcharse: «Entonces, abuela, ¿tu familia no está en ninguna parte?».

Y se imagina saltando una tapia con una pala en la mano. Y viene a su mente Damián con su habilidad para las herramientas y sus soluciones prácticas para todo. Y Joaquín, con su conocimiento de los senderos del monte. Y Jacinta, a la que respetan en todos los pueblos, aunque esté enfadada con ella. Y ya no sabe si duerme o está despierta, pero sueña con una noche de luna llena y con ese cementerio despoblado en el que una hilera de flores de invierno la guía, como las migas a Pulgarcito, a excavar en un punto del terreno. Y cava y cava y, cuando llega al fondo, brota agua y, con el agua clara, más flores y un barco que maneja Damián la lleva lejos lejos lejos y, mientras el barco la lleva, se da cuenta de que desde la orilla Manuel la ve alejarse, callado, quizá arrepentido. Y entonces el agua del foso ya no es un manantial claro, sino una sima donde un remolino tira de ella y la quiere tragar, y detrás de la fuerza de ese remolino ella sabe que está su padre, sí, su padre, ya no es Manuel quien mueve los hilos, sino su exigente, su insatisfecho padre quien la observa y la juzga, como tantas veces, decepcionado. Y en esto, por suerte, Nieves se despierta y comprende que dormía y que es una pesadilla, y se queda en la cama unos minutos abrumada, sin saber dónde está, a qué responde esa oscuridad densa, ese silencio absoluto, y solo cuando se ha levantado y se ha calzado y envuelto

en su chal, delante del espejo del baño, suspira aliviada por estar tan lejos de Madrid, de su viejo hogar, pero tan tan lejos.

—Tiene que hacerme usted un favor. Yo podría pagarle, si es lo que usted quiere, pero si no quiere comprometerse ni comprometerme a mí, le pediría que lo hiciera como parte de su trabajo, cualquier día de estos, sin tardar mucho. Es por una niña. ¿Sabe? Los niños de estos pueblos están empezando a tener pesadillas. Yo no creo en los espíritus, solo sé que lo que para unos son obsesiones, para otros son fantasmas que nos visitan porque no pueden descansar en paz. Cuando se muere a destiempo o violentamente, cuando no se recibe sepultura como manda la costumbre, parece que la imagen de la persona no descansa, sigue rondando en el aire, en los recodos de las escaleras, en los pliegues oscuros de las cortinas cuando anochece. Y sea esto verdad o sea mentira, es. Todo lo callado está brotando en esos niños que son nietos de otros que se quedaron huérfanos. Ven y oyen y perciben sensaciones que no comprenden y que pueden incluso hacerlos enfermar. Son niños que han crecido viendo cómo sus mayores padecen algo que tapan. ¿Me entiende usted? Porque cuando nuestros ojos y nuestras manos hablan dicen verdades que la lengua no se atreve a pronunciar. Los chiquillos, que son como este perro suyo y sienten todo lo que nos pasa por dentro, han de tener un descanso y, ahora mismo, el único que puede procurárselo es usted.

—Venga usted mañana a las cuatro y media —dice el hombre—, pero venga andando. Yo vivo donde el cruce. Espéreme allí.

Nieves ya está en la cuneta cuando el perro negro asoma, más ágil que su amo, contento de esta inesperada oportunidad de retozar y dejar sus marcas de orín en nuevos matojos que jalonan la carretera.

—¿Dejó bien escondido el automóvil? —pregunta el hombre, y Nieves asiente, pues ya va conociendo bastante bien las pistas y los caminos y sabe cuáles conducen a las masías aisladas y cuáles a las explotaciones porcinas o a las cabañas para el ganado y cuáles a ningún sitio, a kilómetros y kilómetros de bosques de pinos y esos son los mejores.

Caminan a buen paso y procuran no respirar fuerte para que el vaho de sus bocas no los delate. No es una noche de luna llena como la de su sueño, pero al menos es una noche despejada, y quizá por eso fría. Aún queda un buen rato para la alborada y Nieves sabe que será el momento más hermoso en el campo, mucho más que la puesta de sol tan celebrada. La alborada es noche con luz, un momento sin hora cuando los pájaros todavía no cantan y las briznas de hierba están erguidas, cristalizadas, sin que nadie las haya pisado.

Cuando llegan al cementerio, el perro se resiste a entrar:

—Vamos, Fenómeno... —lo anima el enterrador en un susurro, y dejan atrás la verja.

A Nieves no le sobrecoge estar en un camposanto de noche. Será por su profesión, pero no siente que lo que allí ocurre esté demasiado lejos del mundo de los vivos, y desde luego no lo percibe como una amenaza. El universo de los cuerpos es de los cuerpos, estén vivos o no haya pulsaciones en su corazón, palpiten sus

vísceras o haga tiempo que estén putrefactas. No hay antagonismo como creen los supersticiosos. No puede haberlo, porque tras la muerte no hay nada. El mayor antagonista de los vivos, por no decir el único, son los mismos vivos. Y el tiempo, claro. La Tierra haciendo su giro año tras año, y marchitándonos.

El enterrador tiene dispuesta la pala y le tiende otra a ella, que la toma sorprendida. Primero, porque pesa un montón y casi se le cae sobre los pies; segundo, porque no tiene ni idea de cómo manejarla. El hombre le lanza unos guantes.

—Póngaselos o le saldrán unos callos que para qué.

Nieves se los calza. Le quedan enormes, pero con ellos el agarre de la pala es mejor.

—Así no —la corrige él, que ya lleva unas cuantas paladas de ventaja—, con el pie.

Nieves no se había fijado en el proceder del experto. En sus manos fuertes surcadas de grietas como llagas, la pala se hunde en la tierra como en mantequilla. Nieves lo mira, como una niña aplicada al maestro, e imita sus movimientos. Deja caer todo su peso sobre la pala y levanta algo de tierra.

—Si no terminamos cuando amanezca, habrá que dejarlo y seguir mañana. No voy a jugarme la jubilación porque alguna fisgona nos vea.

—¿Suelen enterrarse muy profundo? —pregunta Nieves, que se quita el anorak, acalorada.

Llevarán casi un metro cavado y no hay rastro de nada.

—Depende —contesta el hombre.

—¿De qué?

—No hable tanto y cave. —Nieves obedece y al poco el hombre añade—: Depende de la prisa con la que se vaya.

—Siete personas son muchas. Siete cuerpos abultan. Por muy profundo que hubieran cavado algo tendría que verse ya. ¿No cree usted? —pregunta, tomando aliento.

—Está a punto de salir el sol. Lo mejor es que se marche —dice el hombre sin dejar de cavar. Ella lo mira indecisa—. Vaya. Ya sigo yo. Que cave no le chocará a nadie. Llámeme al final de la mañana.

Nieves lo mira. ¿Cumplirá lo que promete? ¿Seguirá buscando? ¿Puede fiarse? Decide que sí, que si este hombre no estuviera de su lado no habría accedido a encubrirla y a seguirle la corriente en su disparatada iniciativa.

—Está bien. Gracias. —Nieves acaricia a Fenómeno y se marcha, pero antes de salir del recinto se acerca a la caseta y desliza un billete de cinco mil pesetas bajo la puerta.

No ha transcurrido ni una hora desde que abrió y ya está impaciente porque su jornada en el dispensario acabe. Quiere quedarse sola para hacer la llamada que en este momento más le interesa. El enterrador responde:

—No hay nada.

—Pero ¿cómo es posible?

—Está vacía. Nada más que cal hay.

—¿Y dónde están?

—He cavado también donde usted me dijo, del otro lado de la tapia. Me he inventado que había una fuga de agua y he hecho catas donde he querido. Allí no hay nada.

—No lo entiendo —dice Nieves.

—Menos lo entiendo yo.

—¿Está seguro?

—Venga usted misma a verlo. Pero avíseme antes, no quiero líos.

—No hace falta, le creo. ¿Cómo no voy a creerle? Usted me creyó a mí.

Nieves calla y sopesa, perpleja. ¿Qué hacer ahora? Si los cuerpos no están en el cementerio ¿dónde los enterraron? El hombre, al otro lado de la línea, rompe el silencio:

—Lo único que ha aparecido es una medalla y unos peinecillos.

—¿Unos peinecillos? ¿Enterrados?

—Los llevaría prendidos en el pelo —dice el hombre—. Eso no se lo comen los gusanos.

—Pasaré a recogerlo. Muchas gracias...

—A usted por la propina. No hacía falta, pero se agradece.

El cansancio la vence. La noche anterior apenas durmió por la impaciencia y el temor a llegar tarde a su cita clandestina con Fenómeno y su dueño. Los ojos se le cierran. Antes de que acabe el telediario, se acuesta y casi se duerme sin apagar la luz de la mesilla. Pero se vuelve a espabilar temprano, completamente descansada, con la misma excitación que sintió cuando se mudó a la casona y llenar cada habitación era una fiesta. Desayuna deprisa y se pone en marcha. Se detiene en el mismo cruce del día anterior y espera a que el enterrador salga de su casa camino del cementerio. Entonces lo aborda.

—Hola.

—Buenas.

El hombre le entrega la medalla y los peinecillos metálicos meticulosamente envueltos en un papel. Nieves se lo agradece y a su vez le entrega un paquete de la farmacia.

—Dese la pomada todas las noches cuando se meta en la cama. No se lave con jabón, sino con ese otro producto que le doy. Y séquese bien las manos después de lavárselas. A ver si se le van cerrando las grietas.

—Gracias.

—Si alguien pregunta, siempre puede decir que vine a pasarle consulta. Realmente no le vendría mal ir a verme. Le tendría que tomar una muestra y hacerle un cultivo.

—No he ido en mi vida al médico, o sea que no creo que se lo tragara nadie, pero bueno.

—Nunca es tarde para empezar. Llámeme si no mejora.

Nieves sonríe, arranca y da media vuelta.

Desde la consulta, entre paciente y paciente, llama a Joaquín:

—¿Podrías traer a tu madre? Quiero que vea una cosa, pero hoy no puedo moverme. Estoy de guardia.

Ya puede hablar con él con espontaneidad. Ha renunciado a su deseo. No le ha costado. Está muy entrenada en contenerse, infinitamente más que en dejarse llevar. Ha logrado mutar la atracción física en otra clase de vínculo. Uno que incluye otros sentimientos: protección, amistad... No sabe si esto es mejor o la empobrece. No lo quiere pensar.

Clementina entra con prevención en el dispensario. «Por lo menos estoy consiguiendo que salga de casa», piensa Nieves y le ofrece una silla.

—Siéntese.

—¿Me quedo o me voy? —pregunta Joaquín.

—Lo que diga tu madre.

Clementina hace un gesto y Joaquín se sienta a su lado, al borde del asiento, el torso adelantado, la gorra en las manos, todo su

cuerpo pendiente de Nieves, de sus palabras. Cómo le hubiera gustado eso hace unas semanas. Sin el velo de la atracción física, se siente segura y dirige la conversación:

—Volví al cementerio. No le voy a explicar con quién ni cómo, pero abrimos la fosa.

Joaquín se queda petrificado ante lo que pueda venir. Clementina en cambio no varía su expresión, dispuesta, transparente, entregada a Nieves.

—La fosa está vacía.

—¿Cómo va a ser eso? ¿No nos habías dicho que...? —protesta Joaquín, alterado.

Su madre le pide silencio.

—Siga, doctora.

—Lo único que encontramos fue esto. —Saca del cajón el envoltorio. Lo deja delante de Clementina.

Con delicadeza, Clementina desenvuelve el paquetito. Al ver el contenido, se lleva la mano a la boca, incapaz de hablar.

—¿Lo reconoce?

Clementina no acierta a contestar, asiente sin atreverse a tocar ni la medalla ni los peinecillos. Como si aquel llanto hubiera estado allí esperando todos esos años, se echa a llorar.

Joaquín nunca la había visto llorar. Sufrir sí. Llorar no. Incluso ante el ataúd de su marido apenas derramó unas lágrimas. Imagina que alguna vez llorará a solas, como todos, como él mismo llora donde no le ve ni le oye nadie, resguardado entre los árboles. Mira a Nieves, perdido y dócil como un niño que desea una orden que obedecer. Ella compadece su torpeza, le indica que la abrace, que tome su mano. Clementina se deja abrazar.

Joaquín también llora, pero no se seca las lágrimas, porque no sabe que está llorando, son sus ojos los que lloran por él.

—No padezcas, hijo, estoy bien...

Nieves los observa, está aprendiendo. Hasta hace muy poco no sabía nada de la muerte ni de la pérdida. Probablemente se haya equivocado otra vez, podría haber sido más delicada, haber preparado mejor a Clementina antes de mostrarle a bocajarro esos objetos. La diferencia es que ahora sabe algo que antes no sabía, que es posible pedir perdón, que se puede reconocer el mal hecho, se puede estar al lado de aquel a quien se ha herido y reparar, en la medida de lo posible, el daño. Cruza al otro lado de la mesa y abraza a la mujer.

—Lo siento, Clementina, no sabe cuantísimo lo siento.

Un pésame no es otra cosa que la pena propia reconocida en los ojos de los demás. Un pésame es una oferta: estoy dispuesto a ayudarte con ese peso. Clementina habría necesitado oírlo décadas atrás, pero le sirve igualmente y se va rehaciendo. Llora más quedamente cuando dice:

—Le gustaban mucho. Se recogía el pelo con ellos. Los llevaba puestos el día que me llevaron a verla.

—¿La medalla también era de ella?

Clementina asiente, incapaz de levantar la mirada. Sus ojos siguen cerrados. Respira profundamente. Los peinecillos han devuelto al presente un gesto cotidiano mil veces contemplado: la madre peinándose, su mano mullida y laboriosa, la misma que amasaba el pan, ordeñaba a la cabra y acariciaba la frente de Clementina de niña.

Nieves siente que tiene el retrato completo de la mujer: la niña de nueve años a la que nadie defendió; la de diez a la que prohibieron llorar; la de once que fue educada con mano dura; la de doce que veía a sus hermanos una vez al año; la de trece que tomaron por adulta y mandaron a servir en casas de desconocidos.

—La medalla era de mi madre. ¿Ve? Es Santa María Micaela. Se lo trajo mi hermano Joaquín la primera vez que salió del pueblo, cuando fue a hacer las milicias, al principio de la guerra. Siempre lo llevaba en el delantal. ¿Puedo?

¿Cómo no va a poder? Hasta para recuperar lo suyo pide permiso. Nieves se lo tiende. Guardan silencio mientras Clementina acaricia la medalla, repitiendo otro gesto que el tiempo no ha podido borrar. La puerta de la consulta se abre despacio:

—¿Papá?

Joaquín se vuelve. Es Micaela.

—Ha dicho mamá que si vais a tardar mucho.

—No, hija. Ahora vamos a casa.

Por más que la abuela sonría al verla y se limpie las lágrimas, la niña ha visto que lloraba. Sin embargo, ni se mueve ni se marcha ni se estremece. Mira con curiosidad a la abuela, una curiosidad nueva. Nieves percibe su deseo.

—¿Te apetece sentarte con nosotros?

Micaela asiente y se pega a su padre, que rodea su minúscula cintura, asegurándola.

—Hemos encontrado unos recuerdos. Por eso tu abuelita está emocionada —explica Nieves.

La abuela le muestra la medalla y los peinecillos.

—Mira. Eran de mi madre.

Micaela se libera del abrazo de su padre para coger uno. La luz de la ventana saca destellos a la filigrana.

—Suerte que estaba yo en casa cuando ha pasado el cartero. He tenido que firmar con acuse de recibo. ¿No sabías que podía pasar?

—No lo pensé.

—Nieves, eres médico. Ser médico es ser la autoridad. En un pueblo están el alcalde, el veterinario, el boticario, la maestra, el cura y el médico. Poco más. Tienes que ser cuidadosa con lo que haces y con lo que dices. Y más si vives donde ejerces. Te toca dar ejemplo.

—Pues no lo pensé, mamá. No te puedo decir otra cosa.

Su madre, al otro lado del hilo, a duras penas disimula su irritación. Nieves sabe que cualquier asunto que pueda contrariar a su padre, por pequeño que sea, la angustia. Su energía está en mantener la casa en equilibrio.

—Claro que lo pensaste. Eres una persona reflexiva. Lo pensaste, pero te dio lo mismo.

—Ya no sé lo que soy. A lo mejor me he vuelto una imprudente como dice la inspección —se defiende Nieves, molesta.

—Eso se llama madurar, Nieves, hacerse persona. No se puede actuar a lo loco, saltándose las normas a la torera.

Nieves calla, le fastidia el tono. Ante el giro adverso de los acontecimientos, esperaba comprensión, no que la reprenda como a

una niña.

La madre suspira, busca un tono más cercano:

—Te dije que lo consultaras con papá. Él hubiera encontrado alguna solución.

Nieves calla de nuevo.

—Actuaste como los críos cuando quieren hacer algo que está mal y se esconden para que no se lo prohíban.

—No entiendo por qué han mandado la carta a Madrid.

—Será la dirección que tienen. Seguro que ni te molestaste en escribirles para cambiarla.

Nuevo silencio de Nieves. Es cierto. En este tiempo no se le ha ocurrido escribir al Colegio de Médicos para actualizar su dirección. Ahora sus padres se han enterado antes que ella de que el departamento de personal está contemplando su suspensión de empleo y sueldo.

—O sea que sabías que cometías un delito. Porque es un delito, y bastante grave. Eso pone en la carta. Eres consciente, ¿no?

—¿Pone algo de si le van a despedir a él?

—¿A quién? ¿Al padre de la niña?

—No, no, al enterrador que me ayudó. No quiero que lo despidan. Es un hombre mayor, creo que vive solo. Si terminara en la calle por mi culpa, no me lo perdonaría.

—Tendrás que hacerte cargo de él. Lo colocas de mayordomo en tu mansión.

—Mamá, por favor. No estoy para bromas.

—Pues sí. Con la tontería seguramente le has fastidiado el porvenir a ese individuo.

—Qué injusto.

—Otro irresponsable. Lo reprobarán, con eso puedes contar. Igual que a ti. Es lo menos que os puede pasar.

—Que me reprueben me da igual.

—¿Te da igual que te abran un expediente disciplinario?

—Lo único que me fastidiaría es que me obligasen a dejar el pueblo.

—Un expediente es mala cosa. Cuando pidas el traslado pesará contra ti.

—No voy a pedir el traslado, mamá. Quiero hacer aquí mi carrera.

—¿En un pueblo perdido? Con lo joven que eres. ¿Estás loca? El día que te enamores, las decisiones las tomaréis entre dos y eso lo cambia todo. Él también tendrá su profesión, tendréis que poneros de acuerdo y... En eso tenías que estar pensando y no en asaltar cementerios por la noche...

Nieves no escucha. Es la misma canción de siempre: las normas, las reglas, destacar, pero por lo que hay que destacar. Su preocupación está en el empleado del cementerio.

—Tengo que ir a verle, no pueden despedirle.

—Ni se te ocurra. Es lo peor que puedes hacer en este momento.

—¿Cómo se habrán enterado?

—Pues porque es un pueblo, hija. La gente se aburre y chismorrea. No es corriente que una doctora se salte la ley y abra una fosa de un cementerio con nocturnidad y alevosía, como suele decirse.

—Con nocturnidad y alevosía los mataron. Solo intenté cerrar la historia.

Le irrita la cerrazón de su madre. Se vuelve a hacer un silencio.

—Desde que se fue Manuel has cambiado. No eres la misma. No te sienta bien estar sola. ¿Por qué no pides el traslado a Madrid? En la periferia están abriendo muchos centros de salud. Saldrán plazas.

—¿Y papá?

—¿Qué?

—Que si se lo has contado.

—No. De momento no.

—Lo que disfrutaría si se entera...

—¿Tú crees que a tu padre le gusta que te vayan mal las cosas, que te metas en problemas y llegue una notificación a tu nombre del colegio de médicos?

—¿Te digo la verdad? Sinceramente, una de las cosas que más disfruto de esta vida es no vivir todo el día con miedo de llevarle la contraria.

—No hables así de tu padre.

—Y tú deberías de hacer lo mismo. Vives de puntillas.

Su madre ignora lo que implica esa frase.

—Tienes que salir de ahí. No sé qué haces en ese pueblo. ¿Quieres que vaya unos días?

—No, mamá. No hace falta.

—Yo consultaría con un abogado. La prima Juana es especialista en administrativo. ¿Por qué no la llamas?

—Primero me reuniré con el inspector. A ver si está más sosegado que el otro día y me deja explicarme. Como una hiena estaba.

—Lógico.

—Mamá, no he profanado ninguna tumba. Me limité a cavar donde no había nada.

Su madre contesta con el silencio. Por primera vez su hija se ha salido del camino marcado y le preocupa más de lo que es capaz de reconocer. Nieves se despide, entre el desánimo y la rabia:

—Yo no sabía que el mundo era tan malo. Por eso he cambiado, mamá. No podía imaginarme que hubiera tanto odio en unos y tanto miedo en otros.

El ayuntamiento es modesto. Está ubicado en un edificio porticado que llaman lonja. Es antiguo y muy bello, tiene el color de la piedra anaranjada de la comarca. Según la placa, se erigió en 1588. Mientras espera a ser recibida, intenta imaginar la vida en esa plaza hace cuatro siglos. Piensa que, de haber nacido entonces, no habría podido convertirse en médico, como mucho, curandera, con el riesgo de que la acusaran de brujería por vivir sola y andar con pócimas y ungüentos. ¿Habría tenido la misma vocación? ¿O habría sido otra persona? ¿Cómo se construyen las vidas?

—Puede usted pasar —dice una mujer que hace las veces de secretaria, alguacil y muchas cosas más, sacándola de sus cavilaciones.

El despacho del alcalde tiene demasiados papeles precariamente amontonados sobre los muebles. No le irían mal unos cuantos archivadores y una buena archivera. Nieves se pregunta cómo logra encontrar algo en ese desbarajuste.

—Siéntese —la conmina el alcalde, parece nervioso.

Es un hombre de mediana edad, gordito, calvo, con gafas y el rostro más bien colorado. Nieves se pregunta si se vigilará la tensión, pero se guarda el comentario para otro momento.

—Pero ¿cómo hace usted eso? ¿Cómo nos mete usted en este lío? ¿No les dije por escrito que el cementerio no se tocaba? ¿Usted sabe la que se puede armar como empiecen todos a pedir que se cave aquí o se cave allá? ¡Que esos muertos que usted busca no eran ni vecinos de este pueblo!

Saca un pañuelo del bolsillo trasero y se lo pasa por la frente.

Se ha topado con un hombre que, como a su madre, le cuesta asumir conflictos. Nieves también ha sido de ese tipo de personas, por eso sabe que lo que más puede desarmar a quien teme el enfrentamiento es librarle del enfrentamiento:

—Le entiendo perfectamente, señor alcalde. Fallo mío. Como médico, no suelo pensar en normativas y ordenanzas, sino en aliviar los malestares de los pacientes. Y esta paciente vive en una desazón constante.

—Desazón tenemos todos con la que está cayendo. Usted tiene que ser más prudente.

—Tutéeme, por favor.

—Tienes que ser más prudente y ayudar a que las señoras se entretengan, que para eso los ayuntamientos pedimos a la Diputación un presupuesto para actividades. Que se ocupen de los nietos y hagan manualidades y no le den vueltas a cuentos del pasado que a estas alturas ya ¿a quién benefician? ¡A nadie!

Ella no replica lo que le gustaría replicar, asiente y calla, perseverando en su estrategia de la ingenuidad y la sumisión. Sabe que su aspecto juvenil y su estructura menuda la ayudan a representar el papel de joven doctora despistada, lo cual no queda muy lejos de lo que era hasta hace pocos meses.

El alcalde chasquea la lengua, lamentando ver en este embrollo a dos personas tan cabales como ellos. Como un padre, la amonesta:

—Esos que te han contado que eran tan buenos, también mataban, doctora. Mataban, robaban y tenían aterrorizada a toda la comarca.

Y del montón que tiene sobre la mesa, rebusca una fotocopia y, ¡milagro!, la encuentra. Se la tiende a Nieves.

—Lee, lee y luego me dices si llevo razón o no.

Nieves toma el papel. Se trata de un viejo informe escrito a máquina con un ceremonioso membrete que reza «Falange Española Tradicionalista y de las Jons, Jefatura provincial de Teruel»:

> Excmo. Sr. En oficio de fecha 30 del pasado agosto el Jefe Local pone en su conocimiento que en el campamento se encontraron pizarras para dar clases, 2 mosquetones Mauser, 3 máquinas de escribir, 50 metros de mecha, un saco de azufre, un frasco de ácido sulfúrico, sellos y efectos robados del ayuntamiento, 40 cabezas de ganado en canal y curadas por el frío, 2 multicopistas, papel y tinta, 10 kilos de dinamita, 3 cajas de fulminantes, 50 pieles de lanar, 4 mantas, útiles de cocina, un tronzador, hachas, 8 botellas de coñac, petardos y bombas de mano, un frasco de glicerina y abundante documentación; que, de acuerdo con el comandante del Puesto de la Guardia Civil de este pueblo, la totalidad de Falange ha quedado a mi disposición y la de dicho comandante con el fin de prestar servicios en los pinares antedichos y detener a los individuos llamados «maquis» que hayan podido huir en solitario o en grupos. Veinte camaradas, los que reúnen mejores condiciones para el manejo del fusil, han salido voluntarios para prestar dicho servicio. Lo que pongo en su conocimiento de V.E. para su constancia y efectos. Por Dios, España y su Revolución Nacional-Sindicalista... Firmado...

Nieves termina de leer y levanta la mirada. El alcalde continúa con su rapapolvo:

—Eran como los terroristas de ahora. Como la ETA eran, que también tendrán madres y hermanos y eso buenos no los hace. ¿Que pagaron justos por pecadores? Puede ser, pero que los Máuser y la dinamita solo se tienen para hacer daño es meridiano. ¿Me entiendes? —Se vuelve a secar el sudor, incómodo.

—Lo entiendo, sí, lo comprendo. Pero verá, querría abogar también, si no es mucha molestia, por el empleado que me ayudó.

—No me hables. Buena me ha caído con vosotros dos. Otro chiflado.

—¿Le ha contado cómo fue?

—Ese calla como los muertos que le hacen compañía todo el día. Habla más el perro que él.

—No es responsable de nada, señor alcalde. La responsabilidad es mía y únicamente mía. Le convencí yo. Le expliqué que soy médico, que necesitaba esas muestras para una cuestión profesional y, bueno, poco menos que le obligué.

El alcalde la mira unos instantes, escéptico.

—Ya me lo figuro, ya. Aunque ese es de los que no tienen ni Dios ni amo.

—No lo sancione usted. No lo despida. Es un buen hombre.

El alcalde se lo piensa.

—Por esta vez lo dejaremos correr.

—Muchísimas gracias. —Su entusiasmo ahora es sincero–. De verdad que lo siento. Tiene usted mis disculpas y, si hay algo que pueda hacer para corregir mi traspiés, aunque este pueblo no pertenece a mi área sanitaria, lo haré con gusto.

—Que no se repita. Eso es lo que tienes que hacer. Y dejar de hacer caso a las viejas, que no te van a traer nada positivo. Ya

hablaré yo con la inspección para que aflojen la mano, que ha sido un malentendido y que te arrepientes.

—Eso es, muchas gracias. ¿Puedo llevarme este papel?

Nieves pregunta cual niña buena, indicando la fotocopia. El alcalde asiente, pero la avisa:

—Siempre y cuando hagas buen uso de él.

—Descuide, y muchas gracias otra vez.

Le tiende la mano, pero el alcalde está enredado de nuevo entre carpetas y expedientes, moviendo una torre de un sitio y colocándola en otro con mucho tiento para que no se le desmorone.

Nieves sonríe para sí y sale.

Archiva la fotocopia junto con los diarios del médico, que ahora conserva en un lugar preferencial del antiguo despacho. Luego coloca el telescopio y ajusta el enfoque, pensativa. Hacía mucho que no observaba el cielo.

Pero ahora vuelve a disponer de tiempo.

De Jacinta no ha vuelto a saber nada. Ve su coche cada día en la puerta de la escuela, pero no se han llamado. Si ha sabido del conflicto en que se ha visto atrapada Nieves, parece que le da lo mismo.

Mira los cúmulos de estrellas. Ahí están Andrómeda y Arietis, las estrellas dobles, y Casiopea, y el fantasma de Júpiter... Pero le cuesta concentrarse. Resiente el vacío que le está haciendo la única amiga y confidente que tenía. No es que se sienta sola, ha creado una cierta intimidad con Micaela y familia, pero desde que recibió el

aviso de la inspección considera que es mejor no verlos. No quiere perjudicarlos.

¿Y si se coge unos días libres y se va a Madrid a ver a Yolanda y el resto de amigos? No. Tendría que quedarse en casa de sus padres, sería peor no hacerlo, y no le apetece nada. Ya no será capaz de callarse delante de su padre como se habría callado antes. ¿Y Manuel? ¿Y si se acerca a Barcelona a verle? Tampoco es buena idea. Además, no quiere transmitir al pueblo la sensación de que abandona. Esperará aquí el dictamen sobre su continuidad. Si tiene que dejar su casa y su consulta, que sean otros quienes la obliguen. Mañana abrirá el dispensario como cada día y hará sus visitas. Sin embargo, tiene la sensación de que no será recibida como siempre. «Perder en tiempos de derrota». ¿Dónde ha leído esa frase? ¿En algún periódico? ¿O es otra idea nacida de sus sueños?

Incapaz de concentrarse, devuelve el telescopio a su sitio y sube a la cocina. ¿Tiene hambre? ¿Tiene sed? ¿Y si pica algo o se abre una cerveza? Indecisa, sin saber cómo acallar el hormigueo, examina la nevera abierta. Pero ¿por qué esa inquietud? No es por su situación administrativa, confía en que la cosa no pase de una anécdota que contar el día de mañana y, a las malas, si la amonestan, podría pedir el traslado a otra provincia. O trabajar en alguna clínica privada. El resto parece estar en equilibrio: Micaela está mejor, acude con regularidad al colegio, no ha tenido más episodios de ausencias; Clementina baja a comer los domingos con la familia; ella ha logrado liberar de responsabilidad al enterrador y vive en una casa estupenda que parece hecha a su medida. En cualquier caso, ha aprendido que, aunque en el mundo exista el mal, ella sola no puede extirparlo.

A pesar de ello... el run run no la deja. ¿Será lo que dice el alcalde? ¿Será que, al quedarse sin propósito, sus días recaen en el mismo vacío ocioso de antes? Hasta la luna y las estrellas le saben a poco. Entonces ve sobre la encimera la vela y la palmatoria que pidió Micaela. La coloca y la prende. Una vela en la ventana. Una vela por los ausentes.

Las cerezas adornan las ramas. Algunas están listas para la cosecha. Aparca el coche y ve a Josefina en uno de los bancales que rodean el mas. Va echando frutos en el mandil. Escoge las más rojas, antes de que los pájaros se adelanten y las picoteen. El perro Duglas se lanza a recibir a la doctora con sus roncos ladridos, pero ella le deja acercarse con confianza. Ha aprendido a distinguir los perros que muerden de los que no.

—Hola, Duglas, hola... Quita, que me llenas de barro.

El perro agita el rabo y continúa ladrando mientras ella saca el maletín del asiento trasero. Josefina echa las cerezas en un cesto.

—¿Cómo está, doctora?

Nieves elude responder, no podría definir a ciencia cierta su ánimo. Mientras la inspección y el colegio de médicos estudian su caso, los días le parecen un paréntesis que le ha sido concedido por misericordia.

—¿Cómo siguen ustedes?

—A ver qué le dice mi marido. No quería que la avisase, pero para mí que algo no anda bien. Lleva varios días sin gana de comer.

—Ha hecho muy bien en llamarme, Josefina, para eso estamos.

Se internan en la casa y luego en la alcoba oscura, donde a Nieves le parece que haría falta una ventana bien grande en lugar de ese

ventanuco. No piensa en los inviernos de hace cien, doscientos años, cuando se construyó la vivienda y no existían ni estufas ni calefacción ni medios para pagarlas. En la cama está Julián, el marido de Josefina. Nieves le toma la tensión, la temperatura, le ausculta.

—No parece respiratorio. Respirar respira usted muy bien, Julián —dice, animosa.

Pasa a comprobar el color de sus uñas, el aspecto de la piel de sus extremidades inferiores, y a palparle el abdomen. Ha traído lo necesario para extraer sangre y llevarse las muestras. Sospecha que el mal de Julián puede venir de la vesícula, hace tiempo que le da guerra. Le pone la goma, prepara los tubos. El hombre la observa callado, atento. Tiene una salud delicada, lo aquejan muchos pequeños males, lastres de los años trabajados en las minas. Nieves sonríe para transmitirle confianza.

—¿Se marea usted cuando le sacan sangre? —pregunta, más por hacerle hablar que por saberlo. Quiere constatar que rige. Julián, con esfuerzo, se recuesta en los cojines que Josefina le coloca tras la espalda.

—Me han dicho que anda usted metida en un berenjenal.

«Berenjenal». La expresión la hace sonreír, pero ni niega ni asiente. Es la mejor manera de sortear los chismes, no hacer acuse de recibo.

—¿Sabe que yo me crie en Rovelo? —prosigue el hombre.

—No tenía ni idea, Julián. Sabía que no era usted de aquí, pero no sabía exactamente dónde había nacido.

—Tiene usted que preguntarle al carpintero.

—¿Qué carpintero?

—El de Rovelo. Yo creo que no habrá muerto. Me hubiera enterado.

—¿Preguntarle por qué?

—Por eso que quiere usted saber. Y, si no, rebusque bien en los archivos del ayuntamiento. Mi padre era alguacil, traía y llevaba el correo que llegaba de Madrid cada semana.

—Ya. Bueno, se lo agradezco, pero ese tema es cosa de la familia. Yo no soy la persona indicada. Mejor me ocupo de mí para poder ocuparme de ustedes. ¿No le parece?

—A la familia no les darán explicaciones. No les han dejado meter baza nunca y no les van a dejar ahora. Pero, si usted quiere, allí encontrará lo que busca.

Nieves termina de extraer sangre y la guarda en un envase isotérmico. Se quita los guantes. La propuesta del hombre no la tienta. Es insensato empecinarse y salpicar a otra persona más.

—En cuanto tenga los resultados, los llamo. De momento tómese esto.

Josefina la acompaña hasta el coche. El perro, conforme con su presencia, dormita cuando sale.

—No tengo más que queso para darle. ¿Quiere usted llevarse unas cerezas? Son las primeras.

Y de golpe, cuando Josefina le ofrece la bolsa con el queso y las cerezas, Nieves nota un nudo que se deshace en su pecho y sus ojos se empañan. Josefina lo nota y lo recibe con una sonrisa cálida. Nieves no era consciente, pero había dejado de creer que sería bien recibida, se veía expulsada de la comunidad, creía haber perdido el privilegio de los pequeños premios, los agradecimientos y la confianza que tanto significan para ella. Ha tenido que peligrar su

puesto para comprender que lo más valioso de convertirse en médico ha sido formar parte de este paisaje.

Se seca los ojos en un gesto rápido, sonríe y calla. Calcula que, si articula la palabra «gracias», no podrá contenerse. Se sentiría ridícula echándose a llorar delante de una paciente por unas cerezas y un queso. Sube al coche, pero antes de marchar, baja la ventanilla:

—¡Josefina!

La mujer se acerca.

—¿No tendrá usted miel? Se la compro.

—Algún tarro me queda, sí. Pensé que la miel no le gustaba, como la otra vez no me volvió a decir nada...

—La otra vez fue hace mucho tiempo. Esta quiero mandársela a mis padres para que se enteren de las cosas tan buenas que hay en estos pueblos. ¿Cuánto es?

—Que no, mujer, que se la regalo con mucho gusto.

Josefina regresa enseguida con el tarro. Para Nieves es un trofeo, la recompensa por ese mundo que se ha creado, el suyo, lejos de la intransigencia de su padre y la resignación de su madre. Los puede imaginar abriendo el paquete en el piso de Madrid, adoptando un gesto escéptico mientras examinan el tarro. Que capten el mensaje o no da igual.

Y entonces sí, mientras circula entre los pinares que corre el riesgo de no volver a ver, llora.

Pasan los días y la inspección no se pronuncia. ¿Es lo que llaman silencio administrativo? ¿Debe preguntar o es mejor callarse y esperar que el océano burocrático trague su infracción y la diluya? Sin la amistad de Jacinta, sin Loreto la enfermera, distante también de su madre, no tiene a quién confiar sus dudas. Con sus pacientes mide cada palabra sin salirse de lo estrictamente profesional. Todavía se siente juzgada por algunos y, sean imaginaciones suyas o sea una realidad, poco puede hacer aparte de dejar que el tiempo transcurra y sus acciones honestas le devuelvan la credibilidad. Mientras, espera que los días corran y se conviertan en semanas y luego en meses. Se «entretiene», como le recomendó el alcalde, en su querida casona: barniza una mesa, encola una silla... En cierto modo se siente contaminada y, para no poner a nadie en un compromiso, no busca ni compañía ni conversaciones, por lo que ella misma ha acrecentado su aislamiento. Fuera de la consulta, solo ve a Damián, cuya ayuda sigue precisando de tanto en cuanto. El discreto Damián llega, arregla lo que tenga que arreglar y se va, ni hace preguntas ni muestra ningún cambio hacia ella.

Una tarde en que hojea densos artículos médicos intentando abstraerse de sus preocupaciones, Damián, que está instalando una caldera nueva, pregunta:

—¿No tenías un telescopio para mirar el cielo?

—Sí —responde ella vagamente—. Hace tiempo que no lo uso.

—Lo digo porque se acerca el solsticio. Para la luna nueva habrá un eclipse lunar parcial y parece que unos días después puede haber lluvia de meteoros.

Nieves levanta la mirada de sus papeles. No tenía la menor idea de que a Damián le gustara la astronomía. Él explica que es aficionado desde chaval, aunque no tiene un telescopio tan bueno como el suyo.

—Cuando quieras te lo presto.

—Tengo una idea mejor. Si te apetece, te vienes. Desde la ermita hay buena visibilidad. Seguramente se apunte más gente. No somos muchos, pero es un grupo majo.

Nieves sonríe, tocada. Damián, el callado Damián, el de las botas limpias, ha percibido su soledad y le ofrece una salida. No se le hubiera ocurrido dar ella el paso, tal es su inclinación a no molestar, a no interferir, a esperar que las iniciativas sean de otros, nunca suyas.

Damián rebusca en su caja de herramientas.

—¿Ya no quedas con tu amiga Jacinta?

Ella se pregunta si es mejor utilizar eufemismos y no abundar en el tema.

—Hace tiempo que no nos vemos...

Tanto aislamiento pesa. Quizá con Damián, que la sigue tratando como antes, que le ha echado más de un cable con tuberías que revientan en domingo y plomos que saltan a las nueve de la noche, valga la pena arriesgarse y se sincera:

—Discutimos, ¿sabes? Por la familia de Joaquín, que estuve ayudándolos a localizar a sus familiares, los que mataron. Sabes de lo que te hablo, ¿no?

—Perfectamente. Joaquín y yo fuimos juntos a la escuela. Es buen amigo. A mí me parece bien lo que hiciste.

—Gracias.

—No las merece. Tú eres la médico. Tú puedes hacer lo que te dé la gana. Tienes mando. Sabes más que ellos.

—Qué dices.

Se sonroja, preferiría que no fuera así, pero cuando percibe el interés de un hombre, se abruma. Damián no se asusta, no cambia su mirada amable, de igual a igual, de una simpatía respetuosa. Y ella se fuerza a no retirar la suya. Aunque sienta sus mejillas arder, las manos temblar, le mira sin replegarse, como si en estos meses desde que se mudó a la casa entre los dos hubieran aprendido una leve coreografía que han estado ensayando y solo ahora se despliega.

—Mando no tengo ninguno. A lo mejor me echan del pueblo.

—Eso no está bien. Es una falta de respeto. El veterinario es un necio, un cafre y un borrachín. Sé más yo de vacas que él. No te dejes avasallar. Y Jacinta fue mi maestra, ¿sabes? Bueno, de todos nosotros. La conozco muy bien. Es muy buena persona. Gracias a ella estudié con beca interno en los jesuitas. Hice perito agrícola.

—¿Perito agrícola? ¿Y qué haces arreglándome la caldera?

—Estuve un tiempo en una fábrica de piensos en Zaragoza, pero siempre me gustó trabajar con las manos, arreglar cosas, fabricarlas... Me harté y me volví. Las tierras de mis padres no dan mucho y esto lo disfruto. No hay un trabajo mejor que otro.

—No hay un trabajo mejor que otro —repite Nieves. Ella también lo cree.

—¿Por qué no llamas a la maestra? Está muy sola. Ahora que el curso se acaba, va a tener mucho tiempo libre. ¿No la echas de menos?

—Mucho, la verdad. Muchísimo.

El sábado por la mañana no aguanta encerrada en casa. No quiere leer, no quiere limpiar, no sabe qué hacer consigo misma. Los días son cada vez más largos. El sol empieza a calentar, aunque las noches sigan siendo frías. Pronto entrará el verano. Se calza unas playeras y se echa a la calle para caminar. Para no cruzarse con el veterinario, toma otra ruta y cuando se quiere dar cuenta, lleva casi dos horas de caminata y está entrando en el pueblo de Jacinta. Se planta en su puerta y llama, no tímidamente, como aquellas primeras veces, con fuerza. Jacinta no tarda en abrir. Lleva puesto el chándal de hombre, el que le queda grande y es evidente que era de su marido. No parece sorprendida de ver a Nieves, como si hiciera tiempo que esperaba esta visita.

—¿Me puedes dar un vaso de agua?

—Estás empapada. No me digas que has venido andando. Pasa, anda.

Sentada en la cocina, Nieves apura un vaso de agua fresquísima bajo la luz del ventanal gemelo al suyo. Jacinta se mira las uñas, incómoda, distante.

—¿Te importa si me quito las playeras? Creo que me han hecho rozadura.

Jacinta asiente y la mira, esperando.

—Perdóname si estas semanas de atrás no te he llamado. Te podría decir que estuve ocupada, pero sabes bien de qué calibre son mis ocupaciones ahora mismo: las que yo misma quiera imponerme. La realidad es que te he evitado.

—Damián me ha contado que tienes problemas con la inspección. No sé si tendrás ya la resolución.

—Ya ves, piensan lo mismo que tú, que me salí de mi papel.

—Nieves, eres una gran médico y lo vas a ser aún más a poco que te dejen. Sería una pena que perdieras la plaza.

—Yo no quiero ser cobarde.

—No se trata de ser cobardes.

—No quiero mirar para otro lado. No quiero ser de los que dicen «no te busques complicaciones», «zapatero a tus zapatos»... como mi padre. No estudié Medicina para eso.

Jacinta calla y niega. Esta chica no tiene remedio. Nieves no desiste:

—¿Cuántas veces me has hablado de tu marido?, ¿de lo duro que se te hace vivir sin él?, ¿de que te sientes vacía, sin rumbo, sin propósito?

—¿Qué tiene que ver eso? No estamos hablando de mí.

—Pues eso mismo multiplicado por cien es por lo que pasó la abuela de Micaela, solo que con una diferencia: ella no ha podido hablarlo nunca con nadie. Todo ese dolor y ese pánico se lo ha tragado. ¿Te crees que no tiene consecuencias?

Jacinta resopla y calla. Nieves continúa:

—No eres la única que lleva una olla a presión dentro, Jacinta. Lo mismo le puede pasar a una chiquilla de nueve años. Y no todo el

mundo sale indemne.

Jacinta no quiere seguir por ese camino, señala los pies de Nieves.

—Los tienes en carne viva. Voy a traerte un barreño y los metes un poco en agua.

Sale hacia el lavadero. A solas, Nieves mira el entorno: la cocina que tanto le gustó la primera vez, con su ventanal, sus ramas de laurel, de manzanilla, su especiero, sus recetarios y sus cerámicas populares, su gran mesa de madera... Parece que hace un siglo de aquello. Jacinta regresa con una jofaina, se arrodilla y, con la facilidad de quien ha sido madre, coloca los pies de Nieves dentro.

—Echo de menos nuestras charlas. Y tus botellas de vino —dice Nieves.

—Yo también.

—Mi padre nos enseñó mal, Jacinta. Nos enseñó que la única salida a los conflictos era la victoria, aplastar al otro con tus razones, pero no es así. Yo no busco la victoria. Ni siquiera el conflicto. Yo me he encontrado con un problema y busco soluciones. Soluciones entre todos. Y yo sé que en eso puedes ayudarme.

—De todos, Nieves, soy la maestra. ¿No lo entiendes?

—Necesito pedirte algo. He venido para eso.

Jacinta no quiere escuchar, no quiere que su amiga la convenza. Le da la espalda para sacar de un cajón un paño limpio. Nieves no se arredra:

—Necesito unos datos, quiero acceder al archivo del Ayuntamiento de Rovelo. Tu marido era secretario, ¿verdad? Seguro que tienes contactos.

Jacinta deja el paño sobre la mesa. La mira sin entender de dónde nace esta osadía.

—No pido que vayas tú. Solo que me facilites la cita. Tú conoces a todo el mundo. No hace falta que te pongas de mi lado.

—Yo estoy de tu lado, en eso es en lo que te equivocas. Mis padres también perdieron la guerra. ¿Qué te piensas? Por eso sé cuánto se juega esa familia. Y a veces está bien ser cobarde. A veces no queda otro remedio.

Nieves no deja que la desvíe de su objetivo:

—Son registros bastante antiguos. Años cuarenta y cincuenta. Correspondencia. ¿Tú crees que los guardan?

Jacinta la mira de nuevo de arriba abajo y suspira: la osadía de esta chavala.

—Pero ¿cómo vas a ir tú, si te tienen calada?

Y le pasa el paño limpio para que se seque los pies doloridos.

En estos años desde que murió su marido, Jacinta ha evitado cuidadosamente pisar el ayuntamiento donde trabajaba. Las dependencias municipales que asocia con Bernardo son territorio minado y teme el sufrimiento que pueda causarle ver de nuevo simplemente la fachada. Estuvo con sus hijos a los pocos días de su muerte para recoger los efectos personales de su escritorio y no ha vuelto. Según conduce hacia allí recuerda lo que más la conmovió: un cárdigan de punto con coderas de ante colgado del perchero, su último regalo por el día del padre. Lo conserva en una caja bajo su cama. No cree que se desprenda de él nunca, se hacen compañía la chaqueta a ella y ella a la chaqueta.

Aparca y mira el edificio que tan bien llegó a conocer su marido, domina la emoción como puede y se dice:

—En qué fregaos te metes, Jacinta.

Y entra con pie firme en el ayuntamiento.

Esa tarde a Nieves se le hace eterna. Lee de arriba a abajo la prensa y, cuando, por ocuparse con algo, está a punto de reorganizar de nuevo el historial de Micaela, suena el timbre. Corre a abrir.

—¿Cómo ha ido?

Jacinta entra fiel a su estilo, enérgica, como si el mundo fuera su aula y le tocara poner orden.

—Bien. Vamos a la cocina y te lo cuento. Necesito un café con leche, que me lo he saltado y ya sabes el enganche que tengo a la cafeína.

—¿Cómo se lo has planteado?

—Le he dicho que estoy preparando un artículo sobre la historia de las maestras rurales en la comarca y que necesito consultar unos datos.

—Muy buena excusa.

—La primera que se me ha ocurrido. He puesto cara de lástima y me he hecho la viuda desconsolada que tiene demasiado tiempo entre las manos y necesita entretenerse. Que, bueno, es lo que soy. Porque ya me dirás qué hago aquí contigo.

—¿Y cuándo te dejan entrar?

—Mañana, me ha dicho que mañana mismo.

—Formidable.

Nieves prepara el café. Jacinta se deja caer en la silla, soltando la tensión:

—Qué bonito y qué sencillo es mentir, Nieves, qué pena haberlo descubierto tan tarde. Y no te pienses que haber usado la viudedad para manipular a los compañeros de Bernardo me produce mala conciencia. Ninguna. De pronto me he visto allí y he pensado que la administración me lo debía. El trabajo le ha robado a mi marido muchas horas que podía haber pasado con la familia.

La tarea en el ayuntamiento es bastante sencilla. Ha venido tan bien recomendada que la alguacila le abre la puerta del archivo y la deja allí con la estufa encendida. En los sótanos todavía se nota el frío. A diferencia del caótico despacho del alcalde, el archivo está un poco polvoriento pero bien clasificado. El clima seco de estos parajes logra una conservación óptima. Pero no encuentra nada que tenga que ver remotamente con el cementerio y regresa a casa fatigada y mareada de tanto leer letra pequeña y caligrafías anticuadas y de tanto respirar polvo.

Está saliendo de la ducha cuando suena el teléfono. No le cabe duda de que será Nieves. No la llama mucha más gente.

—Dime, Nieves.

—¿Cómo ha ido? ¿Encontraste algo?

—¿Qué te dijo exactamente tu paciente?

—Que mirara en los archivos, que lo que buscaba estaría allí.

—De momento no he encontrado nada. ¿Pero qué tipo de información es? ¿Te concretó algo?

—No especificó.

—¿Y no le preguntaste?

—La verdad, dadas las circunstancias, me pareció mejor no seguir buscándome problemas. Puedo visitarle mañana y averiguar más.

—Espérate, no vayamos a levantar la liebre. Hubiera estado bien tener más pistas. En fin, tampoco es un archivo tan grande. Seguiré.

—¿Por qué no te pasas por casa cuando acabes? —propone Nieves—. Te invito a cenar. ¿O te sigue preocupando que te vean con esta loca?

—Calla. Mañana cuando salga nos vemos. Me voy a acostar, que estoy derrengada. Buenas noches.

—Buenas noches.

Al otro día, Jacinta va mejor pertrechada. Lleva guantes, un pañuelo de seda con el que cubre nariz y boca y una buena lupa. Abre cajones, saca carpetas, pasa hojas y examina escritos, cuando unas frases llaman su atención:

> ... sírvase V.E. solicitar la colaboración de Párrocos y Autoridades locales que considere puedan facilitar la labor que les encomienda. Asimismo, deberá V.E. remitir en el mismo plazo de un mes al Gobernador Civil de la provincia y éste al Consejo, una relación de los mártires y héroes enterrados en Cementerios Católicos, Iglesias o Panteones privados y caídos en nuestra Cruzada, así como caídos en el frente o inmolados y enterrados en fosa común, identificados o no, en quienes concurran las circunstancias antes expresadas para que sus restos sean trasladados al Monumento. Con anterioridad al 1 de febrero de 1959 deberán tenerse preparados los restos en cajas para poder estudiar el recorrido necesario que realizarán los camiones de transporte para la recogida y traslado al Valle de los Caídos, en atención a las siguientes especificaciones: cajas o columbarios, individuales o colectivos; y a las siguientes categorías según la situación de los enterrados...

Mira el encabezamiento: «Circular del Ministerio de la Gobernación a los Gobiernos Civiles de todas las provincias, 23 mayo de 1958». Anota la fecha en su cuaderno y pasa al siguiente documento:

> ... por dicha Comisión se han estudiado cuantas cuestiones se refieren a las operaciones de clasificación de los restos que han de ser trasladados: confección de cajas para restos individuales identificados (de 60 x 30 x 30 centímetros); restos colectivos sin posible individualización (de 120 x 60 x 60 centímetros); fechas en que, en cada provincia, tendrán lugar las

> exhumaciones y depósitos de restos en las cajas. Sobre tales particulares, recibirá V.E. en el momento oportuno las instrucciones pertinentes, pero, por el momento, he de encarecerle que, a la mayor brevedad y, desde luego, antes del día 20 del próximo mes de noviembre...

A su pesar el corazón le empieza a latir más fuerte. Necesita aire, le falta, se desabrocha la camisa. Vuelve a mirar el escrito. A ver si se ha equivocado. Buscaba alguna información sobre el cementerio, pero no esperaba tanto. Copia los datos con manos temblorosas. Querría hacer fotocopias, pero le da miedo delatarse. Son cerca de las seis, la hora que la alguacila le ha puesto como límite. Decide volver a guardar las carpetas. Y mientras abre el archivador, una cuartilla manuscrita resbala al suelo. Se agacha para recogerla. Es un recibí de un carpintero por unos trabajos. La alguacila entra y apaga la estufa.

—Siento molestarla, pero me tengo que marchar y hay que dejar esto cerrado.

—Sí, sí, claro —contesta Jacinta, disimulando—, iba a recoger.

En cuanto la alguacila desaparece, esconde la hojita en su bolso.

Nieves lee las notas de Jacinta, conmocionada. «Restos colectivos sin posible identificación», la expresión repiquetea en su cabeza. Es decir, que la autoridad ordenaba extraer a los muertos de sus sepulturas, de las fosas, fosas con cuerpos dejados caer a la tierra sin orden ni concierto, ejecutados en grupos y sepultados del mismo modo, sin ataúd, sin ceremonia alguna. O sea, que tenía razón. Tiene razón. Clementina decía la verdad. En esas páginas está lo que hicieron con sus familiares y con muchos otros.

Jacinta bate los huevos para hacer una tortilla paisana. Si deja la cena en manos de Nieves, no cenan ni a las doce de la noche con lo alborotada que está.

—Hicieron exhumaciones masivas, Jacinta, y obligatorias. Los desenterraron.

—Eso parece.

—Y, por lo que dice aquí, ni se lo comunicaron a los familiares.

—No sabes qué hambre traigo. ¿No tendrás un poco de queso de ese que te regalan tus pacientes? Para ir picando mientras se cuaja esto.

—Queso y cerezas de Josefina. Es la única que me regala algo últimamente.

Jacinta va hacia a la alacena.

—Ah, por cierto. He encontrado una cosa curiosa. —Revuelve en su bolso y saca la nota del carpintero. Nieves mira el pequeño papel sin comprender—. Es el albarán de un carpintero.

—Ya lo veo.

—Le pagan por hacer unas cajas. Yo creo que para trasladar restos.

—¿Restos de qué?

—¡De muertos, mujer, de tus muertos!

Nieves se fija mejor, intenta descifrar la caligrafía anticuada.

—Julián mencionó algo de un carpintero. Que hablara con el carpintero. ¿Qué restos iban en las cajas? Tendrían nombre. ¿No figuran? Necesitamos los nombres.

—Pero vamos a ver. ¿No te alcanza con todo lo que te traigo? —Jacinta vuelve al fogón para bajar la lumbre—. Todo encaja. ¿No? La tortilla va a estar enseguida. Deja eso y pon la mesa.

—¿Por qué iban a meterlos en unas cajas? ¿Y tantos años después? ¿Has visto la fecha? Pone 1959.

—Claro que he visto la fecha. También he encontrado una circular de Gobernación. No he podido hacer fotocopias, pero mira, lo he apuntado ahí en la otra página. Primero piden que informen de las fosas, luego encargan las cajas y después dan instrucciones para el traslado. Por eso tu fosa estaba vacía.

Está orgullosa, como si acabara de resolver un ejercicio de trigonometría complejísimo. Va directa a la botella de vino para descorcharla, pero Nieves permanece inmóvil, pensativa. No comparte el alivio de Jacinta. Se deja caer en la silla. Mira ese papel desgastado, luego las notas de Jacinta. Parece abatida:

—Trasladarlos... ¿Adónde?

Jacinta pasa la tortilla al plato y la coloca sobre la mesa.

—Espero que me haya quedado jugosa. Esta lumbre no es como la mía. Bueno, ¿qué?, ¿te sientas? Trae el pan, haz el favor.

Nieves no se mueve, pensativa. Jacinta hace acopio de paciencia:

—Al Valle de los Caídos. Tenían que llegar allí antes del 1 de abril de 1959, para el aniversario.

—¿Qué aniversario?

—De la victoria, del final de la guerra. Cómo se nota que los de tu generación no habéis tenido que hacer Formación del Espíritu Nacional. Toma.

Jacinta le ofrece la copa. Nieves tiene la mirada puesta en el ventanal. El sol aún brilla. Los días más largos del año se acercan.

—Nieves... Venga, que se enfría.

—Jacinta, tienes que volver.

—Volver ¿adónde?

—Allí. A sacar fotocopias de todo.

—¿Fotocopias? ¿¡Cómo voy a sacar fotocopias!? Entonces se descubre el pastel. No, no. Yo ya he terminado. Me pediste un favor y te lo he hecho. Más no puedo hacer.

Jacinta va a por el pan, porque Nieves sigue en pie, no se mueve, solo mira el recibo del carpintero.

—No sé cómo se lo voy a contar. Es todo tan horrible, tan sórdido... Sacaron los huesos para servir de relleno en el monumento a los que les mandaron matar.

Jacinta calla, se le está quitando el hambre porque de golpe comprende que lo que está sobre la mesa no es resultado de un juego, ni un entretenimiento intelectual para viudas. Es la vida y la

muerte. Por un rato, después de tres años, la muerte se le había olvidado.

A la mañana siguiente, Nieves está a punto de salir para el dispensario, cuando el teléfono suena. Vuelve sobre sus pasos, fastidiada.

—Dígame.

—Hola, Nieves. Soy yo. Me ha dicho tu madre que te has metido en un lío.

Vaya sorpresa. Es la última persona de la que esperaba una llamada.

—Hombre, Manuel. ¿Y desde cuándo hablas con mi madre?

—Está muy preocupada. Me llamó. Quiere que te convenza de... No sé muy bien de qué.

—No sé para qué le cuento nada.

—Dice que cada vez la llamas menos.

—Estoy liada.

—Y dice que has tenido un problema en el trabajo bastante grave.

—No puedo ser una cobarde toda la vida.

—No eres cobarde. Irte sola de médico rural a un pueblo al que no te une nada requiere mucho valor.

A Nieves le sorprende escuchar un elogio de boca de Manuel, siempre tan parco con ella. Deja el bolso. Se sienta.

—Sí, pero ya se está solucionando —dice manteniendo la mayor dignidad posible en la voz.

—También me ha dicho que te has cambiado de casa.

—Sí, a esa que a ti no te gustaba.

—Menos mal que tienes el mismo número.

—Sí, conseguí que me pusieran el mismo.

¿«Menos mal»? ¿Qué ha querido decir Manuel con «menos mal»? ¿«Menos mal que no has desaparecido del todo»? ¿«Menos mal que si me da el capricho puedo llamarte para que bailes al son que yo toco»? ¿Es que espera o pretende algo con ella? Se hace un silencio, como si Manuel no supiera cómo seguir.

—¿Alguna cosa más? ¿Qué te ha pedido exactamente mi madre? No tienes ninguna obligación. No sé para qué lo ha hecho.

—No, bueno, sí...

—Haberle dicho que no.

—Es que yo también me quedé preocupado. —Nuevo silencio—. A veces pienso en ti. En nosotros.

Lo que hubiera dado Nieves hace ocho, diez meses por escuchar esas palabras. Llegan tarde.

—No estábamos hechos el uno para el otro, Manuel. A mí me gusta esto. Aunque tenga sus inconvenientes, me gusta. A ti no... Yo no le tengo miedo al invierno.

Manuel no se da por aludido, prefiere pasar al asunto que le interesa:

—¿Sales con alguien?

A Nieves, en lugar de halagarla, la pregunta le decepciona.

—¿Importa eso?

—O sea, quería decir que cómo estás. No me ha salido bien.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? ¿Al fin tienes lo que quieres?

—Nunca se tiene lo que se quiere.

—Hay gente que sí. Yo lo tengo. No es perfecto, pero lo que tengo, lo quiero.

Fiel a su estilo, Manuel elude entrar en materia:

—El departamento está muy bien. Y tengo muchas posibilidades de sacarme la plaza de profesor titular. Va a haber vacantes.

—Pues genial —dice Nieves sin muchas más ganas de saber de su vida. Reconoce ese tono de voz que Manuel tantas veces usó durante sus años juntos para reclamar atención, mimos, espacio. Una atención, unos mimos y un espacio por los que el mundo debía pararse y que luego no era capaz de darle a ella.

—Un día podríamos vernos. Podrías venir a Barcelona. En mi piso hay sitio.

—No lo sé, Manuel. ¿En plan amigos o en qué plan?

—Nieves, me fui así porque no me quedaba más remedio. —Nieves no tiene ganas de oír sus excusas y menos a estas alturas, así que calla. Manuel insiste—: ¿No me preguntas si estoy con alguien?

—No, no te lo pregunto. —Una sensación desagradable se le está poniendo en el estómago, como si le hubiera caído mal el desayuno —. Oye, ¿te importa que hablemos en otro momento? Es que tengo que abrir la consulta, estoy sin enfermera.

—Sí, cuando quieras.

Pero antes de colgar, tiene una idea. Al fin y al cabo, Manuel le debe más de un favor. El principal, no haberle reprochado nunca el modo en que rompió.

—Entre tus compañeros de departamento, ¿no habrá alguien que esté puesto en asuntos del franquismo?

—El departamento de contemporánea es muy bueno. ¿Por? ¿Te ha dado por la historia, ahora que me he ido? —dice Manuel con una risita. Quizá cree que es un truco de Nieves para tender puentes.

—No exactamente. Necesito un favor —dice ella, directa, contundente.

—Si es facilito...

—Te llamo desde la consulta y te explico. Es sobre el Valle de los Caídos, sobre cómo se construyó.

—¿Sobre el Valle de los Caídos?

—Sobre su construcción.

Manuel está desconcertado. Esta no es la Nieves que él recuerda. Tampoco su voz, hay algo distinto.

—Sí, te llamo en cuanto tenga un hueco y te explico más despacio.

Cuelga y sale para el dispensario. Si le puede sacar partido a la llamada de su ex, no habrá sido mala cosa que su madre le haya ido con el cuento. Ya no es una niña que necesita protección, como piensa su madre, pero de vez en cuando está bien parecerlo.

En cuanto tiene un hueco entre pacientes vuelve a llamar a Manuel y le hace un resumen del historial de Micaela y de su familia. Intenta pasar de puntillas por el expediente que le han abierto por asaltar cementerios por la noche, pero lógicamente es la parte que a Manuel más le divierte. También intenta no dar detalles sobre el episodio en el que Jacinta engaña al secretario del Ayuntamiento de Rovelo para fisgonear en su archivo, en este caso para no comprometerla. Logra superar el interrogatorio de Manuel lo más

dignamente posible y quedan emplazados a que la llamará en cuanto tenga alguna pista.

Esa misma noche, cuando está viendo un capítulo de *Treinta y tantos* suena el teléfono. Tiene tanta urgencia por cogerlo que derrama la infusión que se había preparado después de cenar. Casi se quema la mano.

—Diga... —dice mientras sopla para calmar el escozor.

—Soy yo.

—Espera, que cojo papel y boli. ¿Qué tal? ¿Averiguaste?

—Sí. Alguna cosa. Mira, se calcula que son entre treinta y cincuenta mil cadáveres, o restos de cadáveres, los que hay ahí metidos. Aunque para entonces habían pasado veinte años del final de la guerra y me imagino que todo lo que encontrarían en esas fosas eran huesos y harapos.

—¿Tantos?

—Sí. Eso me dicen los que se lo saben.

—Pero no a todos los fusilaron en la guerra. Aquí hasta bien entrados los años cuarenta seguían fusilando. Esos son los muertos que estoy buscando.

—Parece que no hacían muchas distinciones.

—¿Y cuándo movieron esos restos al Valle de Los Caídos?

—Entre finales de 1958 y abril de 1959 más o menos.

—En muy poco tiempo, unos meses.

—Querían celebrar los veinte años de paz y había que dar lustre a la cosa. Y como buenos españoles lo hicieron chapuceramente.

—¿Y podían hacerlo sin pedir permiso a las familias ni nada?

—Podían hacer lo que les diera la gana, Nieves. Muchas familias, como la de tu paciente, no sabían ni dónde estaban sus muertos. Y

a los que les tocaba desenterrar, tampoco podían negarse, no les quedaba otra que obedecer. Te lo pedía el alcalde de tu pueblo, ¿y quién era el guapo que se negaba? Supuestamente era un honor que quisieran llevar a tu familiar allí. Y si el pariente que estaba en la fosa era un rojo, la familia con mayor motivo tenía que tragar.

—A esta familia no le pidieron permiso. A día de hoy, no saben nada. Ni la menor idea de dónde fueron a parar los huesos de su gente.

—Por lo que me han contado, debió de ser el caso de muchos. Se liaron a desenterrar deprisa y corriendo, y, hala, a Madrid. Ya te digo, una chapuza. Al ministro se le echaba el tiempo encima, Franco quería su ceremonia y no se pararon en detallitos como informar a las familias. Aparte, que habría muchos muertos sin identificar, gente a la que le habían dado el paseo sin juicio ni nada y que terminó en una zanja. ¿Me explico?

Todavía le duele la quemadura, Nieves toma nota como puede.

—¿Y se puede comprobar si los restos de unas personas concretas están allí? ¿Hay un registro?

—Por lo que he indagado, no. Pero es un tema un poco oscuro. Está en manos de los benedictinos de la abadía y... He preguntado a algún compañero de Madrid que anda en temas de la Guerra Civil, pero tampoco ha sabido decirme.

—¿Y si escribes, yo qué sé, a algún ministerio o lo que sea como si fuera parte de tu investigación de tesis?

Manuel ríe, halagado de que Nieves le pida otro favor. Eso significa que le está perdonando, restaura algún tipo de equilibrio de fuerzas entre ellos.

—Nos quieres enredar a todos, ¿eh?

—Manuel, tú querías ser historiador, ¿no? Cuesta creer que, en este país donde para todo te piden el DNI, las personas puedan desaparecer sin dejar rastro.

—Nieves, no me has entendido. ¿Has estado alguna vez en el Valle de los Caídos?

—Una vez de pequeña, cuando se murió Franco. Ya sabes cómo es mi padre, nos llevó un domingo, pero no recuerdo mucho.

—Es inmenso. Metros y metros cúbicos de bóvedas llenas de huesos enviados de toda España sin orden ni concierto.

—Pero vamos a ver, ¿cómo van a hacer un monumento funerario en homenaje a los caídos... y no ponen los nombres?

—Volveré a preguntar, pero que yo recuerde ahí nombres solo están el de José Antonio y el de Franco.

—Para esta familia sería muy importante tener un sitio al que llevar flores, Manuel. Aunque esté lejos, aunque sea en Madrid. No piden más. Solo saber.

—Me imagino. Bueno, si me entero de algo más, te cuento. ¿De acuerdo?

Nieves calla, pensativa. Manuel aprovecha:

—¿Vas a venir a verme?

—Ahora no puedo pensar en eso, Manuel. Gracias, ¿eh?

—Cualquier cosa, aquí me tienes.

Nieves cuelga. No piensa en Manuel, ni en su invitación, ni en su ligero coqueteo. Solo piensa en poner un final a ese otro relato, el de Micaela y Clementina, mucho más importantes para ella.

Espera en su Mini delante de casa de Jacinta, impaciente, el motor encendido. Cuando sale, Nieves ve que se ha arreglado, está elegante, incluso se ha maquillado. Se acomoda en el asiento del copiloto con cuidado de no arrugar la falda y pregunta:

—¿Ellos van por su cuenta?

—Nos esperan allí. Joaquín salía directamente del turno y recogía a su madre.

—¿No arrancas? ¿Qué te ha pasado en la mano?

Nieves se ha puesto pomada y ha vendado la quemadura.

—Nada, que me quemé. Una bobada. ¿Me debería haber cambiado? No se me ha ocurrido que había que arreglarse.

—Me he vestido porque es lo más parecido a una ceremonia que vamos a tener. Y por respeto. Para Clementina va a ser un día importante.

—¿Te molesta si entramos un momento a tu casa? ¿Me prestas algo? No quiero presentarme en vaqueros.

Jacinta la mira, calculando.

—Déjalo, vámonos.

—No, no. Venga. Te busco algo.

En el dormitorio, Jacinta abre el armario de par en par. Nieves elige un vestido sobrio, sencillo, adecuado.

—Guapísima —dice Jacinta.

Ella oculta su incomodidad, porque es cierto, se ve y se siente guapa y es una sensación nueva. Como si la belleza y los vestidos fueran un privilegio que no se ha ganado, como si sentir el cuerpo, mimarlo y mostrarlo fuera una frivolidad, una de esas ostentaciones que su padre condena.

Clementina, Joaquín y la niña esperan ante el taller. Micaela agarrada a la mano de su padre. Nieves ha hecho bien en cambiarse. Ellos también se han esmerado: Clementina lleva el pelo canoso recogido con los peinecillos dorados, Joaquín viste camisa y pantalón de pinzas y la niña un vestido sobre el que destaca una cadenita con la medalla de la santa con su nombre.

—Qué bonitos —dice Nieves por los peinecillos—. ¿Está preparada?

—Mucho. Más que mi hijo. Míralo, hecho un flan. Dos cigarrillos se ha fumado mientras esperábamos.

Joaquín resopla:

—¿Entramos?

Y empuja la puerta de la carpintería.

Un hombre mayor, muy mayor, está sentado con las manos apoyadas en una garrota, como un viejo soldado en posición de descanso. A su lado, una mujer y un hombre de la edad de Clementina. Son su hijo y su nuera. Es evidente que los esperan porque también ellos se han vestido formalmente. Nieves saluda:

—Con permiso. Buenas tardes. ¿Cómo están? Gracias por recibirnos. Esta señora es Clementina... Su hijo Joaquín... Y su nieta

Micaela. Son los familiares.

—Mucho gusto.

Los hombres estrechan las manos, las mujeres hacen un gesto con la cabeza. Los carpinteros son parcos en palabras, tal vez están incómodos, sin saber bien cómo comportarse. A Jacinta le pueden las tablas de maestra, decide organizar aquello:

—Buenas. Primero muchas gracias por recibirnos. Yo soy Jacinta. La maestra. Encantada. Soy la que encontró el recibí.

Saca la nota que encontró en el archivo. Se la pasa al anciano.

—Es mío, sí.

—¿Y se acuerda de haber fabricado las cajas?

El anciano asiente.

—¿Cómo no me voy a acordar? Siete eran.

—¿Y de haberlas llevado al cementerio de Rovelo? —pregunta Nieves.

—Para una fosa las querían. Ya la tenían abierta cuando llegué. Me dijeron que luego iban a Madrid. Echaron los restos de las personas, yo me santigüé y me mandaron sellarlas.

—De esas cajas, creemos que una era para mi madre y otra para mi tío, ¿sabe usted? —dice Clementina.

El anciano la mira con compasión.

—Eran de madera de olivo. No me quedaba pino y me llevaron más trabajo porque es dura, pero no me importó. Pensé que, si les hubiera tocado a mis difuntos, me hubiera gustado que marcharan con los mismos olivos que habían vareado... En fin, descansen en paz.

—Descansen en paz —repite Jacinta.

Todos guardan silencio, el mismo silencio denso y rico que Nieves ya conoce, tan denso que se puede percibir con el cuerpo, un silencio parlante que transporta el crujir de las ramas, el crepitar del fuego en la cavidad del monte, los golpes de los guardias en las puertas, el entrechocar de los fusiles a la espalda, las botas que trepan por la roca, las ruedas de un carro, el lamento de una niña. Mira a Micaela. Su expresión es sosegada, no hay miedo ni angustia. Jacinta y ella le han explicado bien el sentido de la visita y ha sido la niña quien ha elegido acompañar a sus mayores.

Clementina le hace un gesto a Joaquín para que le pase el bolso. Saca un sobre y del sobre cuatro cartulinas de bordes festoneados que Nieves reconoce. Las va circulando con mimo entre los presentes. Los cuatro rostros van pasando de mano en mano en un rito privado del que hasta esta tarde era la única oficiante, la depositaria, la guardiana que velaba por los retratos como no pudo velar por los retratados.

—Este era mi padre, Alfonso... Esta, mi madre, Micaela... Este, mi hermano, Joaquín... Este, mi tío, Pruden...

En la luz cálida de la carpintería, flota un silencio vibrante. Como en el laboratorio del fotógrafo, poco a poco las facciones de los ausentes, sus miradas, vuelven a dibujarse y a cobrar las dimensiones que un día tuvieron. Los carpinteros, Clementina, Joaquín, la pequeña Micaela, una médico joven y una maestra veterana honran unas viejas fotografías que brotan de la tierra como las flores de invierno. Ya no sombras. Ya no vidas orilladas.

—Por ahí tengo unos botines estupendos que me quedan pequeños. Si te valen, para ti. Me equivoqué al comprarlos. Ya sabes, la tentación de las rebajas.

Nieves no sabe nada de la tentación de las rebajas. No ha ido de compras desde que se instaló en el pueblo. Tampoco es que en Madrid fuera a menudo. Su madre se encargaba de proponerle esas salidas. La discreción en la apariencia es otra de las consignas familiares, aunque nadie la haya formulado nunca en voz alta, como tantas otras normas. A decir verdad, con este principio comulga: ser práctica, ser clásica, piensa que va con ella. Lo que no va es la palabra «rebajas». Nunca le ha gustado el concepto, le parece que confunde el valor de las cosas. Para alguien que anhela vivir con transparencia, saldo y descuento huelen a engaño y también a lo que nadie quiere, a lo que queda relegado y hay que sacarse de encima. No le gustan las transacciones en las que el débil sale perdiendo.

Jacinta no piensa en cuestiones económicas. Saca del armario vestidos, pantalones, blusas, faldas y las va lanzando sobre la cama con una energía que Nieves observa con asombro. ¿Cuándo decidió desprenderse de sus pertenencias sin ceremonia, sin cargarlas de

significado y tratarlas como lo que son: objetos que se usan y se dejan?

—Cuánta ropa.

—Soy vieja y no tiro nada. Está todo pasado de moda.

Nieves sabe que no es la moda por lo que Jacinta está mudando la piel. Es porque se siente capaz de dar los primeros pasos en un mundo nuevo, el mundo sin su marido. Nieves acaricia los tejidos. Nunca ha sido lo que suele denominarse «coqueta», pero muchas prendas le parecen bonitas. No son las prendas en sí, sino lo que representan: una capacidad para acumular vidas, versiones de sí misma, que ella nunca ha tenido. Envidia la facilidad de otras mujeres como Jacinta para ser otras con desparpajo. Pensaba que las personas deben mostrar una sola forma exterior que contenga a la interior. Ha aprendido que, como en otras cosas, estaba equivocada.

—Quédate lo que quieras. Todo es para regalar, y lo que no quiera nadie, para el trapero —dice Jacinta, atareada.

—¿Lo de tu marido también? ¿Estás segura?

Jacinta se vuelve, mira a su amiga y asiente. No es fácil lo que está haciendo y quizá sea capaz porque está Nieves con ella, sin presionar ni aconsejar ni intervenir, simplemente acompañando, algo que Nieves sabe hacer bien.

—Hay que vivir. Yo no querría que él guardara mi ropa como una reliquia.

Le lanza un vestido. Nieves lo atrapa. Tal vez podría jugar a esa forma de estar en el mundo distinta de la suya.

—Anda, pruébate ese y píntate un poco.

Frente al espejo, con los labios pintados, el poco de rímel que Jacinta se ha empeñado en aplicarle, parece otra. O quizá parece alguien en quien puede convertirse de vez en cuando. Jacinta rebusca en los cajones para vaciarlos:

—¿Por qué nunca te pintas? Y no me digas que porque vivimos en un pueblo. En un pueblo hay que ponerse tan guapas o más que en Nueva York.

—Jacinta, tú tampoco te pintas.

—Porque yo soy un sieso. Pero sé que cuando me arreglo gano mucho. Un día de estos, nos acercamos a la perfumería de Alcañiz, te compras cuatro cosas y ya verás. Y de paso vamos al cine. A mí el cine me encanta. ¿A ti te gusta el cine?

Nieves no sabe si le gusta el cine o no. Durante la carrera iba cada fin de semana con Manuel, era una de sus rutinas de novios, aunque él era el que elegía la película. Era el entendido, el cinéfilo. Al venirse al pueblo perdieron el hábito. Él se quejaba de que en la cartelera de Alcañiz solo había películas comerciales, malas y encima dobladas. Pero le agrada la pregunta de Jacinta y contesta rotunda «Sí, me encanta el cine», no tanto por las películas en sí, sino por ese futuro compartido de apoyo mutuo que anticipa. No sabe si Jacinta es para ella una amiga, una hermana mayor, una tía, una madre... Alguien cercano en todo caso. Han vivido cambios importantes juntas, se han peleado y se han reencontrado. Con ella, Nieves ha vencido su temor a disentir, a contrariar al otro.

—¿Qué tal la otra noche?

Jacinta deja caer la pregunta, pero Nieves reconoce la maniobra. Quiere saber de la salida con Damián y sus amigos para observar el cielo. En el bar comentaron que la doctora hace planes con el chico

de Sagrario y Goyo. Aquí todos son chicos de alguien. Ella no. Ella no es de nadie, no tiene que caber en moldes ni satisfacer expectativas. Hasta ahora, no era consciente de esa ventaja.

—Bien.

—¿Bien bien o bien normal?

Nieves sonríe y calla. No quiere contestar ahora a esa pregunta. Hay aspectos que sigue prefiriendo guardar para sí. No por desconfianza, sino porque hay cosas que al ponerlas en palabras, pierden su forma exacta.

—Yo creo que te da miedo ser guapa —prosigue Jacinta.

—¿Miedo? ¿De qué? —protesta Nieves, pero sabe que Jacinta, como otras veces, se acerca a la verdad.

—Tú sabrás. Si resultas atractiva y gustas, a lo mejor hasta te sale novio. El historiador ese te ha dejado un poquito traumatizada, me parece a mí.

Nieves se ríe. Una risa sincera y ligera que la sorprende. El reencuentro con Manuel fue útil para limpiar el ambiente entre ellos. Ya puede desprenderse del pasado y bromea:

—Pero mira qué bien nos ha venido al final.

—Sí, pero ya es momento de que pases página. Hombres que merezcan la pena por suerte hay unos cuantos. El matrimonio es muy bonito.

Y en esa afirmación tan simple Nieves reconoce el hueco que la viudedad ha dejado en Jacinta. No habla de matrimonios en abstracto, sino del suyo. De esa unión particular que tuvo con Bernardo y que ahora reserva en algún lugar al que Nieves no puede acceder.

Sentada en el poyete, con los ojos cerrados y la cara levantada, Nieves absorbe el sol del verano. No los ve, pero le llegan las risas y las conversaciones de los veraneantes que se juntan para el aperitivo. Entre ellos distingue la voz de Jacinta. Tiene visita y les está enseñando el pueblo. Son maestros como ella, los ha conocido en un curso de verano. Últimamente está muy activa. Le ha dado por la historia y, si es local, mejor. Sus hijos la esperan en casa, preparan un arroz, la novia de uno de ellos es valenciana y se ha ofrecido a cocinar. Está deseando que la hagan abuela.

Nieves sostiene un vaso de vino al que apenas le queda un sorbito. Damián ha ido a por otro. No tardará en volver a sentarse a su lado con alguna tapa. Han vuelto varias noches a observar el cielo profundo que tanto maravilla a Nieves. Le gusta compartir el silencio nocturno. Es la misma clase de silencio que sintió en el taller del carpintero. Un silencio armonioso.

«En lugar de la muerte, la vida», piensa. «En lugar del invierno, el verano». No va a ser de las que se quejan del calor, los inviernos son demasiado largos por estos lares. El calor está bien, aunque con los veraneantes la población se dispare y la consulta se llene. No podrá coger vacaciones hasta después de las fiestas de septiembre. Ya le ha dicho a su madre que venga a verla entonces, cuando su padre

se haya reincorporado al trabajo y no pueda acompañarla. No lo ha dicho con esas palabras, es un pequeño ardid, pero así se ahorra discutir con él. A solas con su madre podrá tantear terrenos nuevos solo para ellas. No es un paso pequeño.

Respira hondo, tranquila, algo así como satisfecha. Tal vez sea esa la palabra, aunque le parece excesiva. No es que haya conseguido algo extraordinario. Solo estar donde está. Haciendo lo que hace. Y, de momento, le basta.

Un dedito le da unos golpecitos en el hombro.

—¿Ahora prefieres el sol a las estrellas?

Nieves abre los ojos. Cómo ha crecido Micaela, no solo en altura. Se sostiene más derecha, más segura. Las ausencias, los miedos, su desorden interno no ha desaparecido del todo, pero ya no es lo primero que se detecta en ella.

—¿Cómo estás, mocosa?

La niña se encoge de hombros y juguetea con su medalla. Pero no es apatía, es un gesto de niña normal que hace cosas de niña.

—La abuela dice que vas a ir a verla —dice, los ojos guiñados y la mano haciendo una visera para escudarlos del sol.

—Sí. El sábado.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro. Si tu madre te deja.

Micaela asiente y se queda de pie a su lado, cómoda, rascando el muro, soplando la cal que se desprende. Le gusta la doctora. Echa de menos dibujar con ella. Aunque a veces lo pasase mal, le gustaba estar en su casa. Tiene que pedirle que vuelva a invitarla a hacer bizcochos. A lo mejor puede llevar a alguna de sus primas, que

vendrán al pueblo para las fiestas. Podrá presumir de tener la confianza de una adulta.

Damián vuelve con los vinos y unas olivas negras aliñadas que a Nieves le encantan. Se quedan los tres un rato quietos, cada uno en su silencio plácido, mirando la plaza con su ritmo de charlas y cervezas y alguna mosca pesada que hay que espantar.

—Se puede tener todo, Micaela, el sol y las estrellas —dice Nieves. Sabe que no es del todo cierto, pero tampoco del todo falso—. Si nos ayudamos, entre todos podemos tener lo suficiente.

La niña la mira calibrando, se retira el pelo de los ojos y asiente despacio.

La plaza se empieza a despejar. Con paso lento, en grupos festivos, la gente se dirige a sus casas para comer. Jacinta se despide de sus amigos. Los niños dan las últimas carreras por la plaza, infatigables.

Nieves saborea su vino y siente que las piezas que durante tanto tiempo estuvieron sueltas han encontrado su lugar.

No es perfecto. Nunca es perfecto.

Pero es suficiente y suyo.

Agradecimientos

A la doctora Yolanda Gampel de Tel Aviv, cuyo libro sobre la transmisión de la violencia social en la memoria en las familias tanto me inspiró.

A la historiadora Mercedes Yusta Rodrigo, sin cuyas investigaciones y generosa disposición este libro hubiera quedado muy cojo.

A Antonio Mur y Ramón Mur, por compartir conmigo sus amplísimos conocimientos de lo visible y lo invisible, del alma aragonesa a la historia del Bajo Aragón pasando por su botánica.

A Susi, por compartir conmigo la memoria de su marido Mustafá, médico rural.

A María José Rebulleda y a su madre Isabel, por sus atinadas y precisas descripciones de su experiencia vital como mujeres de campo.

A Laura Antolín del Ayuntamiento de La Cerollera y a todos los vecinos de esa villa que tan bien me atendieron, en especial a quienes regentan el hostal.

A Ignacio Urquizu, exalcalde de Alcañiz y sobre todo humanista, por compartir su experiencia personal y su perspectiva de la comarca.

Al doctor Luis Caballero, jefe de sección de Psiquiatría del Hospital Universitario Puerta de Hierro de Madrid, por cuidarme y por sus notas.

Al doctor Carlos Iglesias, jefe de servicio de Psiquiatría del Hospital Obispo Polanco de Teruel y coordinador de Salud Mental.

A Jorge Moreno Andrés, antropólogo y amigo, por hablarme de sus trabajos sobre los cuerpos ausentes y errantes y de los reencuentros.

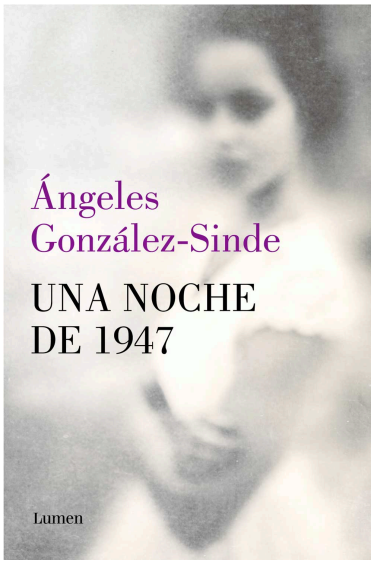
A quienes están detrás de tantos sitios de internet como La Gavilla Verde, Entremontes, Memoriayrepública, Fundación Bernardo Aladrén y tantos otros, por mantener viva la memoria, escarbar en ella, salvaguardarla y poner orden en el desorden.

A cuantos han recogido en investigaciones académicas y en documentales las experiencias y testimonios de guerrilleras y guerrilleros y de vecinos y vecinas del Bajo Aragón.

Y a Miguel Santesmases, por descubrirme Belmonte de San José y toda la comarca.

UNA NOVELA QUE ILUMINA LAS ZONAS OCULTAS DE LA MEMORIA FAMILIAR Y COLECTIVA.

Por una de las figuras centrales de la cultura española reciente.



En un pequeño pueblo de la sierra de Teruel, Nieves, la nueva médica, intenta ayudar a Micaela, una niña que ha dejado de dormir y de ir a la escuela, y que parece vivir asediada por un temor sin nombre. Lo que comienza como un caso clínico la acerca a Clementina, la abuela de la niña, y a una historia familiar atravesada por los años más duros de la posguerra, cuando la guerrilla antifranquista, la represión y el hermetismo marcaron para siempre el destino de muchos lugares.

En su búsqueda de respuestas, Nieves comprende que hay sufrimientos que no pueden abordarse sin escuchar aquello que durante décadas permaneció relegado al ámbito de lo íntimo. La relación con Micaela, Clementina y los habitantes del pueblo transforma también su propia mirada sobre el cuidado, la pérdida y los vínculos que unen a unas generaciones con otras, incluso cuando el silencio colectivo parece haber borrado toda huella.

Con una escritura sugerente y de enorme precisión psicológica, Ángeles González-Sinde construye una novela en la que la memoria se abre paso a través de la vida cotidiana y de unos personajes de gran humanidad. *Una noche de 1947* explora las huellas que la violencia de la posguerra dejó en las familias y en el mundo rural, y muestra cómo el pasado sigue modelando el presente a partir de aquello que se recuerda, pero también de lo que nunca llegó a contarse.

La crítica ha dicho:

«La escritura de González-Sinde tiende a la contención y la eficacia del guion, también a su condensación».
Juan Ángel Juristo, Cultura/s - *La Vanguardia*

Sobre *La tira de mujeres*:

«Una mirada divertida aunque subversiva sobre las rutinas de las mujeres, flexibilizadas a lo largo de las últimas décadas pero todavía

trenzadas con la herencia de una sociedad de marcado dominio patriarcal».
Zenda

Sobre *Después de Kim*:

«Una novela de impecable factura que elabora con lucidez y honestidad la experiencia de la pérdida de un ser querido, para extraer de ella una edificante lección de reconciliación con uno mismo y con la vida».
Ignacio Echevarría

«Muy original. La intriga de esta absorbente novela es mucho más que saber quién es el asesino».
Alicia Giménez Bartlett

«Ante una historia así, tan cierta y tan acertada en el tono, en la voz narradora, en la realidad elegida y en la autenticidad de las situaciones, no diremos más: hay que rendirse».
Pilar Castro, *El Cultural*

«Nos remite a su mejor cine, sobre el que se impone con un brillo indiscutible el guion de la cinta de Ricardo Franco La buena estrella, que mereció un Goya».
ABC Cultural

Ángeles González-Sinde (Madrid, 1965) es una guionista y directora de cine española, actual presidenta del Real Patronato del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía desde 2020. Anteriormente, entre 2009 y 2011 fue ministra de Cultura del Gobierno de España y entre 2006 y 2009 fue presidenta de la Academia de Cine.



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Ángeles González-Sinde
c/o Agencia Literaria Carmen Balcells, S. A.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Pintura de portada: © Eric Bénier-Bürckel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-3431-9

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit

Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Una noche de 1947

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Ángeles González-Sinde

Créditos